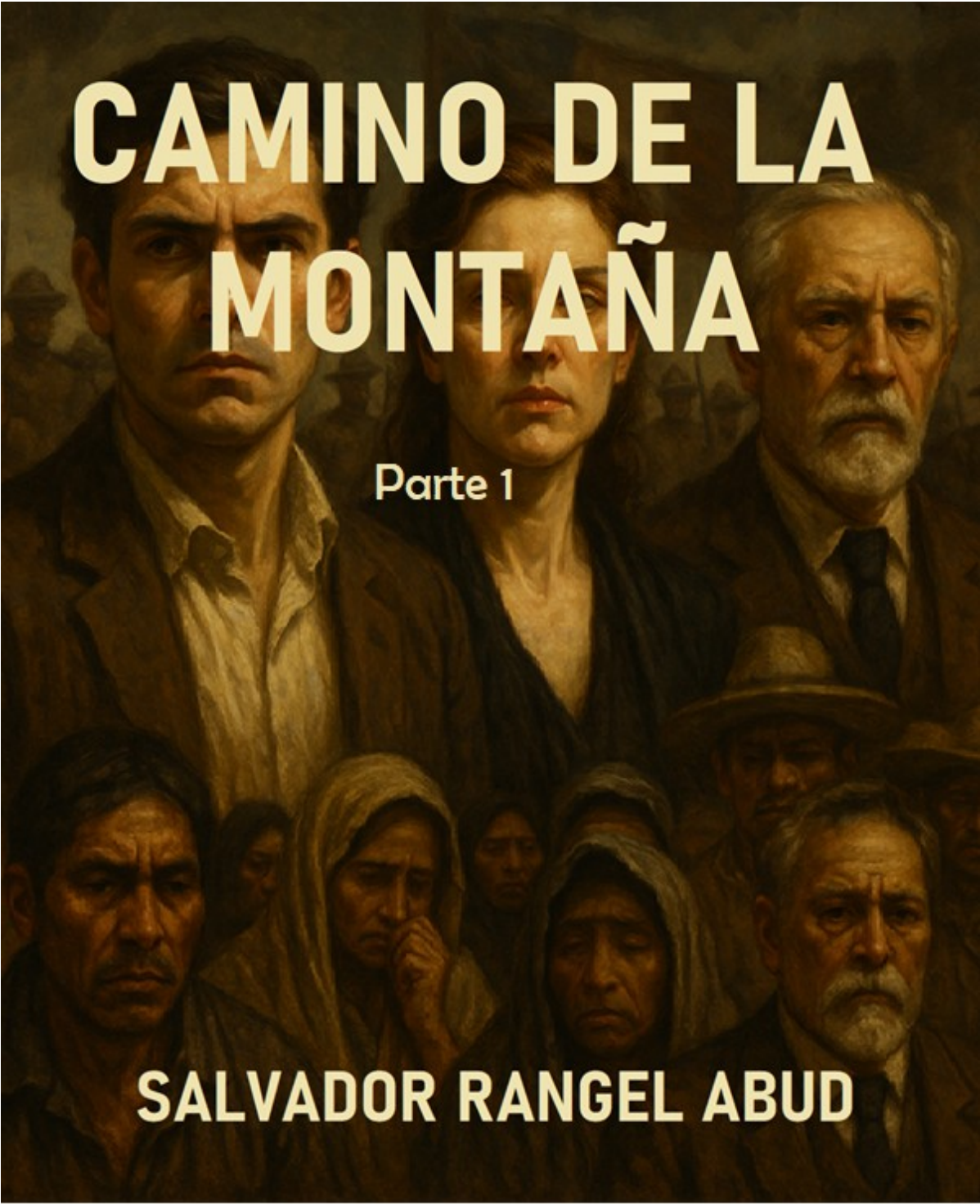




CAMINO DE LA MONTAÑA

Parte 1

SALVADOR RANGEL ABUD

CAMINO DE LA MONTAÑA

PRIMERA PARTE DE LA DUOLOGÍA

La historia continuará en: "BAJANDO DE LA MONTAÑA"

Sinopsis

México, 1994. Cuando la ambición del poder despierta la voz de los olvidados.

En las aulas de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, a finales de los años 70, tres jóvenes brillantes forjan sus destinos bajo la mirada del profesor Arturo Vallepeña, veterano observador del poder mexicano. Luis Alcázar, dotado de una inteligencia excepcional y una bondad genuina, parece destinado naturalmente al servicio público. Su mejor amigo, cuyo nombre permanece reservado por razones que el lector comprenderá, posee el carisma y la ambición necesarios para navegar las traicioneras aguas de la política. Y Martha Miranda, hermosa, inteligente y despiadada, representa esa clase de personas que el poder corrompe sin esfuerzo.

Lo que comenzó como una amistad universitaria se transforma en una danza macabra de amor, traición y ambición que se extiende por más de dos décadas, desde las aulas hasta los salones más exclusivos del poder, desde las calles de Cuernavaca hasta los despachos de Los Pinos.

Mientras uno de ellos asciende en la jerarquía política hasta convertirse en el hombre más poderoso de México, diseñando un plan maestro para perpetuar su influencia más allá de su mandato presidencial, otro toma un camino radicalmente diferente: el camino hacia las comunidades indígenas de Chiapas, donde descubre que la verdadera justicia social no se decreta desde los palacios, sino que se construye desde las bases.

La madrugada del 1 de enero de 1994, cuando el país celebra su entrada al primer mundo con el Tratado de Libre Comercio, las montañas de Chiapas responden con un grito que sacudirá los cimientos del sistema político mexicano. Las comunidades indígenas, organizadas en el Ejército de Liberación Nacional, toman San Cristóbal de las Casas exigiendo libertad, justicia y democracia.

Lo que el poder diseñó como experimento de control se transforma en rebelión auténtica. Lo que pretendía ser revolución controlada se convierte en despertar de conciencia nacional. Y el hombre que planeó manipular la historia descubre que hay fuerzas que ningún presidente puede controlar: la dignidad de los pueblos que deciden que ya no callarán más.

Una novela política sobre amistad, traición, amor y la lucha por la justicia en el México contemporáneo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE DEL AUTOR

Esta es una obra de ficción.

Todos los personajes, nombres de personas, organizaciones políticas, eventos específicos y situaciones personales descritas en "Camino de la Montaña" son **completamente imaginarios** o han sido utilizados de manera ficticia.

Aunque la novela está ambientada en el contexto histórico real del levantamiento en Chiapas el 1 de enero de 1994, los personajes principales, sus motivaciones personales, sus relaciones y especialmente **la conspiración presidencial que forma el núcleo de la trama son INVENCIÓN LITERARIA.**

Cualquier semejanza con: Personas reales (vivas o fallecidas), Funcionarios políticos específicos, Eventos políticos privados, Motivaciones personales de figuras públicas o Conspiraciones gubernamentales específicas

Es puramente coincidental y no intencional.

Esta novela tiene fines exclusivamente literarios y de entretenimiento. **No pretende:** Documentar hechos históricos con precisión periodística, Revelar conspiraciones reales, Difamar a personas o instituciones específicas, Promover ideologías políticas particulares ni Incitar a la violencia o actividades ilegales

Las opiniones expresadas por los personajes no reflejan necesariamente las del autor.

Al leer este libro, el lector acepta que comprende su naturaleza ficticia y que cualquier interpretación como referencia a situaciones reales específicas es bajo su propia responsabilidad.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor aficionado. Con una obra que abarca múltiples géneros literarios, Rangel Abud demuestra en esta novela su capacidad para combinar análisis político con narrativa de ficción, creando una obra que explora las complejidades del poder, la justicia social y los movimientos populares en el México contemporáneo.

Su formación en ciencias de la salud le proporciona perspectiva única sobre los sistemas organizacionales y las dinámicas de poder, mientras que su vocación literaria le permite explorar estos temas a través de personajes complejos y situaciones moralmente ambiguas.

Detalles de publicación

Título: Camino de la montaña
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Novela política / Ficción histórica contemporánea
Serie: Duología - Parte 1 de 2
Continuación: "Bajando de la montaña"
Contexto: México, 1977-1994
Extensión: Novela completa (22 capítulos + prólogo + epílogo)
Idioma: Español
Año de publicación: 2025
Formato: Digital

Nota del autor

Escribí esta novela porque los eventos del 1 de enero de 1994 en Chiapas representan uno de los momentos más significativos de la historia contemporánea de México. El levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) sacudió la conciencia nacional y abrió debates que continúan hasta hoy sobre justicia social, derechos indígenas y democracia.

Aclaraciones importantes:

Sobre los hechos históricos: El levantamiento del 1 de enero de 1994 en Chiapas es **histórico y real**. Las demandas de las comunidades indígenas por tierra, libertad, justicia, educación, salud y democracia son **documentadas y reales**. La marginación histórica de los pueblos indígenas de México es **innegable y real**.

Sobre la ficción: Los **personajes principales** de esta novela —Luis Alcázar, Martha Miranda, el protagonista narrador, y especialmente "Don Pedro Valdez" y su conspiración presidencial— son **completamente ficticios**. La trama central sobre un presidente que planea manipular un levantamiento para perpetuar su poder es **invención literaria**, no historia documentada.

¿Por qué mezclar historia real con ficción?

La novela política siempre ha usado eventos históricos como escenario para explorar dilemas humanos universales. Como *Los de abajo* de Mariano Azuelas usó la Revolución Mexicana, o como *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán exploró el México posrevolucionario, esta novela usa el contexto de 1994 para examinar: Cómo el poder corrompe incluso a las personas más idealistas, Las tensiones entre amistad personal y lealtades políticas, El precio que pagan quienes eligen la justicia sobre la ambición y Las complejidades morales de los movimientos sociales

Sobre el respeto a las comunidades:

Esta novela intenta respetar profundamente la dignidad y las demandas legítimas de las comunidades indígenas de Chiapas. Si en algún momento

parece que trivializo o distorsiono su lucha, no es intencional. Mi objetivo es mostrar que sus demandas de justicia eran (y son) completamente válidas, independientemente de las manipulaciones políticas que pudieran haber existido en otros niveles.

Sobre la crítica política:

Esta novela critica **sistemas**, no personas específicas. Critica la corrupción estructural, el autoritarismo, el paternalismo, la hipocresía de quienes predicán justicia social mientras perpetúan privilegios. No pretende difamar a ningún funcionario público específico.

Finalmente:

Esta es la primera parte de una historia que continúa en "Bajando de la montaña". El camino hacia la justicia social es largo y complejo, lleno de contradicciones y decisiones morales difíciles. Esta duología intenta explorar esas complejidades con honestidad, aunque sea a través de personajes ficticios.

Licencia y derechos de autor

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución** — Debe dar crédito apropiado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.
- **NoComercial** — No puede utilizar el material con propósitos comerciales.
- **SinDerivadas** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Palabras clave

Novela política mexicana, Chiapas 1994, movimientos sociales, EZLN, justicia social, comunidades indígenas, poder político, corrupción, idealismo vs ambición, México contemporáneo, ficción histórica, amistad y traición, levantamiento popular, democracia

Temas principales

- **Poder y corrupción:** Cómo el ascenso político transforma a las personas y sus valores
 - **Amistad y traición:** Las tensiones entre lealtades personales y ambiciones políticas
 - **Justicia social:** La lucha de comunidades marginadas por dignidad y derechos
 - **Idealismo vs. pragmatismo:** El dilema entre principios y necesidad política
 - **Movimientos populares:** Organización de comunidades indígenas por cambio social
 - **Amor en contexto político:** Cómo las relaciones personales se entrelazan con poder
 - **Transformación personal:** El viaje de idealista universitario a revolucionario comprometido
 - **Crítica al sistema político mexicano:** Análisis de corrupción y autoritarismo estructural
 - **Derechos indígenas:** Reivindicación de pueblos históricamente marginados
 - **Decisiones morales difíciles:** Dilemas sobre medios y fines en la lucha política
-

Advertencias de contenido

Esta obra contiene:

- **Referencias a eventos históricos reales** (levantamiento de Chiapas, 1 de enero de 1994)
- **Violencia política** (represión, asesinatos políticos, enfrentamientos armados)
- **Crítica al sistema político mexicano** de finales del siglo XX
- **Temas de corrupción gubernamental** y abuso de poder
- **Situaciones de conflicto armado** y sus consecuencias
- **Dilemas morales complejos** sobre violencia política justificada
- **Contenido sexual moderado** en contexto de relaciones personales
- **Lenguaje político directo** que algunos pueden encontrar ofensivo

Recomendada para:

- Lectores interesados en historia política mexicana contemporánea
- Personas que aprecian novelas políticas complejas

- Lectores que pueden distinguir entre ficción y documentación histórica
- Personas interesadas en movimientos sociales y justicia

NO recomendada para:

- Lectores que buscan historia documental precisa
 - Personas que se ofenden con crítica política directa
 - Quienes prefieren entretenimiento ligero sin contenido político
 - Lectores que no pueden separar personajes ficticios de figuras históricas
-

Citas destacadas

"En México el poder no se conquista: se hereda, se otorga o se arrebatata."

"La diferencia entre amistad y lealtad política es que la primera se gana con el corazón y la segunda se compra con el poder."

"Las comunidades indígenas no son el pasado de México, sino parte del futuro que queremos construir."

"El eco de las montañas no pertenece a un solo hombre. Es la voz colectiva de los pueblos que decidieron que morir lentamente de hambre y olvido era peor que arriesgar la vida en la lucha."

"México ya no será el mismo. Lo que comenzó en la montaña apenas inicia su recorrido en el valle."

Comparaciones literarias

Mariano Azuela (*Los de abajo*): Novela sobre Revolución Mexicana que mezcla personajes ficticios con contexto histórico real.

Martín Luis Guzmán (*La sombra del caudillo*): Exploración ficticia de corrupción y violencia en política mexicana posrevolucionaria.

Carlos Fuentes (*La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz*): Análisis crítico de élites políticas mexicanas a través de ficción.

Elena Garro (*Los recuerdos del porvenir*): Narrativa que entrelaza historia personal con eventos políticos de México.

Jorge Volpi (*En busca de Klingsor*): Ficción que explora dilemas morales en contexto histórico real.

Contexto histórico

El levantamiento del 1 de enero de 1994 es histórico y real:

- El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) tomó San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Las Margaritas, Altamirano y otras poblaciones de Chiapas

- Sus demandas incluían tierra, libertad, justicia, educación, salud, vivienda, alimentación, trabajo, independencia, democracia y paz
- El movimiento llamó la atención nacional e internacional sobre la marginación de pueblos indígenas
- Después de enfrentamientos iniciales, se declaró alto al fuego y comenzó proceso de diálogo

Esta novela respeta estos hechos históricos, pero inventa personajes principales y especialmente la conspiración presidencial que forma el núcleo dramático.

Para reflexión del lector

Después de leer esta novela, considere:

- ¿Cómo balancea usted el idealismo y pragmatismo en sus propias decisiones?
- ¿Cuándo es justificable (si alguna vez) usar medios violentos para fines justos?
- ¿Qué responsabilidad tienen las élites educadas hacia las comunidades marginadas?
- ¿Cómo se transforma a las personas el ascenso al poder político?
- ¿Pueden coexistir amistad personal y oposición política radical?
- ¿Qué papel juegan los pueblos indígenas en el México contemporáneo?

No hay respuestas fáciles. Solo preguntas que siguen siendo relevantes.

Nota sobre la continuación

Esta novela termina en el punto álgido del levantamiento, cuando el eco de las montañas comienza a resonar en todo México. La historia continúa en "**BAJANDO DE LA MONTAÑA**", donde se explorarán:

- Las consecuencias del levantamiento para todos los personajes
- Los procesos de negociación entre gobierno y comunidades
- El destino final de los protagonistas
- El legado duradero del movimiento

Se recomienda leer ambas partes para la historia completa.

Cómo citar esta obra

Formato APA:

Rangel Abud, S. (2025). *Camino de la montaña* [Primera parte]. Internet Archive. [https://archive.org/details/\[identificador\]](https://archive.org/details/[identificador])

Formato MLA:

Rangel Abud, Salvador. *Camino de la montaña*. Primera parte. 2025. Internet Archive, [https://archive.org/details/\[identificador\]](https://archive.org/details/[identificador])

Formato Chicago:

Rangel Abud, Salvador. *Camino de la montaña*. Primera parte. 2025. Internet Archive. [https://archive.org/details/\[identificador\]](https://archive.org/details/[identificador])

Contacto y más obras del autor

Para conocer más obras de Salvador Rangel Abud, visite su colección en Internet Archive donde encontrará:

- **El carrusel de la política** (sátira política contemporánea)
 - **El imperio de la risa** (sátira histórica)
 - **El juicio de Miss Appleby** (thriller psicológico victoriano)
 - **El misterio de Tarragona** (thriller teológico)
 - **El fantasma de mi abuelo** (comedia de costumbres)
 - Y más de 120 novelas adicionales en diversos géneros
-

Mensaje final

Esta es una obra de **ficción política** ambientada en contexto histórico real.

Los eventos del 1 de enero de 1994 **son reales**.

Las demandas de las comunidades indígenas **son reales**.

La marginación histórica de los pueblos indígenas **es real**.

Los personajes principales y sus motivaciones personales **son ficción**.

La conspiración presidencial del núcleo dramático **es ficción**.

Las relaciones personales entre protagonistas **son ficción**.

La novela política siempre ha sido así: eventos reales como escenario para explorar dilemas humanos universales a través de personajes inventados.

Si esta novela le hace reflexionar sobre:

- El costo del poder
- El valor de la justicia social
- La complejidad de los movimientos populares
- Las decisiones morales difíciles en política

Cumplió su propósito.

La historia continúa en "**BAJANDO DE LA MONTAÑA**".

CAMINO DE LA MONTAÑA

Primera parte de la duología sobre poder, justicia y la lucha por un México más digno

Salvador Rangel Abud
2025

"El eco de las montañas abrió un camino. Ahora, la mirada se dirige hacia abajo, hacia lo que sucederá cuando la insurgencia y el poder central se enfrenten cara a cara."

CONTINÚA EN: "BAJANDO DE LA MONTAÑA"

INDICE

PRÓLOGO: "El comienzo de la historia"

CAPÍTULO 1: "La sentencia del Poder"

CAPÍTULO 2: "Lazos de Amistad"

CAPÍTULO 3: "El Accidente del Destino"

CAPÍTULO 4: "Idilios inesperados"

CAPÍTULO 5: "Sangre en el Club"

CAPÍTULO 6: "Entre el Amor y la Ambición"
CAPÍTULO 7: "Revelaciones en la Noche de Gala"
CAPÍTULO 8: "El Despertar de la Realidad"
CAPÍTULO 9: "Caminos que se Bifurcan"
CAPÍTULO 10: "La Llamada del Deber"
CAPÍTULO 11: "En los Pasillos del Poder"
CAPÍTULO 12: "Sangre y Traición"
CAPÍTULO 13: "El precio de la verdad"
CAPÍTULO 14: "El tablero del poder"
CAPÍTULO 15: "El espejo del alma"
CAPÍTULO 16: "El Resurgir de los Fantasma"
CAPÍTULO 17: "La Cátedra de un experto"
CAPÍTULO 18: "El Gran Plan Revelado"
CAPÍTULO 19: "La Renuncia y el Exilio"
CAPÍTULO 20: "Entre los Olvidados"
CAPÍTULO 21: "La Traición Sagrada"
CAPÍTULO 22: "El Amanecer de la Rebelión"
EPÍLOGO: "El Eco de las Montañas"

PRÓLOGO

"El comienzo de la historia"

En México, cuando las sombras del poder se extendían como tentáculos invisibles desde Los Pinos hasta los rincones más remotos de la República, tres jóvenes universitarios estaban a punto de descubrir que el destino tiene formas peculiares de tejer los hilos de nuestras vidas.

Esta historia comenzó a finales de 1977 en las aulas de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, ese laboratorio donde se forjan los futuros arquitectos del poder mexicano. Don Arturo Vallepeña

era un veterano observador de la política nacional y testigo privilegiado de tres décadas de intrigas presidenciales, solía decir a sus estudiantes que en México el poder no se conquista: se hereda, se otorga o se arrebat.

Entre sus alumnos, Luis Alcázar poseía esa rara combinación de brillantez intelectual y bondad genuina que lo destinaba naturalmente al servicio público. Su mejor amigo, cuyo nombre se mantiene reservado por razones que el lector comprenderá más adelante, tenía el carisma y la ambición necesarios para navegar las traicioneras aguas de la política mexicana. Martha Miranda era una mujer hermosa, inteligente y despiadada, el tipo de persona que el poder corrompe sin esfuerzo, o tal vez que nace ya corrompida por la sed de influencia.

Lo que siguió fue una danza macabra de amor, traición y ambición que se extendería por más de dos décadas, desde las aulas universitarias hasta los salones más exclusivos del poder, desde las calles de Cuernavaca hasta los despachos de Los Pinos y Palacio Nacional.

Esta es la historia de cómo el poder puede transformar a los seres humanos en bestias, cómo la ambición puede destruir la amistad más sólida, y cómo el amor puede convertirse en el arma más letal. Es también la historia de México, ese país donde la frontera entre la legalidad y el crimen, entre la política y la violencia, se difumina hasta desaparecer por completo.

Han sido cambiados nombres y lugares para proteger a culpables e inocentes, pero los hechos que aquí se narran son potencialmente reales para quien desee encontrar analogías más allá de lo escrito en la Historia oficial.

Algunos protagonistas de esta historia pudieran vivos. Otros ya murieron, o tal vez solo parecieron morir. Unos pocos encontraron la redención en el exilio o en la pobreza voluntaria. La mayoría simplemente desapareció, engullida por ese monstruo insaciable que es la maquinaria del poder en México.

Al lector le corresponde juzgar si lo que está a punto de leer es una advertencia, una confesión o simplemente el relato de una época que, por fortuna o por desgracia, ya no volverá jamás.

La historia comienza un viernes por la mañana, en el auditorio de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, cuando don Arturo Vallepeña se disponía a dar información a sus alumnos que cambiaría para siempre el curso de tres vidas jóvenes. Y como todas las grandes tragedias, comenzó con algo tan simple como una calificación.

CAPÍTULO 1

La sentencia del Poder

Don Arturo Vallepeña cruzó el umbral del auditorio con la solemnidad de quien lleva sobre los hombros el peso de la historia. El eco de sus pasos resonaba en los corredores como un metrónomo implacable que marcaba

el ritmo de una época que se desvanecía entre las sombras del poder. Todos sabíamos que aquel viernes —como todos los últimos viernes de mes del semestre final— recibiríamos más que simples calificaciones: sería una lección sobre las verdaderas dimensiones del poder.

La figura del profesor Vallepeña proyectaba sombras alargadas bajo la luz mortecina que se filtraba por las ventanas del aula. Su rostro estaba surcado por arrugas discretas que narraban décadas de observación silenciosa del teatro político mexicano. Sus anteojos redondos de aros delgados descansaban sobre una nariz aguileña que había olfateado más intrigas que un sabueso de palacio.

El bullicio se desvaneció como humo disperso por el viento. Vallepeña subió al estrado con la parsimonia calculada de quien ha sido testigo del ascenso y caída de varios presidentes, de la corrupción gradual de ideales revolucionarios, y de la metamorfosis constante del poder en el México posrevolucionario. Se acomodó en la butaca negra de respaldo alto y extrajo de su portafolios un folder verde agua donde reposaban los resultados finales de su materia. Don Arturo merecía nuestro respeto más profundo como catedrático y como narrador extraordinario de la historia política contemporánea.

Cuando dispuso meticulosamente su listado de calificaciones sobre el escritorio, pudimos escuchar su voz pausada pero firme, que revelaría verdades fundamentales:

—Este año quiero agradecer a todos ustedes el empeño que pusieron en mi clase. Los resultados podrían haber sido mejores, pero no dejan de ser satisfactorios en términos generales. Con alguna excepción, la mayoría ha merecido una calificación aprobatoria que refleja el esfuerzo realizado y que es digno de reconocimiento.

Ejecutó una pausa calculada con precisión milimétrica, observándonos por encima de sus anteojos con la mirada penetrante de quien evalúa no solamente conocimientos académicos acumulados, sino el temple auténtico de la futura generación de políticos.

—Tengo la costumbre de hacer un reconocimiento a la persona que se ha distinguido por su iniciativa constante y su participación en el desarrollo del curso. En esta ocasión quiero pedirles que manifiesten con un aplauso el respeto y la admiración que merece de todos nosotros quien ha alcanzado tan notable mérito académico.

La expectación se palpaba en el ambiente como electricidad antes de la tormenta. La mayoría estábamos seguros de que sería Luis Alcázar quien merecería la distinción, ya que no solamente en esta materia, sino en todas las demás, había demostrado de manera consistente su notable capacidad intelectual. Solo unos cuantos considerábamos que podía ser Martha quien la recibiera.

El venerable maestro levantó lentamente la vista de su listado, como queriendo hurgar con perspicacia en las expresiones del grupo. Disfrutó de

la expectación creciente que había creado con maestría, y con voz sonora que reverberó en cada rincón del auditorio finalmente anunció:

—Felicitó al alumno Luis Alcázar por su brillante participación en mi clase.

Prácticamente todo el grupo estalló en aplausos entusiastas, volteando al unísono para ver la figura delgada y pequeña de Luis, quien con expresión azorada sonreía y agachaba la cabeza para contemplar su mesabanco. La modestia auténtica era parte integral de su carácter, tan natural en él como su brillantez intelectual.

La voz del maestro se escuchó nuevamente con tono protocolario y solemne:

—Si alguien tiene algún desacuerdo con mi decisión, le ruego que manifieste públicamente los motivos que pudieran existir para tal objeción.

El silencio que siguió fue sepulcral y de alto significado. Nadie refutó el veredicto de don Arturo, quien procedió, con la meticulosidad de un contador experimentado, a mencionar las calificaciones individuales de cada uno de los demás alumnos. Mientras este proceso se desarrollaba, no pude resistir la curiosidad de analizar con detenimiento la reacción de Martha Miranda ante el desenlace de la ceremonia.

Ahí estaba ella, inmóvil como una estatua de mármol. Era notorio que la noticia le había desagradado, pues mantenía los labios muy apretados hasta el punto de mostrar leves decoloraciones en algunos puntos específicos de sus comisuras. Su nariz aleteaba pausadamente, producto visible de su reacción iracunda, aunque aparentaba una impasibilidad estudiada. En aquel momento crucial, contemplando su reacción visceral ante la derrota pública, vislumbré una naturaleza implacable que se ocultaba tras su belleza deslumbrante.

La lección académica de aquel viernes concluyó, pero la verdadera educación política —esa que se aprende en las aulas de la vida real— apenas comenzaba a desplegarse ante nosotros como un mapa de territorios inexplorados y peligrosos.

CAPÍTULO 2

Lazos de Amistad

La amistad con Luis se forjó 10 años atrás. En las fraguas ardientes del idealismo adolescente de la secundaria, cuando soñábamos con la justicia social para obreros y campesinos, repudiando la violencia institucionalizada y criticando la vida burguesa de compañeros que regresaban de Disneylandia embriagados por el llamado "sueño americano".

Compartíamos ideologías con diferencias personales mínimas que, lejos de separarnos, enriquecían nuestra amistad como los contrapuntos enriquecen una sinfonía. Luis poseía esa timidez que acompaña a las

inteligencias superiores y por ello siempre ocupaba el primer lugar en aprovechamiento. Yo tenía una inteligencia suficiente pero no comparable a la suya, y compensaba esta limitación con una personalidad extrovertida que me abría las puertas de cualquier círculo social.

A Luis lo estimaban todos por tener una disponibilidad perpetua para ayudar a quien lo necesitara. Era de esa estirpe que posee un radar natural para detectar el sufrimiento ajeno y una empatía admirable para solidarizarse con él.

Mi naturaleza era distinta. Aunque me parecía éticamente correcto ayudar al prójimo, lo hacía hasta que había una necesidad clara para ello. Yo navegaba en las aguas sociales con facilidad natural, pero sin esa profundidad emocional de Luis. Nuestro grupo era de treinta jóvenes con afinidades naturales, que vivimos las aventuras propias de la edad adolescente con toda la intensidad que pudimos generar.

Al concluir la educación media nos despedimos con una fiesta que simbolizó el punto de partida hacia los distintos rumbos que habríamos de tomar: unos serían médicos, otros ingenieros, más allá estaban los futuros abogados y acullá los pedagogos o filósofos. Luis y yo optamos por la búsqueda de lo que creíamos sería el servicio público y nos decidimos por las Ciencias Políticas y Sociales.

Nuestra entrada a la Universidad Nacional no representó problema alguno para Luis, quien ocupó el primer lugar en la lista de aceptados. Yo también logré ingresar, quedando en la media tabla con una puntuación respetable.

Dado que la familia de Luis tenía un buen nivel económico, su padre pudo regalarle un Volkswagen para moverse en el Distrito Federal, lo que nos dio la ventaja de contar con transporte propio en una ciudad como ésta. El "vocho" se convirtió en nuestro refugio móvil, un espacio sagrado donde discutíamos las clases del día, planeábamos el futuro y confesábamos nuestras preocupaciones más íntimas. Estábamos cimentando una relación que habría de ser puesta a prueba por el poder, la ambición y las decisiones morales más difíciles que dos hombres pueden enfrentar en una vida.

Fue en la Universidad donde conocimos a Martha Miranda, quien con su sola presencia alteraba la dinámica del aula como si portara un campo magnético que atraía irresistiblemente todas las miradas. Era muy hermosa, inteligente y de un arreglo esmerado y pulcro. Pero también era enigmática y casi inalcanzable. Nunca tuvo novio durante la carrera, a pesar de que la acosaba un buen número de pretendientes decididos.

Poco se le veía en la Universidad fuera del horario estricto de clases, y en los intermedios apenas convivía con dos compañeras bastante poco agraciadas que la seguían con una adoración patética y servil.

Yo la invité en una ocasión a salir, motivado por el atractivo irresistible que sentía hacia ella, pero rechazó la invitación pretextando tener que

estudiar. Su rechazo fue cortés pero definitivo, como una puerta que se cierra suavemente pero con seguro. Eso hizo que desarrollara por ella casi una obsesión, porque su indiferencia me acicateaba y despertaba pensamientos eróticos en mi excitada juventud.

El destino había comenzado a tejer una red compleja donde Martha, Luis y yo seríamos las piezas principales de un juego cuyas reglas aún no comprendíamos. Un juego donde el amor, la amistad y la ambición se entrelazarían de maneras que ninguno de nosotros podía imaginar, y cuyas consecuencias se extenderían mucho más allá de las aulas universitarias, hasta los círculos más altos del poder mexicano.

CAPÍTULO 3

El Accidente del Destino

Estábamos por terminar la carrera cuando decidimos irnos a Cuernavaca para pasar unos días tranquilos, disfrutando del sol benévolo de la "ciudad de la eterna primavera" y adelantar nuestro trabajo de fin de cursos.

La carretera estaba atestada de vehículos y al enfilarse el carro en una curva cerrada, Luis perdió súbitamente el control cuando los frenos fallaron sin previo aviso.

—¡No responden los frenos! —gritó Luis, mientras luchaba desesperadamente con el volante que parecía tener vida propia.

Escuchamos un rechinido ensordecedor de llantas sobre el asfalto caliente, y el pequeño Volkswagen se proyectó contra un talud rocoso que, afortunadamente, amortiguó parcialmente el impacto. Pese a ello, la colisión fue suficiente como para lanzarnos hacia adelante y estrellarnos contra el parabrisas con violencia brutal.

Todo se volvió confuso. Cuando el vehículo finalmente se detuvo con un gemido metálico de muerte, sacudí la cabeza y miré a mi alrededor; todo parecía ir en cámara lenta, como una irrealidad flotante que siguió al impacto demoledor.

Pronto me percaté de que Luis permanecía inmóvil sobre el volante con la frente sangrante, inconsciente. Como pude, me bajé tambaleante del auto destrozado y corrí a su puerta para abrirla con manos temblorosas. Jalé su cuerpo inerte apartándolo del vehículo accidentado, temiendo lo peor.

Al quedar tendido en el pasto al lado del camino, miré a mi alrededor buscando ayuda desesperadamente y diciéndole con voz quebrada:

—¡Luis! ¿Me escuchas? —¡Despierta por favor!

Estaba en esas súplicas cuando un automóvil negro se detuvo silenciosamente a unos pasos adelante. De él bajaron apresuradamente un hombre maduro y una joven. El hombre se acercó con paso decidido y al verlo, solo atiné a decir con la voz entrecortada por el pánico:

—Por favor, ayúdenos. Mi amigo está herido.

Se agachó de inmediato y comenzó a revisar a Luis de una forma que evidenciaba conocimiento médico. Sonriendo con calma profesional me dijo tranquilamente:

—Soy médico, no se preocupe. Su amigo, al parecer, solo ha sufrido una ligera conmoción cerebral.

Agradecí el comentario como si fuera una bendición divina. Al volver la vista hacia Luis, noté que comenzaba a reaccionar gradualmente, mirándonos con azoro. Solo al ver el estado lamentable de su vehículo, expresó con pesar genuino:

—¡Híjole...! Mi padre se va a enojar muchísimo.

El hombre que examinaba a Luis nos pidió calma con autoridad serena y le indicó a la joven que le llevara su maletín del coche. Ella corrió con agilidad felina y regresó con una maleta negra de las que usan los médicos para emergencias.

Un tanto aliviado por la presencia del profesional, traté de incorporarme para dejar que el médico hiciera su trabajo sin obstáculos. Pero al hacerlo todo se oscureció a mi alrededor como si alguien hubiera apagado las luces del mundo, y lo último que escuché antes de desmayarme fue una voz alarmada de mujer que gritaba:

—¡Papá...!

Cuando abrí los ojos nuevamente, me encontré en una cama de hospital cubierto por una sábana que olía a limpio y a desinfectante hospitalario. Junto a mí estaba sentada —vestida con traje de tenista— la joven que había acompañado al médico que nos auxilió en la carretera.

Al verme despertar, me sonrió con calidez auténtica y preguntó con voz tranquilizadora:

—¿Cómo te sientes? Me dijo mi papá que tu amigo ya está bien y que tú tuviste un desmayo por la misma conmoción del accidente.

Mientras me hablaba con voz que inspiraba confianza, pude contemplar su rostro con detenimiento por primera vez. Era una hermosa chica rubia, con grandes ojos de color turquesa que parecían reflejar el mar Caribe. Su sonrisa franca inspiraba una tranquilidad inmediata.

—Me siento mejor, gracias. ¿Qué lugar es este?

Me explicó que estaba en la clínica de su papá y me puso al tanto sobre el accidente con detalle reconfortante. Luis estaba rindiendo declaración en la Policía Federal de Caminos y su padre había arreglado que llevaran el carro a un taller mecánico de confianza. Como todo fue una falla mecánica sin negligencia del conductor y no hubo daños a la propiedad pública, no existían cargos contra Luis.

Escuchar eso me tranquilizó profundamente, y ella me preguntó al levantarse de la cama con gracia natural:

—¿Tienes sed...quieres un poco de agua?

Al hacerlo pude verla de cuerpo entero. Tenía unas bonitas piernas bronceadas por el sol, hombros estrechos y caderas esbeltas que movía con coquetería inconsciente. Regresó junto a mí, se sentó nuevamente en la cama y me tendió el vaso con agua para que lo bebiera. Al hacerlo, su blusa abierta en V por el centro permitió que pudiera advertir que no llevaba sostén, mostrando unos senos pequeños pero perfectos. Todo esto me llegó a excitar por la sensualidad involuntaria del momento.

Bebí el agua, pero no pude evitar mantener la mirada en el grato espectáculo que se me ofrecía. Ella sonrió al darse cuenta de mi interés y solo me dijo extendiendo la mano con naturalidad:

—Me llamo Laura Valdez para servirte.

Correspondí su cortesía estirando el brazo para tomar su mano y al hacerlo noté que me dolía desde el hombro hacia abajo. Estábamos en ese contacto cuando entró su padre, y al ver la escena me dijo que no intentara mover mucho el brazo porque tenía una contractura ligera pero dolorosa. Le dijo a Laura que me dejara descansar, pues me habían inyectado un tranquilizante y pronto empezaría a hacer efecto.

La chica agitó su mano en alto para despedirse, salió detrás de su padre, y casi inmediatamente volvió para asomarse en la puerta y decirme con coquetería desarmante:

—Olvidé decirte que tu ropa y tus efectos personales están en el armario. Al rato vendremos por ti.

Me sonrió de forma encantadora e hice lo mismo. Ya empezaba a sentirme somnoliento por el medicamento, pero escuché en mi mente sus palabras repetirse: "Dijo que vendrían por mí...pero...¿qué había dicho que había en el armario? ¿mi ropa y mis efectos personales...? ¡mi ropa!"

Con los ojos casi cerrados por el sueño inducido, volteé a ver qué llevaba puesto y pude constatar que tenía puesta la camisa de una pijama hospitalaria. Levanté la sábana y vi con cierta alarma que también tenía el pantalón pero no tenía ropa interior. Alguien me había desnudado completamente para ponerme la pijama.

Cuando me desperté, vi la habitación con más calma y lucidez. Tenía el mobiliario propio de un cuarto de hospital y dos puertas: una por donde habían salido el Dr. Valdez y Laura, y otra que debía corresponder al baño. Me levanté para hacer uso de él y luego busqué el armario que me había mencionado Laura. Al abrirlo encontré mi maleta de viaje con toda la ropa que llevaba, incluyendo la interior, y mis efectos personales como llavero, cartera y reloj.

Miré la hora y eran las cinco de la tarde. Ignoraba cuándo regresarían por mí como dijeron, por lo que decidí vestirme para estar presentable cuando volvieran. Me di cuenta de que me sentía sucio por el accidente, y volví al baño buscando regadera y toalla. Pude mover el brazo con relativa facilidad y ducharme sin mayores dificultades.

Todo esto sucedía cuando la puerta se abrió nuevamente y apareció la sonriente figura de Laura, ahora enfundada en unos pegados pantalones de mezclilla despintada y con una blusa corta que dejaba ver una parte tentadora de su abdomen plano.

Al verme vestido, bañado y arreglado decentemente, me dijo con aprobación:

—Ya tienes mejor semblante. Si ya estás listo, te llevaré a donde está Luis.

Se daba la vuelta para abrir la puerta cuando suavemente la tomé del brazo para que se volviera y pudiera decirle de frente con sinceridad:

—Gracias por todo, Laura. No tengo con qué pagarte tus atenciones.

Ella se puso un poco seria, volteó a ver mi mano asiéndola del brazo, y en forma espontánea me dijo con naturalidad desarmante:

—No seas tonto. Lo hice con mucho gusto —y me regaló una mirada cálida al tiempo que me daba un beso en la mejilla— y porque ya somos amigos.

Así comenzó algo que, sin que ninguno de los dos lo supiéramos entonces, cambiaría nuestras vidas para siempre.

CAPÍTULO 4

Idilios inesperados

Salimos de la clínica. Yo iba maleta en mano siguiendo a Laura por pasillos que olían a antiséptico y esperanza. En el estacionamiento se detuvo frente a una camioneta blanca que abrió del lado del conductor, por lo que me dirigí hacia el lado del copiloto. Arrancó la camioneta saliendo por un portón de arco colonial. Tomamos una calle empinada serpenteante y pude preguntarle adónde íbamos. Me dijo que a su casa, donde estaban Luis y su padre esperándonos.

Laura me miraba con el rabillo del ojo y, con voz casual pero cargada de curiosidad, me preguntó sin mayores preámbulos:

—¿Qué es lo que estudian ustedes?

Le contesté que estábamos terminando la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de México y que por eso estábamos en Cuernavaca. Queríamos adelantar un poco el trabajo para la recepción profesional.

—Qué interesante... y ¿qué quieren hacer cuando terminen la carrera?

—Pues no sabemos aún con certeza, pero tenemos interés en la política para poder ayudar a la gente que lo necesite. Nosotros no buscamos poder y dinero...de verdad queremos ayudar a la gente porque tenemos el sueño de que en México haya libertad, una justicia verdadera y una democracia sólida.

—Eso es muy loable de su parte... oye...¿tienes novia?

La pregunta me tomó un tanto desprevenido por su directa. Respondí que no y me pareció que sonreía satisfecha ante mi respuesta, quedándose de inmediato en silencio expectante.

—¿Y tú tienes novio?

—Sí tengo novio y estamos prometidos para casarnos al terminar de estudiar.

—No esperaba que tuvieras tal compromiso siendo tan joven —le dije, genuinamente asombrado.

Volvió a sonreír con esa expresión ya conocida que me resultaba encantadora y respondió con aire misterioso:

—Hay muchas cosas de mí que a lo mejor te sorprenderían igualmente.

Poco después llegamos ante un antiguo portón de madera de encino con herrajes elaborados. En el centro, había una leyenda tallada que decía: "Quinta Laura". Tocó dos veces el claxon con familiaridad, y un minuto después el portón se abrió lentamente. Apareció un anciano que se inclinó cortésmente ante Laura y, quitándose el sombrero de paja con respeto, la saludó:

—Buenas tardes tenga usted, señorita Laura.

Recorrimos un largo camino empedrado bordeado de buganvillas y llegamos al umbral de una mansión de estilo colonial que me dejó sin aliento por su magnificencia y ostentación evidente. En el amplio porche pude ver a Luis y al Dr. Valdez conversando animadamente en sillones de mimbre.

Me apresuré a bajar del vehículo para ir al lado del conductor y, extendiéndole la mano galantemente, ayudé a Laura a descender. Ella tomó mi mano, sacó un pie del coche y al incorporarse dijo con simpatía genuina:

—Muchas gracias... eres todo un caballero.

Llegamos al porche donde el padre de Laura se levantó mientras Luis caminaba hacia mí con expresión aliviada. Nos abrazamos alegrándonos de volver a vernos. Le dije al doctor que estábamos muy agradecidos con él y con su hija por todas las atenciones recibidas en circunstancias tan difíciles.

Él estrechó mi mano con firmeza y, con camaradería profesional, me preguntó cómo me sentía del hombro y si quería tomar algo. Le respondí que aún estaba un poco aturdido por el calmante, pero que me sentía bien y solo apetecía un refresco.

El Dr. César Valdez era un hombre alto y robusto, con anteojos de marco dorado, de no más de cincuenta años, quien amablemente nos dijo con hospitalidad genuina:

—Ya tenemos una habitación dispuesta para los dos que espero acepten sin objeciones. El coche ya lo están reparando en el taller de uno de mis amigos más confiables y tal vez mañana esté completamente listo.

Laura no me quitaba la vista de encima con atención que comenzaba a parecerme más que casual. Yo volví a agradecerles todas sus atenciones y Luis no omitió mencionar que estaba pendiente de que nos dijeran lo que debíamos del hospital y de la reparación del carro, porque aunque sus atenciones no podían pagarse con nada, los servicios médicos y mecánicos sí debían ser cubiertos apropiadamente.

El Doctor dijo que habían tenido mucho gusto en ayudarnos y que no debíamos nada en absoluto. Insistió en que además aceptáramos su hospitalidad y que éramos bien recibidos como nuevos amigos de la familia. Dicho esto, le pidió a Laura que le llevara sus lentes de lectura que había olvidado en su automóvil. Cuando la chica salió para cumplir con la petición de su padre, volvimos a agradecer y aceptamos su generosa oferta, un poco sonrojados por la gentileza extraordinaria de una familia desconocida que no tenía compromiso alguno con nosotros.

—Sin embargo... —dijo el doctor con tono casual— si pueden hacer algo por mí.

—Usted diga en qué podemos servirle y por supuesto que lo haremos —le dije de inmediato, ansioso por corresponder de alguna manera.

—¿Podrían acompañar a Laura mañana a Cuautla? Yo tengo algunas cosas urgentes que hacer y no podré llevarla, y como ustedes me han inspirado plena confianza me atrevo a pedírselo. Creo que se sentirá bien con gente joven como ustedes... Además, para que no tenga que darle explicación de por qué yo no puedo llevarla, quisiera que tú se lo pidieras —dijo dirigiéndose específicamente a mí.

—Estaremos encantados de llevarla, pero... tal vez ella prefiera ir con su prometido...

Cuando mencioné esto, el Dr. Valdez alzó la vista, me miró con calma y me dijo con gran sencillez y una sonrisa enigmática:

—Laura nunca ha tenido novio, y mucho menos un prometido.

Terminaba de decirme esto cuando Laura apareció en la terraza con los lentes, caminando con esa gracia natural que ya había comenzado a fascinarme.

Yo había escuchado todo y no cabía de asombro al darme cuenta de que Laura me había mentido descaradamente acerca de su supuesto prometido. Cumplí mi ofrecimiento y le pregunté a Laura si quería acompañarnos a Cuautla al día siguiente para que nos hiciera el favor de enseñarnos la ciudad histórica.

—Claro... —dijo de inmediato con entusiasmo evidente— mañana no tengo nada que hacer y me dará mucho gusto ir con ustedes...es más, podemos irnos en mi camioneta pues su auto lo entregarán hasta la tarde, creo yo.

Luis sorprendentemente dijo que él lamentaba no poder ir a Cuautla, pues tenía que ir a firmar el acta de su declaración al ministerio por lo del accidente, pero que no nos preocupáramos pues podríamos ir solo Laura y yo sin ningún problema.

Antes de las nueve de la mañana ya estábamos camino a Cuautla. Yo manejaba la camioneta blanca en la que habíamos llegado el día anterior y había permanecido sin hablar durante un buen rato, disfrutando del paisaje montañoso y de la compañía silenciosa pero estimulante.

De pronto Laura me preguntó con curiosidad genuina por qué le había pedido acompañarme a Cuautla y solo le respondí que la petición fue porque yo no conocía Cuautla y que además era una forma de conocerla un poco más a ella. Pareció satisfacerle la respuesta, pero entonces me dijo que quería confesarme algo y que esperaba que no lo tomara a mal.

La animé a decirme lo que fuera y que no lo tomaría a mal bajo ninguna circunstancia. Comenzó diciendo con cierta timidez:

—Cuando los vimos en la carretera accidentados, algo que no puedo explicar racionalmente me obligó a pedirle a mi padre que se detuviera para ayudarlos. Fue una voz interior que me pidió hacerlo y cuando te vi atendiendo a Luis con esa cara de angustia, me dio la impresión de que ya te conocía desde hace mucho tiempo.

La escuché atentamente, sintiendo una extraña emoción que no lograba identificar. Continuó con voz cada vez más baja:

—Luego de que mi papá atendió a Luis y tú te desmayaste, le insistí para ser yo quien te cuidara...y estando inconsciente solo quería seguir mirándote y tomar tu mano para consolarte. Pero eso no es todo. Antes de ir por ti a la clínica, le comenté a mi papá que me habías caído muy bien y que ojalá me invitaras a pasear, pero que yo sabía que eso no sería posible porque seguramente tenían cosas importantes que hacer.

Yo seguía escuchándola e imaginando vívidamente lo que contaba.

—Mi papá me dijo que ya hablaríamos de eso después porque Luis iría a firmar el acta al ministerio y tú ibas a acompañarlo. Por eso me extrañó que fueras tú quien me pidiera ir a Cuautla... No cabe duda que el destino es misterioso y caprichoso.

No quise decirle que fue precisamente su papá quien me pidió que la invitara a Cuautla para no opacar su alegre confesión con la realidad prosaica.

No dejó de decirme que se arrepentía también de haberme mentido acerca de tener prometido, y que le costaba mucho confesarme toda esa sarta de estupideces que probablemente consideraría como caprichos inmaduros de una niña tonta y romántica.

Guardó silencio expectante, y esas confesiones provocaron en mí un sentimiento extraño pero intensamente placentero, que también me impulsaron a detener el coche a un lado del camino, voltear hacia ella y,

sin pronunciar palabra alguna, tomar su cabeza con suavidad para besarla larga y delicadamente en los labios. Cuando estábamos fundidos en el beso, me di cuenta de algo revelador: Laura no sabía besar. Nos separamos lentamente y, azorada por mi impulso, solo atinó a pasarse los dedos por el cabello rubio, como para salir del aturdimiento. Me miró con un gesto serio por primera vez desde que la conocía y me dijo totalmente ruborizada:

—Eres el primer hombre que me besa... Aunque en realidad, lo has hecho por segunda vez pues anoche soñé que me besabas, y ahora mi sueño se ha hecho realidad de la manera más hermosa.

Sin decirle nada volví a besarla, esta vez con más pasión y ternura. Ella correspondió instintivamente a la forma en que acariciaba sus labios, con un ardiente deseo de devolver la sensación que demostraba tener.

Sin decir palabra, volví al volante y arranqué la camioneta, enfilándome de nuevo hacia la carretera. Llegamos a Cuautla, pero ella se había recargado tiernamente en mi hombro, entrecerrando los ojos hasta quedarse dormida como una niña confiada. Cuando me di cuenta de su respiración tranquila y rítmica, confirmé que aún dormía, así que detuve el auto lentamente y tomé su rostro con las manos para despertarla con caricias suaves. Abrió los ojos y sonrió espléndidamente, diciendo con voz traviesa y somnolienta:

—Buenos días...qué pena haberme quedado dormida...antes que otra cosa pase quiero preguntarte...¿qué significaron esos besos?

Le sonreí y le dije que no sabía con exactitud... pero que me había nacido del alma más profundo.

Ella volvió a sonreír con satisfacción y bajamos del auto. Nos tomamos de las manos, caminamos por las calles coloniales, nos sentamos en bancas de la plaza, compramos dulces regionales, comimos nieve en el parque, nos besamos varias veces más, volvimos a caminar descubriendo rincones encantadores y así continuamos todo el día hasta el atardecer dorado.

El crepúsculo caía cuando regresamos a la Quinta y en la entrada había dos hombres armados con actitud claramente vigilante. Al entrar y descender del vehículo, observé otros dos autos de gran tamaño estacionados en el interior, y varios hombres con actitud profesional, portando radios y observando atentamente cada uno de nuestros movimientos con ojos entrenados.

A Laura no pareció llamarle la atención la presencia de todos esos hombres y bajó con alegría del coche diciendo que su tío ya había llegado y, tomándome de la mano, me condujo apresuradamente hacia el interior de la residencia.

Al entrar, vi al Dr. Valdez de pie frente a una cantina elegante, sirviendo una copa de cristal cortado. En la sala se encontraba Luis en un sofá individual, y en otro un hombre corpulento de rostro afable que me resultó

extrañamente familiar, junto a una mujer que, pese a las huellas inevitables del tiempo, conservaba vestigios de una notable belleza de su ya lejana juventud. Había además un hombre parado junto a la ventana que no parecía pertenecer a la familia.

Al entrar Laura corrió hacia el hombre corpulento y lo abrazó y besó con efusividad, llamándole "tío". Le dijo que venía agotada porque habíamos estado recorriendo Cuautla durante horas. Procedió a besar con menor efusividad a la señora y saludó a Luis con un simple "¡hola!" amistoso. Luego, volteó hacia mí y me pidió que me acercara para presentarme a toda su familia. Añadió que, aunque pequeña en número, era muy valiosa para ella.

Al decir esto todos dirigieron su mirada hacia mí y, mientras Laura me presentaba, me adelanté y estreché las manos de sus tíos, di una palmada amistosa en la espalda a Luis y saludé cordialmente al Dr. Valdez quien me preguntó cómo nos había ido y si deseaba tomar algo. Después de contestar brevemente que muy bien, decliné el ofrecimiento cortésmente y, al girarme, casi colisioné con Laura, que aguardaba junto a mí, esperando a que terminara de hablar con su padre. Me tomó del brazo y me guio hasta el sofá grande, donde nos sentamos cómodamente.

Para ese momento, el tío había retomado la conversación interrumpida por nuestra llegada y explicaba sus problemas con los cañeros de la región de Zacatepec. Según relataba, estos habían sido los principales opositores de su campaña cuando, cuatro años atrás, recorrió el estado de Morelos. Explicaba que solicitaban la incautación de tierras pertenecientes a un terrateniente, alegando que las había ocupado ilegalmente desde el asesinato de Zapata en 1919.

—Pero pasando a otra cosa, el Señor Presidente, mi maestro, me confió que pretende pasarle la estafeta a mi compadre Mario Ocaña Lara. Por eso he pensado que después de aquí podría pasar al gobierno federal para integrarme tal vez como Secretario de Gobernación.

El Dr. Valdéz, su hermano y padre de Laura le dijo que tal vez muy pronto para hacer especulaciones faltando tanto tiempo para eso, pero quien esto afirmaba le dijo sencillamente:

—Mi querido hermano...en política los mejores tiempos son los que marcan los que ostentan el poder. Ahorita el poder lo tenemos un grupo que duraremos mucho en él. Agustín ya es presidente...luego seguirá Mario...y luego tal vez yo mismo pueda llegar a serlo.

Fue entonces cuando reconocí al hombre corpulento, tío de Laura. Sentado frente a mí se encontraba el Lic. Pedro Daniel Valdez Urrástegui, Gobernador del Estado de Morelos, quien era compadre de Mario Ocaña Lara, Secretario de Programación y Presupuesto y uno de los políticos con mayores posibilidades de ocupar la presidencia de la República en el siguiente sexenio al ser amigo y discípulo de don Agustín Salvatierra

Venegas, quien acababa de protestar como presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos en el año que corría.

Un ligero escalofrío recorrió mi cuerpo al darme cuenta de que había estado teniendo escauceos amorosos con la sobrina de un político de primer nivel. Sin saberlo entonces, acababa de ingresar al círculo más íntimo del poder político mexicano, y mi vida jamás volvería a ser la misma.

CAPÍTULO 5

Sangre en el Club

Los hermanos Valdez supieron que nuestra presencia en Cuernavaca era para descansar y adelantar nuestro trabajo escolar con miras al fin de cursos de nuestra carrera. Don Pedro Valdez se complació en ofrecernos ayuda y nos dijo con magnanimidad política:

—Yo tengo un colaborador que es profesor universitario y puede ayudarlos en ese trabajo. Me alegro mucho de conocer a dos promesas de la política que son amigos de la familia.

Al decir esto, miraba fijamente hacia donde estábamos sentados Laura y yo. Agradecemos la oferta y la aceptamos de buen grado, conscientes del honor que representaba. Luego, todos escucharon de labios de la propia Laura el periplo que tuvimos en Cuautla, y que nos llevó a darnos cuenta de la afinidad que teníamos en muchos temas, pero sin mencionar la parte romántica del día.

Ella se mostraba feliz y, abrazando a su padre y su tío, les dijo que estaba exhausta y que se iba a descansar. Me miró y me dio las gracias por el paseo por Cuautla, mencionando que tendríamos que repetirlo otra vez en algún momento propicio.

Don Pedro nos dijo entonces que al día siguiente le diría al Lic. Buenrostro que se pusiera en contacto con nosotros para ayudarnos con nuestro trabajo académico. Se levantó, ayudó a levantarse a su esposa y empezó a despedirse de su hermano el Dr. Valdez con la cortesía formal que caracteriza a las familias políticas.

Nosotros nos retiramos a la habitación que habían dispuesto para nosotros y ya en ella Luis me dijo con actitud humorística y cómplice:

—¿Qué pasó con Laura? Te cuento que ayer cuando tú estabas en la clínica y fuimos a lo de la declaración por el accidente, el doctor me comentó que vio que tú le habías gustado mucho a su hija y por eso insistió en estar contigo mientras descansabas.

Dijo esto y sonrió con complicidad fraternal. Yo le conté superficialmente lo ocurrido en el viaje a Cuautla: los besos y algo de la plática íntima que habíamos compartido. Le comenté que Laura me preguntó qué habían significado esos besos pero que no habíamos quedado en nada definido. ¿Cómo lo veía él?

Luis solo me recomendó que tuviera cuidado de no comprometerme con algo que yo no quisiera y que no fuera a lastimarla, porque ella parecía genuinamente entusiasmada conmigo. Nos acostamos y el cansancio nos venció pronto, quedándonos profundamente dormidos.

Al día siguiente, luego de que nos ofrecieron un desayuno frugal pero abundante, nos indicó el Dr. Valdez que la persona que nos ayudaría llegaría alrededor de las diez de la mañana, y que podíamos trabajar en la biblioteca de la casa tranquilamente. Así sucedió y en realidad fue de mucha utilidad el apoyo de ese profesor universitario.

Ese fin de semana terminó tranquilamente sin que pudiéramos volver a estar solos Laura y yo. Entregaron el auto como habían prometido y, agradeciendo nuevamente las atenciones, nos despedimos no sin ofrecer que en un par de semanas volveríamos para descansar y vernos nuevamente. Laura me dio un beso discreto sin que nadie lo notara al despedimos, mientras Luis hacía lo propio con el Dr. Valdez. Regresamos a México sin problemas y yo no dejaba de acordarme de la calidez de Laura.

A las dos semanas, Luis me dijo que le había llamado el Dr. Valdez diciéndole que ya tenían listo el hospedaje para nosotros en la quinta, que no fuéramos a fallar a nuestra palabra. Al día siguiente nos fuimos a Cuernavaca. Nos recibieron con toda la amabilidad del mundo. La propia Laura ya tenía listo todo para que nos fuéramos a pasar el día en el Club Baganvillas.

Montamos todo en la camioneta de Laura. El Club era una construcción que se alzaba majestuosa con una hermosa arquitectura colonial mexicana. Era un conjunto de edificios que albergaba salones de baile, salas de convenciones, auditorios, espacios de ocio, restaurantes, bares y casinos. Al cruzar la entrada, nos recibió un empleado uniformado que lucía el emblema del club en el pecho. Tras saludar respetuosamente a Laura, nos condujo hacia una mesa a orillas de la piscina en un conjunto que quedaba envuelto en exuberante vegetación tropical y densos grupos de bambúes.

Al sentarnos, Laura, con aquella sonrisa que nunca abandonaba su rostro, nos dijo:

—Este es mi sitio preferido del Club...¡Ah...ya vi allá a Gladys! Es la hija del Senador Alcántara. —se volteó hacia Luis— Te la voy a presentar...te va a gustar.

Dicho esto, alzó la mano para llamar la atención de una muchacha en bikini de cuerpo espectacular que hizo que a Luis casi se le cayera la mandíbula cuando la vio. La chica saludó con la mano e inició el camino hacia nuestra mesa con evidente intención de saludar a Laura.

—¡Hola Laurita! Qué gusto verte. Al rato llega mi papá con tu tío. Van a jugar al golf.

Las chicas se saludaron afectuosamente y Laura inició la presentación:

—Mira Gladys, te presento a Luis Alcázar, un amigo de la familia, y a "mi novio"...

Dijo esto con gran coquetería y me tomó de la mano para darme un beso en la mejilla. Era el lenguaje silencioso de "no tocar, propiedad privada", según entendí perfectamente. Mientras eso sucedía, Luis no podía dejar de ver a la chica llamada Gladys, quien tomó su mano diciéndole que le daba gusto conocernos. Laura aprovechó para decirle:

—¿Por qué no llevas a Luis para que conozca el Club y así no hacen mal tercio?

Dijo esto con picardía inocente mientras sonreía con esa candidez calculada, a lo que la chica de inmediato tomó la mano de Luis y dijo:

—¡Encantada! Ven conmigo Luis, te enseñaré todo el lugar...

Luis solo atinaba a sonreír con timidez pero no dejó de aceptar el plan y, tomando de la mano a Gladys, solo se volteó para decirnos un simple:

—Nos vemos al rato...diviértanse.

Cuando se alejaron, Laura de inmediato me abrazó y me dijo con satisfacción evidente:

—Por fin podremos estar solos. Quiero que platiquemos lo que dejamos pendiente la vez pasada. Dime de una vez qué significó habernos besado tantas veces...

Sonreí ante su reiterada pregunta y, sonriendo, le dije que ya estaba aclarado, que ella misma ya me había presentado como su novio con la chica a la que le había "enjaletado" a Luis para quedarnos solos.

—Sí, pero eso lo dije yo. —me contestó— Quiero que tú me digas ¿qué somos realmente?

Ante esta persistencia, agradable por cierto para mí, solo le dije con galantería teatral:

—Señorita Laura Valdez... ¿quiere usted ser mi novia ante Dios y ante los hombres?

Por un momento sonrió y me dijo que por supuesto estaría encantada de ser mi novia, pero de inmediato se puso seria y me dijo con vulnerabilidad:

—Estoy empezando a enamorarme de ti de verdad...no juegues conmigo por favor.

Mi respuesta fue simple. La besé lentamente en la boca y ella correspondió plenamente. Laura Valdez y yo... ya éramos novios formales.

Estando en el inicio de ese idilio, Laura dijo de pronto:

—¡Híjole! Olvidé mis lentes de sol en el auto. ¿Podrías traérmelos por favor?

Me levanté de inmediato y recorrí los senderos sin prisa, viendo a lo lejos al licenciado Valdez, con cuatro personas, que llegaba al club con sus equipos de golf profesional.

Llegué a la camioneta, recuperé los lentes de sol de Laura y, al regresar, advertí que había tomado un camino equivocado pues apareció ante mí el letrero: "Campo de Golf Margaritas". Buscando una ruta alternativa o a algún empleado que pudiera orientarme, distinguí a un hombre con el uniforme del club que portaba un estuche de guitarra. Le silbé para llamar su atención, pero al no obtener respuesta, decidí alcanzarlo para solicitar su ayuda.

Apresuré el paso por donde había desaparecido y me encontré con una bifurcación que me arrancó una maldición, pues ahora ignoraba qué camino había tomado. Me detuve, indeciso, y elegí al azar. Ya casi me decidía a desandar mis pasos hasta el estacionamiento cuando escuché un ruido más adelante que me impulsó a continuar.

Al bordear un grupo de árboles frondosos, percibí movimiento en los arbustos cercanos y me asomé con cautela. Al hacerlo escuché las voces de dos hombres a los que casi estuve a punto de revelar mi presencia para pedir orientación, pero me contuve al oír:

—¡Ahí está el pinche viejo cabrón! Fíjate que este es el mejor lugar porque ya van a comenzar los tiros largos...lo tienes bien a la vista.

Al escuchar aquello me agaché para permanecer oculto. Con sigilo, aparté unas ramas para observar lo que ocurría y pude ver de rodillas a dos hombres con el uniforme del club que sacaban de un estuche un rifle con mira telescópica. Me quedé paralizado de terror.

Uno de los hombres empuñó el rifle y, adoptando la postura de tirador, le dijo al otro que ya tenía el objetivo en la mira y el otro sujeto solo exclamó:

—¡Ahora sí ya te chingaste, don Pedro Daniel!

En ese instante, recordé que el gobernador había ingresado al club minutos antes, con intención de jugar al golf a juzgar por su indumentaria deportiva. Me incorporé levemente y con horror creí reconocer al licenciado Valdez a lo lejos con un palo de golf en la mano, acompañado por las cuatro personas con las que había entrado.

Como una descarga helada, comprendí que aquellos hombres pretendían asesinar a don Pedro... Y lo estaban haciendo justo frente a mí, sin que pudiera evitarlo.

Sin pensar mucho, me incorporé bruscamente y grité con todas mis fuerzas, con la esperanza de ser oído por don Pedro y sus acompañantes, al tiempo que me abalanzaba sobre el tirador que ya apuntaba hacia su objetivo.

Todo sucedió muy rápido. Caí sobre la espalda del hombre, quien lanzó una maldición mientras sonaba el disparo. El sonido reverberó a la distancia. Rodé hacia su derecha y cuando se volvió para identificar qué le había caído encima, lanzó un golpe con el arma para alcanzarme. Por fortuna el impacto fue a dar contra el delgado tronco de un arbolillo. El

otro hombre, al escuchar la detonación y comprender lo que sucedía, optó por saltar a un lado y desaparecer entre los senderos. Yo intentaba incorporarme para huir cuando el hombre del arma se disponía a disparar... ¡esta vez contra mí!

Logré ponerme en pie y correr detrás de los arbustos, encontrándome en el campo abierto de golf junto a una de las trampas de arena del primer hoyo. Apenas había recorrido tres o cuatro metros cuando sentí que la tierra cedía bajo mis pies y caía sobre algo blando al tiempo que resonaba un segundo disparo. Por un instante, creí haber sido alcanzado por la bala, pues aunque no experimenté dolor, sabía que un impacto de bala no duele de inmediato, sino que se percibe solo como algo cálido.

Sentí algo caliente en todo el cuerpo y algo que penetró en mis ojos, impidiéndome ver. Escuché tres disparos más, aunque de diferente timbre, que resonaron a mayor distancia, y luego hubo un corto silencio. Yo luchaba por limpiar mis ojos de aquellas partículas lacerantes cuando sentí que me alzaban bruscamente. Aún parcialmente cegado por el ardor, comencé a distinguir gradualmente mi entorno a través de las lágrimas que manaban de mis irritados ojos, y escuché una voz que decía:

—¡Déjalo, déjalo... Yo me encargo. Vete por los otros y cubran todo el club!

Finalmente pude abrir los ojos ya liberado del férreo agarre del hombre, alcé la vista para encontrarme con el rostro asombrado y grave del hombre que conocí en la quinta de los Valdez, que era el guardaespaldas personal de don Pedro. Me preguntaba por mi estado mientras examinaba mi cuerpo en busca de posibles heridas.

En ese momento llegó corriendo don Pedro Daniel y al reconocerme, comenzó a interrogarme sobre lo ocurrido. Preguntó quién era el hombre muerto y entonces miré hacia donde señalaba el licenciado Valdez y pude ver al tirador con dos grandes manchas de sangre en el pecho, tendido en el suelo completamente inmóvil... "¡Muerto!", había dicho don Pedro.

Recordé súbitamente al cómplice y, volviéndome hacia el guardaespaldas, le advertí que buscaran entre los empleados del club, pues había otro hombre con el fallecido y ambos vestían el mismo uniforme. Le dije que los dos habían intentado disparar al gobernador y le urgí a que lo buscara para evitar su fuga. Luego me dirigí al licenciado Valdez y relaté todos los acontecimientos de los que primero había sido testigo y después protagonista, aunque a partir de ahí mis recuerdos se tornaban confusos.

Don Pedro me dijo que había tenido suerte, pues al correr hacia el campo había caído en la trampa de arena, por eso el tirador no pudo acertar al blanco. Después, sus hombres abatieron al asesino y el "Becerro", así le decían a su guardaespaldas, había llegado para levantarme.

Todo esto me lo decía el licenciado Valdez mientras nos rodeaban otros de sus hombres que, pistola en mano, vigilaban protegiéndonos con sus propios cuerpos como escudos humanos.

El apodado "Becerro" regresó y le dijo a don Pedro que había que irse ya a la Casa de Gobierno antes de que llegaran los reporteros. Añadió que Hidalgo ya se encargaría de todo lo demás. Dicho y hecho, comenzaron a conducirnos por los senderos hasta alcanzar los vehículos y partir de inmediato.

En ese instante recordé a Laura y Luis, y al manifestar mi preocupación a don Pedro, este me tranquilizó asegurándome que su gente se ocuparía de todo y que no me inquietara innecesariamente. Arribamos a la Casa de Gobierno y, tras permanecer sentados en silencio durante algunos minutos, don Pedro se levantó y comenzó a pasearse de un lado a otro como un león enjaulado, profiriendo maldiciones contra un tal Macario, a quien atribuía la responsabilidad de haber enviado a los dos sicarios. Con evidente mal humor, ordenó a todos abandonar la estancia. Pulsó el intercomunicador para decir:

—¡Que venga Herrera inmediatamente!

Unos segundos después entró un hombre que recibió instrucciones precisas del Gobernador: dar a la prensa la versión de que hubo una riña entre dos sujetos en el club por cuestiones pasionales. Que uno fue abatido por la policía y el otro escapó. Dadas sus instrucciones, despidió a Herrera con un gesto autoritario.

Yo permanecía sentado y lamenté decirle a don Pedro que no había podido ver el rostro del otro individuo para reconocerlo. El gobernador se dirigió a una vitrina, extrajo una botella y sirvió dos copas. Sin decir palabra, me tendió una mientras apuraba el contenido de la otra de un solo trago. Acepté el trago y, aunque no estaba habituado al alcohol, en aquel momento seguí el ejemplo de don Pedro, experimentando un calor reconfortante que se extendió rápidamente por todo mi organismo.

Aparentemente más sereno, don Pedro tomó asiento y con voz ronca me dijo que le había salvado la vida y que estaba en deuda conmigo. Enseguida añadió:

—Esos huevotes no cualquiera los tiene. ¡Gracias muchacho!

Acto seguido se levantó, me pidió que hiciera lo mismo y, tras reiterarme solemnemente su gratitud, me estrechó en un fuerte abrazo fraternal.

Una secretaria irrumpió en la estancia para anunciar la presencia del doctor Valdez, de Laura y de Luis, quienes, sin aguardar respuesta, entraron con rostros graves que reflejaban incertidumbre y temor.

Laura, al verme, corrió a abrazarme sin importarle la presencia de su padre y su tío. El doctor Valdez preguntó con angustia a su hermano qué había sucedido. El gobernador ofreció un relato conciso de los hechos tal como habían acontecido, y concluyó su narración afirmando que estaba ahí gracias a que yo le había salvado la vida, pues arriesgando el pellejo había desviado el arma y la bala destinada a matarlo.

Luis me miró con preocupación fraternal. El doctor Valdez me contempló con profunda gratitud y Laura me obsequió con un tierno beso mientras les decía a los dos hermanos:

—Pues aprovecho para decirles que soy la feliz novia de este valiente "soldado" que salvó tu vida, tío. —miró al Gobernador y luego a su padre de forma alterna.

Ambos hombres me miraron y expresaron que se alegraban de que todo hubiera terminado bien y nos felicitaron por el incipiente noviazgo que anunciaba Laura. Me sentí halagado pero dolorido, sobre todo del brazo ya lastimado y solo alcancé a decir que ansiaba darme un baño porque estaba todo lleno de tierra y arena del campo de golf.

Al escuchar esto, Laura se incorporó y dijo que sería mejor que nos fuéramos a la casa para que pudiera ducharme y descansáramos todos de lo ocurrido. Agradecí la propuesta.

Abandonamos la Casa de Gobierno y nos dirigimos a la Quinta. Mientras Luis quiso quedarse para enterarse del final de la aventura. Una vez en la habitación que nos dieron, Laura me dijo que prepararía café mientras yo me bañaba. Me desvestí haciendo un recuento mental de lo acontecido. La excitación y el miedo habían dado paso a una lasitud que comenzaba a darme sueño.

Entré en el espacioso cuarto de baño y llené la bañera con agua que estimé apenas tibia para procurarme una sensación relajante. Activé el sistema de hidromasaje y me sumergí en el agua, recostándome plácidamente para aliviar el cuerpo dolorido y me relajé hasta casi quedarme dormido.

CAPÍTULO 6

Entre el Amor y la Ambición

Ignoro cuánto tiempo transcurrió a causa del sopor reparador de la tina de baño, cuando escuché un ruido que me sobresaltó. Empuñé el cepillo de espalda como única arma defensiva y me incorporé lentamente, sintiendo nuevamente la excitación y tensión que había experimentado en el club. Aguardé cauteloso y, de pronto, descorrí el cancel de la bañera calculando que cualquier intruso podría hallarse al alcance de mi hipotético golpe de cepillo.

Al hacerlo, la sorpresa se transformó en una extraña mezcla de alivio y una modalidad diferente de excitación, pues Laura se encontraba junto a la bañera, completamente desnuda. Emitió un ligero grito, cubriéndose la boca con la mano y, al percatarnos ambos de la situación, reímos nerviosamente. Después, con mayor serenidad, le pregunté qué hacía allí —interrogante absurda—, a lo que ella respondió, recuperada la compostura y con refinada coquetería:

—¿No lo adivinas?

Pude admirar cada línea y cada curva de su cuerpo perfecto. La abracé y su respiración se tornó agitada. Sin preámbulos la conduje a la recámara y a partir de ese momento nuestros cuerpos solo emplearon el lenguaje universal del amor.

Perdidos en la inmensidad del tiempo, nos descubrimos yaciendo sobre las sábanas blancas de la cama, que eran testigos silenciosos de nuestra entrega. Aunque el sabor del amor no era nuevo para mí, jamás había experimentado semejante comunión de almas y cuerpos; para Laura, siendo su primera vez, el momento quedaba investido de un encanto casi místico, irrepetible.

El cansancio placentero que invadía mi cuerpo fue interrumpido por el sonido distante de motores. Me incorporé súbitamente, provocando un murmullo de sorpresa en Laura ante lo inesperado de mi reacción. Me acerqué a la ventana y pude distinguir los automóviles de su padre y su tío llegando a la casa. Me volví hacia ella con urgencia:

—Vístete rápido —susurré, mientras yo hacía lo mismo con movimientos apresurados.

Laura se levantó con gracia y velocidad, enfundándose unos pantalones bombachos sin molestarse en buscar su ropa interior, para luego calarse un amplio blusón. Se puso unas sandalias abiertas y, girándose hacia mí, me envió un beso al aire con naturalidad.

—Te espero abajo cuando termines —dijo con voz aterciopelada—. Tómame tu tiempo, después de todo, tú estás donde debes estar y yo soy la "intrusa".

Su sonrisa iluminó la habitación como un relámpago de verano y, con un "te amo" que quedó flotando en el aire, desapareció tras la puerta mientras yo apenas conseguía abotonar mi camisa.

Poseer a una mujer como Laura había sido una experiencia sublime, un viaje a los confines del placer. Hasta ese momento, ni por asomo había considerado las consecuencias que estos acontecimientos podrían traer a mi futuro.

Al descender a la sala unos momentos después, encontré reunida a la familia Valdez en pleno, acompañada por tres individuos de porte militar aunque vestidos de civil. Conversaban con gravedad, dirigiéndose a don Pedro, quien al verme se levantó con una sonrisa cordial.

—Espero que hayas descansado lo suficiente —expresó—, porque el capitán Blanco y su gente de confianza nos traen en exclusiva el epílogo de la aventura.

El capitán Blanco, un hombre de mirada penetrante y porte marcial, comenzó su relato con precisión militar:

—Cuando ustedes se retiraron del club, el "Becerro" ya nos había alertado. Reunimos a todos los empleados que vestían el uniforme blanco y rojo, y junto con el gerente procedimos a una minuciosa revisión del personal.

Su tono era metódico, profesional, como quien recita un informe oficial.

—Descartamos a la mayoría de los empleados veteranos, avalados por el gerente. Nos quedamos con cuatro recién contratados. Investigamos a fondo y uno de ellos había ingresado apenas dos días antes, sin poder justificar su paradero a la hora del atentado. Al no tener coartada sólida, aunque lo negó todo, lo llevamos a los separos de los Servicios Especiales para un interrogatorio exhaustivo.

El capitán hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cautela profesional.

—Después de una "calentadita", confesó entre temblores que no había revelado su ubicación por vergüenza, e insistió en que buscáramos al empleado del sauna, su "amigo íntimo", para confirmar que habían estado juntos en uno de los vestidores. Aseguró que mantenían una relación desde hacía tiempo y que había sido quien lo recomendó para el trabajo.

Don Pedro escuchaba con atención imperturbable, mientras los demás permanecíamos en silencio sepulcral.

—Localizamos al empleado mencionado —continuó Blanco—, quien negó categóricamente la versión, afirmando que apenas lo conocía. Volvimos al interrogatorio para seguir presionando al sospechoso. Los muchachos... intensificaron el procedimiento, pero el "Chivo" se excedió con la fuerza. Cuando el detenido finalmente iba a confesar, comenzó a convulsionar y ya no se pudo hacer nada.

El capitán concluyó diciendo que lamentaban no haber podido determinar quién había orquestado el atentado, pero que al menos habían eliminado a los ejecutores.

Don Pedro, con gesto sombrío, meneó la cabeza con desaprobación.

—¡Carajo Capitán! Les he dicho muchas veces que controlen sus métodos durante los interrogatorios —reprendió con severidad contenida—. Aunque estoy convencido de que Macario está detrás de todo esto, ya ajustaremos cuentas con ese cabrón.

Cuando se disponían a salir, el capitán Blanco preguntó con naturalidad burocrática:

—¿Debemos notificar a los familiares del occiso para que reclamen el cuerpo, o lo...?

Don Pedro meditó por unos segundos, su mirada perdida en algún punto invisible del futuro.

—No conviene entregarlo a la familia —determinó finalmente—. Difundan que escapó y que continuamos la búsqueda. Tomen una fotografía "maquillada" de su rostro, retocada para que parezca con los ojos abiertos, y distribúyanla para dar credibilidad a la búsqueda, y ya saben qué hacer con el resto.

El capitán Blanco respondió que no sería necesario ningún retoque, pues podrían utilizar ampliaciones de la fotografía de su credencial del club.

Don Pedro asintió y, movido por la curiosidad, pidió ver cómo era el frustrado asesino.

El capitán Blanco entregó la credencial del fallecido a don Pedro, quien la examinó con expresión de desprecio visceral.

—Hasta la cara tenía de maricón —expresó crudamente.

Movido por una inexplicable inquietud, pedí a don Pedro que me permitiera ver la fotografía. Me la entregó con desgano y ante mí apareció el rostro de un joven de no más de veinticinco años, de facciones delicadas, casi femeninas, enmarcadas por una cabellera rubia que rozaba sus hombros.

La diminuta fotografía apenas mostraba su rostro, pero mientras la contemplaba, una anomalía perturbadora emergió en mi mente. ¿Cómo era posible que este individuo de aspecto tan delicado pudiera poseer la voz ruda y cavernosa que había escuchado pronunciar aquellas palabras amenazantes? Recordé vívidamente la expresión: "¡Ahora sí ya te chingaste, don Pedro Daniel...!"

En medio de estos oscuros pensamientos, sentí la mano de Laura en mi brazo.

—¿Qué te sucede? —preguntó con preocupación genuina.

Me disculpé diciéndole que no me pasaba nada. Ella continuó hablando, intentando tranquilizarme, convencida de que todo había terminado.

El noviazgo con Laura empezó a deslizarse en forma tersa, cimentándose paulatinamente mientras el tiempo transcurría hacia nuestra recepción profesional. Cuando llegó el momento y egresamos de la facultad, Laura insistió en que la fiesta para celebrarlo debía ser en la residencia de su tío en Las Lomas, ya que argumentaba que debía ser un acontecimiento social memorable y el escenario perfecto para introducirnos en los círculos políticos más altos del país.

Luis y yo accedimos sin reticencias, seguros de que nuestras familias se sentirían muy orgullosas al ver culminado nuestro esfuerzo en un entorno tan distinguido. Mi madre y mi hermana, así como la familia de Luis, asistirían a ese evento trascendental de cuya planeación se encargó totalmente Laura.

La noche de la celebración se encontraban entre los invitados nuestros compañeros de antaño. Leobardo, Julián, Marco Aurelio y Guillermo. José Manuel no pudo asistir, por estar en Nueva York próximo a iniciar una especialización en Urbanismo. María Dolores tampoco estaba presente pues se había casado sorpresivamente con un clarinetista y ambos se encontraban de gira por Colombia. Los compañeros de Ciencias Políticas habían acudido casi en pleno, sin poder disimular su asombro ante la elegancia del recinto y la notabilidad de nuestro anfitrión.

La versión oficial para los medios fue que el gobernador de Morelos ofrecía una recepción para festejar a dos jóvenes egresados de la Facultad de

Ciencias Políticas de la UNAM, uno de los cuales era el novio de su sobrina. El mayor aliciente era la presencia confirmada del actual Presidente de la República, don Agustín Salvatierra Venegas.

Entre la multitud fue grata para mí la presencia de Martha Miranda, quien al llegar se dirigió hacia nosotros para saludar. De forma intuitiva, Laura se aproximó más a mí en cuanto la vio acercarse, adoptando una postura francamente posesiva.

—Buenas noches —pronunció Martha con una voz cálida y segura que parecía acariciar el ambiente.

—Qué gusto que hayas venido. —le dije tomando su mano con sincera cordialidad.

Con voz solemne, procedí a la presentación:

—Martha Miranda, compañera de la Facultad. Laura Valdez... mi novia.

—Pues los felicito a los dos —respondió Martha con serenidad dirigiéndose a Laura— hacen una pareja muy bonita.

Agradecí a Martha su observación y, disculpándome con ella, tomé a Laura del brazo y la conduje con delicadeza para continuar con nuestras obligaciones de anfitriones, mientras Martha se dirigía a la mesa de cócteles, volviendo levemente la cabeza para observarnos con mayor detenimiento.

CAPÍTULO 7

Revelaciones en la Noche de Gala

Don Pedro me dijo que en pocos minutos llegaría el licenciado Salvatierra, y quería que yo estuviera presente para ser presentado formalmente. Discretamente aparecieron varios hombres en la entrada con el inconfundible aspecto de guardaespaldas profesionales. Portaban radios y observaban el entorno con atención meticulosa, sin llamar excesivamente la atención de los invitados. Al verlos, don Pedro se acercó a mí con premura:

—¡Ven, hijo! Ya llega Agustín.

Salimos al pórtico de la residencia. El Presidente descendía ya del vehículo blindado y comenzó a subir con paso firme los cinco peldaños que conducían a la entrada. Sonrió desde abajo a don Pedro, quien se adelantó para estrechar su mano extendida ante los flashes de los reporteros, ávidos de material para sus columnas políticas y sociales.

—¿Qué tal, Pedro? ¿Cómo estás? —saludó el Presidente con familiaridad campechana.

—Muy bien, señor... agradezco profundamente el honor de su presencia.

—¿Estás un poco más gordo, no? —bromeó el Presidente en voz baja con camaradería.

Don Pedro sonrió ante la broma fraterna y condujo al Presidente al interior de la residencia. Yo los seguía de cerca hasta que uno de los guardaespaldas intentó impedirme el paso con gesto automático. Don Pedro volteó a buscarme y ordenó que permitieran el paso a su "sobrino". Los guardias solo obedecieron cuando el propio Presidente asintió con la cabeza en señal de aprobación.

Escoltamos al Presidente hasta la biblioteca entre la respetuosa ovación de los asistentes. Martha se había colocado estratégicamente en primera fila ante el paso de nuestra improvisada comitiva. Al observar que don Pedro llevaba del brazo tanto al Presidente como a mí, me pareció advertir una mirada de respeto calculado, dedicándome una sonrisa maliciosa mientras aplaudía con discreción. No pude evitar cerrarle un ojo al pasar.

Laura se adelantó para entrar también en la biblioteca, pero su tío la detuvo con gentileza pero firmeza:

—Ahora no Laurita... espera afuera, por favor.

Acto seguido, me condujo suavemente al interior de la estancia ante la expresión compungida de Laura que me miraba haciendo graciosos pucheros en broma.

Una vez dentro, don Pedro pareció relajarse e invitó al Presidente a tomar asiento en un sillón de cuero:

—Mire Don Agustín, este muchacho es quien frustró el atentado en mi contra. Es el novio de mi sobrina y he llegado a verlo ya como alguien de la familia. Acaba de culminar sus estudios en Ciencias Políticas y es uno de los festejados de hoy.

El Presidente me observó con interés genuino y comentó con la autoridad que da el poder supremo:

—Me da gusto conocer a un joven valiente y prometedor para nuestra patria —giró hacia el licenciado Valdez y continuó— Deberías buscar por ahí un buen sitio para que se vaya fogueando. Tal vez en Gobernación o con tu compadre Mario Ocaña.

—Por supuesto que lo haré Agustín. No te quepa duda porque hará gran carrera política.

—Mmm, seguramente así será.

Volvió a mirarme examinándome durante unos instantes antes de decir con paternal benevolencia:

—Mira, muchacho, la carrera política es ardua y requiere entrega total y mucho temple pero, si Pedro confía en ti y está dispuesto a respaldarte, tienes un camino promisorio por delante. Siendo pariente de mi discípulo, cuenta conmigo para lo que necesites.

—Le agradezco profundamente señor —respondí con sinceridad—. Es un verdadero honor conocerle en persona, así como lo es el que don Pedro tenga esa opinión de mí.

—¡Vamos, hijo! —intervino don Pedro—. Ni lo menciones. Fue una fortuna encontrarte porque además de tu acto heroico, como ya le comenté a Don Agustín —dijo mirando al Presidente—, posees un talento político innato. Y por si fuera poco, mi sobrina solo tiene ojos para ti, y... ¡palabra! Las mujeres tienen un don especial para apreciar a los hombres de valor.

Ante este intercambio de elogios, don Agustín sonrió y, haciendo ademán de levantarse, concluyó:

—¡Bueno! Te deseo la mejor de las suertes —me dijo—. Y a ti, Pedro, por supuesto que la tendrás. Cuando yo termine muy probablemente estarás despachando en Bucareli. Y ahora, salgamos para que nos vean, dirija unas palabras a los asistentes y me tome un trago antes de retirarme.

Después de hacer exactamente lo que había dicho, abandonó la residencia acompañado de don Pedro hasta su vehículo. Entonces la tensión se disipó como niebla matutina. La orquesta comenzó a llenar el espacio con melodías bailables, invitando a las parejas a la pista mientras otras permanecían absortas en conversaciones animadas, copa en mano.

Laura no tardó en aparecer. Con su encantadora sonrisa, saludó a mi madre y a mi hermana. Como ya las había presentado a su llegada, el vínculo entre ellas fue inmediato, y se alegraron de saber que Laura era mi novia oficial.

—Señora... ¿Puedo robarle a su hijo para que me invite a bailar? —preguntó con una dulzura irresistible.

Mi madre le devolvió la sonrisa maternal y asintió. Laura la envolvió en un abrazo espontáneo y depositó un beso en su mejilla.

—Gracias doña María.

Tomé del brazo a Laura y la conduje hasta el espacio reservado para el baile. La envolví en un abrazo y nos dejamos llevar por las notas románticas que la orquesta ofrecía. Laura recostó su cabeza sobre mi hombro, y tras unos minutos de silencio compartido, se apartó ligeramente para mirarme con ojos chispeantes de alegría.

Luis se acercó a nosotros y con su sonrisa característica, se disculpó por la intromisión. Nos explicó que "la flota" quería brindar con nosotros y nos solicitaba que los acompañáramos.

—Ya después tendrán el tiempo que quieran para arrullarse —concluyó con alegre desenfado.

En efecto, todos los amigos se habían reunido en círculo, y al aproximarnos, nos ofrecieron unas copas rebosantes de champán. La voz de Marco Aurelio se elevó por encima del murmullo general:

—¡Por los festejados!

Todos alzaron sus copas y entre aplausos y risas se hizo el festejo colectivo. Marco Aurelio invitó a bailar a Laura y mientras ellos se alejaban a la pista, Martha llegó hasta el resto del grupo, saludó a todos con

cortesía calculada y se dirigió a mí, expresando su deseo de hablar conmigo en privado.

Con rapidez, presenté a Martha a mis antiguos amigos y, disculpándome con ellos, la tomé del brazo para apartarnos a un lugar discreto que quedara fuera del campo visual de Laura, quien reía divertida ante alguna ocurrencia de Marco Aurelio.

Descubrí un rincón cerca de un majestuoso ventanal, parcialmente oculto por un pilar junto al cual se erguía una mesa alta de cedro que sostenía un jarrón colonial en su superficie. La conduje hasta allí, ofreciéndole de paso otra copa de champán que recogí de la mesa de cócteles, junto con otra para mí. Al alcanzar nuestro destino, levanté mi copa en un gesto de brindis galante.

—¡Salud, Martha!

—¡Salud! —respondió ella, con un ligero temblor en la voz.

Bebimos un sorbo del dorado líquido burbujeante y de inmediato me puse a su disposición.

—Tú dirás, Martha... ¿Qué quieres decirme?

—Te preguntarás por qué después de haber sido compañeros mucho tiempo ahora quiero decirte algo, incluso tuviste la gentileza de invitarme a salir, y yo no acepté.

—Bueno, supongo que no quisiste, o no podías tal como afirmabas...

—Eso es cierto... te ponía pretextos, pero no es que no hubiera podido, sino que la verdad era que nunca me atreví a hacerlo.

—Da lo mismo... el hecho es que tenías razones para no aceptar... Pero, en última instancia, no tenía derecho a reprochártelo... así como ahora tampoco he de hacerlo.

Se había tornado muy seria y me pidió otra copa para acopiar valor para continuar. Busqué las bebidas y, tomando dos de ellas, le di una y conservé la otra para mí.

—Las cosas no han sido fáciles para mí —continuó con vulnerabilidad—. He tenido que luchar para obtener lo que quiero, y mi carrera era una meta que no admitía distracción...

Interrumpió sus palabras y levantó el rostro para mirarme directamente con sus cautivadores ojos color miel.

—Nunca he tenido novio, aunque siempre he estado enamorada de alguien, pero ese sentimiento lo he guardado para mí, pues, insisto, no quería distraerme de mis objetivos.

—Martha... ¿Por qué me cuentas esto? Creo que no resulta necesario que lo hagas si es incómodo para ti. Y además, ¿qué tiene que ver con lo que querías decirme?

Mi pregunta, lejos de intimidarla, pareció fortalecer su determinación. Apuré el resto de su bebida y, al terminar me dijo:

—Laura es una muchacha muy bonita. Creo que tienes muy buen gusto al haberla hecho tu novia. —Se detuvo para luego continuar—: ¿Pero quiero preguntarte si es algo tan serio como para casarte con ella?

Lo que me preguntó me sorprendió profundamente viniendo de Martha. Reflexioné sobre ello y me percaté de que Martha me observaba detenidamente, aguardando mi respuesta. Respiré profundo y, sintiéndome ya bastante aturdido por el champán, estaba a punto de contestar cuando Luis apareció a nuestro lado.

Ofreció disculpas a Martha, se acercó a mi oído y susurró:

—Te está buscando Laura desde hace rato. No creo que sea bueno que te encuentre en este rincón apartado y acompañado de una mujer. Será mejor que la alcances mientras yo te disculpo con Martha.

Asentí en silencio y me volví hacia Martha:

—Disculpa, ahora vuelvo...

Me retiré discretamente, percibiendo en su rostro una expresión de molestia por la interrupción de Luis, quien la estaba invitando a bailar. Martha me siguió con la mirada y aceptó con desgano la propuesta de Luis. Pude verlos dirigirse hacia la pista.

Me crucé con Laura en la entrada de la terraza, quien con una mirada inquisitiva, me interpeló:

—Mi amor, ¿dónde estabas? Hace mucho que te estoy buscando...

Rápidamente improvisé una explicación verosímil:

—Estaba conversando con los cuates y bebí tres o cuatro copas sin darme cuenta de que se me estaban subiendo. Sentí náuseas y preferí ir al baño a refrescarme. Después, me encontré con Luis, y me dijo que te había visto salir a la terraza, posiblemente buscándome. Y aquí estoy... ¿Qué ocurre?

Al escuchar mi versión de los hechos, el semblante de Laura se transformó. La duda se desvaneció de su rostro y, abrazándome con ternura solo expresó su deseo de estar conmigo y retomar el baile que había quedado interrumpido.

Le sonreí y la conduje hasta la pista para tomarla por la cintura e iniciar la danza al ritmo de la melodía que sonaba en ese momento. Luis y Martha pasaron cerca de nosotros; ella lucía una expresión atractiva y alegre que me sugirió que se encontraba ligeramente achispada.

Al terminar la pieza, el director tomó el micrófono y anunció que a continuación interpretarían una polka, pero que el baile era de cambio de parejas. Mientras se organizaba la dinámica y comenzaba la música pensé: ¿por qué tenía interés Martha por saber si planeaba casarme? Estaba en esas reflexiones cuando escuché que decían:

—¡Cambio de pareja!

En el instante de la exclamación, las luces se apagaron y, en medio de una bulliciosa algarabía, se produjeron los cambios de pareja. Sentí que alguien se llevaba a Laura de mis brazos y, casi simultáneamente, otro cuerpo se aproximó al mío. Cuando las luces se encendieron, me hallé bailando con mi hermana. Laura estaba con Luis, y Martha había terminado con Julián muy cerca de donde yo estaba.

Transcurrieron unos minutos y nuevamente se escuchó el grito que anunciaba el cambio de pareja, extinguiéndose las luces de inmediato. Entonces quise planificar mi siguiente movimiento para bailar con Martha. Decidí orientarme por algún detalle que pudiera palpar para reconocerla y me fijé en su pulsera distintiva. Cuando se produjo un nuevo cambio bajé los brazos para evitar contactos accidentales y casi salté hacia donde suponía que estaría Martha y logré sentir la pulsera. Sin vacilar, abracé ese cuerpo y experimenté la calidez con que se fundía con el mío, y para mi sorpresa sentí un furtivo beso en mis labios.

Por un instante, consideré la posibilidad de que fuera Laura, aunque la estatura de la mujer que sostenía en mis brazos era mayor. Todo esto sucedió durante los escasos segundos en que las luces permanecieron apagadas. Mientras el griterío inundaba la sala, la iluminación regresó y pude ver que era Martha quien se encontraba frente a mí, sonriente y estrechamente abrazada a mi cuerpo. Al cruzarse nuestras miradas, sentí una gran emoción y le pregunté:

—¿Fue mi imaginación... o me besaste?

—¡Claro que te besé! Eso es lo que quería decirte. Tú eres de quien siempre he estado enamorada.

—¿Será posible Martha? ¿No estoy soñando?

La risa de Martha fue genuina y espontánea. En ese momento, no quise pensar en nada más; me inundaba el gozo del descubrimiento. Desbordando emoción, le dije con toda la ternura de la que fui capaz:

—¿Por qué nunca me lo demostraste? Yo siempre lo estuve de ti, pero eras tan distante...tan inalcanzable con tu actitud aparentemente desinteresada que no me atreví a confesártelo.

Sentía un mareo delicioso y no sabía si era efecto del champán o de la infinita emoción que me embargaba. Martha estaba en mis brazos y me había confesado su amor.

Cuando la pieza terminó y volvimos a la realidad, Laura se aproximó a nosotros sonriendo, con un rubor producido por el esfuerzo que la hacía parecer más hermosa que nunca.

En ese instante, caí en la cuenta de lo complicado de la situación: yo tenía una novia que me amaba y aunque era muy hermosa... yo ¡no la amaba como a Martha! En ese momento Laura se acercaba y Martha me soltó instantáneamente y exclamó:

—¡Uff! Qué cansancio con este dichoso bailecito. Ya me dio sed. ¿Por qué no traes copas para los tres? —añadió mirándome mientras Laura llegaba junto a nosotros.

Aunque me sentía desconcertado, el sentido común me indicó que, por el momento, las circunstancias debían mantenerse inalteradas. Me dirigí a la mesa de bebidas y regresé con las copas cuando ya estaban sentadas las dos chicas. Laura me señaló un espacio junto a ella y, con voz melosa, indicó:

—Ven, mi amor, siéntate junto a mí.

Obedecí mecánicamente, mientras Martha mantenía una expresión impasible y sonreía como si la situación le resultara completamente indiferente. El resto de la velada transcurrió sin incidentes mayores.

Los invitados comenzaron a marcharse paulatinamente. Cuando Laura se despedía de algunos amigos suyos, me acerqué discretamente a Martha y le susurré:

—Martha, ¿cuándo te puedo volver a ver?

Discretamente me extendió un papel doblado que parecía tener preparado con antelación y, con absoluta serenidad, respondió:

—Lláname mañana a las siete de la noche. Por ahora mantengamos todo como está.

Tras estas palabras, se levantó y anunció que se retiraba pues se sentía extenuada. Expresó su agradecimiento por nuestra hospitalidad y manifestó su esperanza de vernos nuevamente muy pronto.

Media hora después, la residencia había quedado prácticamente vacía. En la sala permanecíamos únicamente mi madre, mi hermana, Laura y yo, pues hasta Luis se había marchado con su familia.

Mi madre estaba feliz y comentó con cierta melancolía que era una lástima tener que regresar al día siguiente al terruño y que yo no pudiera acompañarlas. Laura se ofreció a llevarlas a descansar a sus habitaciones que ya tenía dispuestas para ellas. Las tomó del brazo con alegría, diciendo:

—Vénganse doña María, es por acá. Tú ven del otro lado, cuñadita.

La familiaridad del trato cautivó la sencilla personalidad de mi familia. Despidiéndose de mí con un beso, ambas se retiraron en compañía de Laura.

Al quedarme solo, me desplomé en un sofá y recordé el papel que Martha me había entregado y que yo había guardado cuidadosamente en mi bolsillo. Lo extraje y lo leí. Decía escuetamente: "¡Te amo!" Y a continuación figuraba un número telefónico. Lo doblé con esmero y lo guardé en mi cartera, aguardando con impaciencia el regreso de Laura, mientras mi mente se debatía en un torbellino de emociones contradictorias.

En algún lugar de la ciudad, Martha Miranda guardaba mi secreto y alimentaba planes que yo no podía ni imaginar. En esa misma casa, Laura Valdez soñaba con un futuro a mi lado, respaldada por el poder de su familia. Y yo, en medio de ambas, parecía tener en mis manos su destino.

El camino hacia la montaña del poder había comenzado, y no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 8

El Despertar de la Realidad

A la mañana siguiente, Luis y yo partimos hacia Cuernavaca en su "vocho" que había sido testigo de tantos momentos decisivos en nuestras vidas. Laura permaneció en México para atender algunos asuntos que su padre le había encomendado. El viaje transcurrió sin contratiempos, y llegamos a la casa de gobierno alrededor de las diez de la mañana, cuando el sol ya comenzaba a calentar las piedras coloniales de Cuernavaca.

El licenciado Valdez nos recibió de inmediato con cordialidad y esa mezcla de autoridad paternal y pragmatismo político que lo había llevado hasta donde estaba.

—Pasen, muchachos. Estaré con ustedes en un momento.

Nos condujo a una sala de juntas privada contigua a su despacho. Luis había permanecido en silencio durante todo el trayecto, sin mencionar nada sobre la noche anterior. Sin embargo, una vez sentados en aquella atmósfera cargada de historia y decisiones trascendentes, se volvió hacia mí y, de manera inesperada, me lanzó sus palabras como quien arroja una piedra al agua quieta:

—Ten mucho cuidado con lo que haces, mi hermano. No juegues con fuego.

El comentario cayó sobre mí como un rayo en cielo despejado. Lo miré con la boca entreabierta, comprendiendo instantáneamente que no le había pasado desapercibido lo sucedido con Martha durante la velada y solo le contesté:

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes —replicó con esa tranquilidad imperturbable que lo caracterizaba—. Estuve observando lo que pasó con Martha y Laura no lo merece.

Sus palabras contenían una mezcla de reproche y preocupación que me desarmó por completo. Comprendí que era inútil seguir fingiendo ante quien había sido mi confidente durante tantos años.

—Mira, Luis, siempre has sido mi mejor amigo, y sabes que no podría mentirte. Amo a Martha y siempre ha sido así. Laura me gusta mucho y siento un gran cariño por ella, pero estoy enamorado de Martha, y juro que no sabía que ella también me quería.

Luis me observó con una expresión que no supe descifrar al principio, una mezcla de compasión y desencanto que me heló la sangre. Cuando finalmente habló, sus palabras cayeron sobre mí con la fuerza demoledora de una sentencia inapelable:

—No creo que Martha te ame. Creo que está intentando aprovechar el futuro que te espera con don Pedro. Es ambiciosa y calculadora y quiere algún beneficio para ella.

Su observación cayó sobre mí como un baño de agua helada. Confiaba en su juicio más que en el mío propio, y más aún en su amistad, que había demostrado ser inquebrantable a través de los años. Me quedé mirándolo, paralizado por la estupefacción. Solo atiné a responder con una vehemencia que me sorprendió a mí mismo:

—¡Carajo Luis! Tanto te duele saber que Martha me ama, que me ha preferido sobre otros que han intentado conquistarla. Yo no llevaré en mi conciencia un matrimonio por interés. Prefiero ser sincero con Laura aunque eso signifique renunciar a un fácil ascenso en la política. Anhele tener el amor de Martha...

Pronuncié estas palabras con una energía que me sorprendió. Las frases brotaban de mi interior como lava de un volcán, arrastrando consigo años de frustraciones y deseos contenidos. Continué sin pausa:

—...porque aunque quiero a Laura, y estimo a su familia, ¡nunca! ¿me oyes? ¡nunca! antepondría la conveniencia personal al amor de Martha.

Luis me escuchó sin que en su rostro apareciera señal de sorpresa. Como si ya hubiera esperado una reacción así de mi parte. Cuando terminé, con la ira reflejada en mi rostro como una máscara que no podía quitarme, él simplemente sonrió con amargura y dijo, con esa sabiduría prematura que lo caracterizaba:

—Te entiendo y te digo que tú seguirás siendo mi mejor amigo independientemente de la decisión que tomes. Siempre estaré dispuesto a hacer cualquier cosa por el amigo... por el hermano que nunca tuve y que encontré cuando te conocí...

Su respuesta, serena, madura y llena de comprensión me desarmó y aunque todavía seguía molesto por su teoría sobre las intenciones de Martha, le dije en un tono considerablemente menos alterado:

—Luis... entiende mi posición por favor. No deseo lastimar a Laura. Sé que ella me ama y te repito que la quiero mucho, que me gusta...pero creo que mi amor por Martha es más fuerte que todo. Don Pedro y el doctor adoran a Laura, y cuando sepan que el noviazgo terminará, seguramente se enfurecerán tanto que no querrán verme más.

Luis escuchaba mis palabras con la cabeza inclinada, en una actitud que me hizo detenerme un instante. Sus ojos parecían contemplar algo que yo no podía ver, como si estuviera leyendo un futuro que se desplegaba ante

él con claridad meridiana. De pronto, resonó en la estancia una voz firme que nos hizo saltar como resortes:

—Te equivocas muchacho, lo que suceda entre mi sobrina y tú no tiene relación con la gratitud que te tengo por salvarme la vida, y la convicción de que ustedes serán piezas fundamentales en la política de este país.

Era la voz de don Pedro, quien desde la puerta hablaba con tranquilidad pero con firmeza. Al escucharlo, nos levantamos como impulsados por un resorte, girando hacia el lugar de donde provenía la voz, mientras él avanzaba hacia nosotros con esa presencia imponente que caracterizaba a los hombres acostumbrados a mandar.

—Siéntense... que ahora les diré para qué les pedí que vinieran.

—Don Pedro, no sabíamos que nos estaba escuchando, pero ha sido mejor así —le dije, sintiendo cómo la sangre se me agolpaba en las mejillas—. Ya conoce usted mi verdad, pero como no sé cuánto ha escuchado, permítame decirle...

—No te preocupes, muchacho. Escuché todo y quiero decirte que comprendo perfectamente tu posición...y que admiro la de tu amigo.

Se volvió hacia Luis con una expresión que mezclaba respeto y reconocimiento, y continuó:

—Luis demuestra un gran conocimiento del género humano y una lealtad inquebrantable hacia ti, al punto de arriesgarse a tu ira con tal de expresar su opinión, que no sé si compartir o no, ya que desconozco a la tal Martha. Y tú —prosiguió, volviéndose hacia mí con mirada penetrante que parecía leer hasta los pensamientos más ocultos— aparentemente te involucraste con mi sobrina de manera accidental, por llamarlo así, creyendo poder corresponder al gran amor que te tiene, cosa que me consta; hasta que has descubierto que esa tal Martha te quiere, y tú a ella...

Se detuvo un momento y continuó:

—...por supuesto que yo no le diré una sola palabra a Laura, ya que no deseo hacerla sufrir, pero tú sí deberás hacerlo para que no siga alimentando su ilusión. Sé que eres su primer amor, y espero que no seas el último. Lamento que las circunstancias sean así, y lo único que celebro es que ambos hayan tenido el buen juicio de no provocar consecuencias inmediatas de su aventura amorosa, ya que eso sí habría representado un verdadero problema.

—Perdone usted, don Pedro, pero... ¿a qué se refiere exactamente?

—Creo que lo sabes bien... Me refiero al hecho de no haber embarazado a Laura en estos meses de relaciones...

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Me pregunté si también el doctor Valdez estaría al tanto, pero antes de que pudiera preguntarle, don Pedro prosiguió con naturalidad:

—...lo he comentado con César, que está preocupado doblemente, pues ama a su hija como padre y como la madre que perdió hace mucho tiempo. Sin embargo, él se siente tranquilo creyendo que ustedes terminarían casándose.

Guardó silencio unos instantes. Yo me sentía despreciable frente a quien me había ofrecido su amistad, que ahora pagaba causando sufrimiento a quien más amaban. Don Pedro reanudó con voz pausada:

—Y te insisto que, aun cuando entre tú y Laura no hubiera nada, yo tengo una deuda contigo y por eso, dejando a un lado los aspectos sentimentales, vayamos a lo nuestro.

—He hablado con el Señor Presidente para pedirle que ustedes se incorporen a la Secretaría de Gobernación como asistentes o asesores y me dio luz verde.

Hizo una pausa de unos segundos, observando nuestras reacciones con la seguridad de quien ofrece algo invaluable, y concluyó:

—¿Qué dicen? ¿Qué les parece?

Ante nuestro silencio Don Pedro solo dijo:

—Lo único que tienen que decir es: sí o no.

Reuniendo valor, escuché mi propia voz decir con acento temeroso:

—Don Pedro...no merezco su apoyo. Por eso, hablaré con Laura para ponerla al tanto de todo y buscaré mi propio camino. Créame que agradezco su generosa oferta pero no podré seguir mirándolos a la cara sabiendo que causaré una gran decepción a Laura. Perdóneme, don Pedro, pero no puedo aceptar.

Don Pedro escuchaba atentamente. Sonrió con una expresión que no supe interpretar y encogiéndose de hombros con la resignación de quien ha visto muchas decisiones inexplicables, se limitó a decir:

—¿Tú qué dices, Luis...tú sí aceptas?

Luis se acomodó los anteojos y con la voz tranquila respondió simplemente:

—Licenciado Valdez, ya debería haber adivinado que mi respuesta es la misma. Siento el deber moral de apoyar las decisiones de mi hermano, ya que es él quien merece la oportunidad, pues en realidad yo solo me beneficiaría por ser su compañero de aventuras. Por eso le agradezco también su amabilidad pero no debo aceptar.

Ante la respuesta solidaria de Luis, solo quise decirle:

—No, Luis... no tienes por qué hacer esto. Acepta la oferta de don Pedro y continúa la brillante carrera que mereces y que te espera con él.

—Mira —dijo Luis con esa determinación serena que lo caracterizaba—, tú decides lo que haces con tu vida. Pero yo decido qué hacer con la mía.

El licenciado Valdez lo miró con lo que me pareció era casi admiración, como si estuviera contemplando a un estratega en acción. Levantándose con calma nos dijo:

—Bueno, jóvenes, pues no hay más que hablar. Les deseo suerte para el futuro y...

Nos habíamos puesto de pie ante el inminente fin de la conversación, cuando la puerta se abrió súbitamente apareciendo Laura con una expresión de angustia que me heló la sangre hasta la médula porque vi en su rostro signos de un sufrimiento que contrastaba dramáticamente con la alegría que había mostrado al despedirnos esa mañana. Dirigiéndose lentamente a su tío, dijo con voz entrecortada:

—Tío, perdona la interrupción pero... —su voz se quebró ligeramente y, acercándose a mí, me tomó de las manos con una intensidad desesperada y continuó— Tienes que ser fuerte mi amor. No encuentro valor para decírtelo, pero quiero que sepas que siempre estaré contigo.

Todos mostrábamos una evidente incomodidad, y aunque Laura aún no revelaba qué había sucedido, sentía una extraña opresión en mi interior, como si una garra invisible me apretara el corazón. Don Pedro le dijo con una brusquedad que contrastaba con su habitual dulzura hacia ella:

—¿Qué ocurre, hija? Estamos ocupados y...

Don Pedro pronunciaba estas palabras con un nudo en la garganta, seguramente sufriendo por la decepción que pronto experimentaría Laura cuando conociera la verdad sobre mis sentimientos. Laura ignoró las palabras de su tío y, con lágrimas comenzando a brotar en sus ojos, me miró y me dijo con la voz quebrada:

—Es sobre tu madre y tu hermana... El autobús en que viajaban chocó contra un tráiler cerca de Río Frío y cayó a un barranco, explotando. Según los informes, no hay sobrevivientes...

Laura rompió a llorar desconsoladamente mientras yo sentía la sangre agolpándose en mi cabeza como un río desbordado. Quedé petrificado ante la noticia, sintiendo que todo giraba a mi alrededor y experimentando una sensación de absoluta irrealidad, como si estuviera viviendo una pesadilla de la que no podía despertar.

Al sentirme desfallecer, me desplomé en el asiento, abatido por lo que acababa de escuchar y que aún me parecía irreal, como una broma cruel del destino. Laura continuaba llorando, pero al advertir mi derrumbe se arrodilló frente a mí y, estrechando mi cabeza contra su pecho, me dijo entre lágrimas, palabras que se grabaron en mi alma:

—¡Te amo, vida mía! Lloro sin pena porque siempre me tendrás a tu lado. Sé que nunca podré llenar este vacío en tu vida, pero intentaré que pronto lo superes.

La actitud de Laura era conmovedora. Era una muestra de amor puro en medio de la tragedia. Comencé a llorar estentóreamente mientras mi

cabeza se pegaba contra el pecho de Laura, quien seguía pronunciando frases de amor y consuelo que contrastaban dolorosamente con mis sentimientos divididos.

El licenciado Valdez, que hasta ese momento había permanecido en silencio contemplando la escena con expresión grave, se dirigió al intercomunicador y llamó a su secretario particular, a quien le dio instrucciones precisas para hacer los trámites legales que fueran necesarios para poder trasladar los cuerpos de mis familiares hasta su lugar de origen para darles sepultura. Al escuchar esto, le pedí a don Pedro que le agradecería que los cuerpos fueran llevados a la ciudad de México porque ya no quedaba familia en nuestra tierra a la que yo no pensaba regresar.

Don Pedro asintió en silencio y le dijo a su secretario:

—Ya escuchó. Que me avisen cuando los cuerpos estén en México. Que los trasladen a Félix Cuevas y carguen todos los gastos a mi oficina.

Se aproximó a mí y me abrazó con emoción, diciéndome con franco sentimiento:

—Muchacho, hoy y siempre... a pesar de todo lo sucedido, quiero que veas en mí a un verdadero amigo, y si crees que lo merezco...a un padre.

Me estrechó nuevamente y se apartó llamando a su secretaria para ordenarle que localizara al piloto para tener listo el helicóptero en una hora para partir hacia México.

Laura volvió a abrazarme y me dijo:

—Mi amor nunca me separaré de ti. Sé que no es el momento oportuno, pero quiero que nunca olvides que te amo y que haría cualquier cosa para evitar tu sufrimiento... sí, mi amor, daría hasta mi vida por ti.

—Laura... yo necesito decirte algo, pero...

El licenciado Valdez se estremeció ante las palabras de Laura y conmovido me interrumpió y, dirigiéndose a su sobrina, le dijo con rapidez:

—Mi niña, creo que después habrá tiempo para que platicuen sobre su futuro. Por ahora tu novione necesita serenarse y pensar con calma. Mejor prepárense para irnos.

Se volvió hacia mí y, guiñándome disimuladamente un ojo, me preguntó:

—¿Te sientes en condiciones para volar a México?

—Gracias por todo, licenciado. Costará mucho superar este trance, pero tiene usted razón y aquí no resolveremos nada, así que vámonos cuando usted lo disponga.

Mientras nos preparábamos para partir, no podía dejar de pensar en el dolor por la pérdida de mi familia. Se mezclaba con la culpa por mis sentimientos hacia Martha y la gratitud inmensa hacia Laura, creando un torbellino emocional que me amenazaba con arrastrarme a pozos sin fondo.

El vuelo hacia México fue en silencio. Cuando aterrizamos en el Distrito Federal supe que había cruzado un umbral del que no habría retorno. La muerte de mi madre y mi hermana no solo cerraba un capítulo de mi vida, sino que abría otro donde las decisiones tendrían consecuencias más profundas y los errores un precio más alto.

El amor, pensé mientras descendíamos del helicóptero, era como el poder: podía elevarte hasta las alturas más sublimes o destruirte con la misma facilidad con que se rompe una copa de cristal. Y yo, en mi ingenuidad, apenas comenzaba a comprender las reglas de un juego que había empezado a jugar sin saberlo.

CAPÍTULO 9

Caminos que se Bifurcan

Eran apenas las seis de la tarde cuando nos entregaron las urnas con las cenizas de mi familia, todavía cálidas al tacto, como si algo de su esencia vital se resistiera a abandonarlas por completo. El peso era mínimo, pero de alto simbolismo por su contenido sagrado. Luis y yo las tomamos en nuestras manos con la reverencia de quien maneja reliquias santas, y sentí un nudo en la garganta mientras las lágrimas volvían a escapar de mis ojos, escurriendo por mis mejillas como ríos de sal y dolor.

Me volví hacia el licenciado Valdez, sintiendo que cada palabra me costaba un esfuerzo sobrehumano:

—Le agradezco todo lo que ha hecho —le dije con voz quebrada— Pero por hoy ya tuve suficiente...Me voy a retirar a descansar si no ordena otra cosa.

Pedí a Luis que me acompañara y antes de partir, le dije a Laura que la vería muy pronto, pues tenía algo importante que decirle, algo que concernía a nuestro futuro.

Don Pedro nos pidió que fuéramos a verlo a su oficina un par de días después porque necesitaba hablar con nosotros y nos envió con su chofer hasta nuestro departamento. Laura se iría a Cuernavaca pero quedaba pendiente nuestro encuentro para conversar.

Una vez solos, Luis me miró con esa intensidad propia de quien conoce tus secretos mejor que tú mismo. El ambiente se sentía cargado, como si el aire mismo estuviera impregnado del peso de las decisiones que se avecinaban.

—Son casi las siete de la noche —dijo, su voz tranquila—. ¿No vas a llamar a Martha?

La mención de su nombre me tomó por sorpresa como una bofetada inesperada. En medio del dolor por la pérdida de mi familia, había logrado olvidar temporalmente la cita que tenía pendiente con ella. No entendía cómo sabía de la llamada programada.

—¿Cómo sabes que debo hablar con Martha a las siete? Se suponía que...

Sin decir palabra, Luis extendió hacia mí el papel doblado que Martha me había entregado la noche anterior durante la fiesta. Lo reconocí inmediatamente: era el mismo papel que había guardado con tanto cuidado en mi cartera.

—Esta mañana se te cayó en la casa de Gobierno de Morelos, al sacar algo de tu cartera —explicó con sencillez, sin un ápice de reproche en su voz—. Lo leí sin querer, pues no sabía de quién era. Perdóname.

—No importa— respondí con una sonrisa triste en mi rostro.

Tomé el teléfono con manos temblorosas y marqué el número anotado. Nadie contestó. Volví a llamar con igual resultado. Decidí esperar a que ella llamara.

—Oye... —murmuré mientras el cansancio comenzaba a apoderarse de mí como una marea inevitable—. ¿De verdad no vas a aceptar la oferta de don Pedro? Sería prometedor para tu carrera.

—Sabes que soy firme en mis decisiones, pero ya hablaremos más tarde de eso...

Su voz se fue diluyendo mientras mis párpados cedían al peso del agotamiento y la pena. Me sumergí en un sueño tan profundo como turbulento, poblado de imágenes fragmentadas donde mi madre y mi hermana aparecían como sombras que intentaban decirme algo que no lograba entender. En mis sueños, Martha y Laura se alternaban como figuras en un caleidoscopio emocional, cada una representando caminos diferentes hacia destinos inciertos.

El estridente sonido del teléfono me arrancó del descanso como un latigazo en la consciencia. Un poco desorientado, miré el reloj en la mesita de noche: eran casi las once de la noche. Luis sostenía el auricular y, al verme despierto, me lo extendió con una expresión que no supe interpretar.

—Martha Miranda —anunció simplemente, como quien anuncia una tormenta.

Tomé el teléfono, todavía aturdido por las emociones del día. La voz de Martha llegó hasta mí como un eco de otro mundo, de esa realidad que había existido antes de que la tragedia cambiara todo.

—¿Dónde estabas? Te llamé a las siete como acordamos y no te encontré. ¿Qué pasó?

—Mis más sinceras condolencias por tu pérdida, Luis me llamó para darme la noticia, y por eso te hablo —respondió con voz ligeramente conmovida, aunque detecté una nota de formalidad que me resultó extraña— Ha debido ser terrible para ti... Lo siento mucho.

—Martha... —susurré, sintiendo cómo la voz se me quebraba—. No imaginas cuánto te necesito ahora.

—Tuve asuntos imprevistos que atender. Lamento no haber estado cuando llamaste.

Había algo en su tono que me inquietaba, una distancia que contrastaba con la intimidad que habíamos compartido la noche anterior. Era como una versión diferente de la mujer que decía amarme. Escuché a Martha decirme:

—Necesito hablar contigo. ¿Puedes ir al Sanborns de Polanco pasado mañana en la noche a las ocho?

—Claro...nos vemos allá —confirmé, y antes de colgar, añadí con una vulnerabilidad que me sorprendió—: Martha... te amo.

—Ajá, de acuerdo. Nos vemos allá y platicamos.

La frialdad de su respuesta me golpeó como una puerta que se cierra. Pero el cansancio y el dolor por mi familia muerta me sobrepasó y volví a dormirme.

Los días siguientes fueron para mí muy largos, pues me la pasé dolido recordando a mi madre y mi hermana. Sin embargo, al tercer día de la llamada de Martha, poco después de las siete de la noche, me preparaba para ir a verla.

Una nueva oleada de tristeza me invadió al imaginar a mi "viejita" y a la "escuincla" —como cariñosamente llamaba a mi hermana— reducidas a cenizas y encerradas en aquellas urnas solemnes. Me consolé pensando que el camino seguía adelante y que lo sucedido ya formaba parte del pasado, aunque el dolor permanecería para siempre como una cicatriz en el alma.

Con el pensamiento fijo en Martha y la esperanza de encontrar en ella el consuelo que tanto necesitaba, salí de la habitación hacia un encuentro que habría de cambiar para siempre mi percepción del amor y la lealtad.

Llegué con leve atraso a Sanborns. Al entrar vi que Martha no había llegado. Me senté en una mesa libre, escogiendo una esquina desde donde pudiera observar la entrada.

Apenas me acomodaba cuando Martha apareció. La vi antes de que ella me viera, y lo que observé me desconcertó profundamente. No había prisa en sus movimientos, ni ansiedad en su expresión. Caminaba con la serenidad de quien acude a una cita de negocios, no al encuentro de alguien amado y que sufría una pérdida devastadora.

Me levanté para besarla, pero ella solo me ofreció la mejilla con un gesto que me hirió de momento. Repitió sus condolencias por la pérdida de mi familia con palabras correctas pero carentes de la calidez que yo hubiera esperado.

—Martha, todo ha sido devastador, pero me consuela saber que te tengo a ti.

—Precisamente de eso quiero hablarte —me interrumpió con una frialdad que me heló la sangre— Me apena mucho mi comportamiento en el baile. Creo que fue producto del alcohol. He reflexionado mucho y creo que no tengo derecho a interferir en una relación tan estable como la tuya con Laura.

—¿Qué estás diciendo? —balbuceé, sintiendo que la realidad se desmoronaba a mi alrededor— No entiendo por qué me dices esto... realmente no comprendo.

—Es que partiré pronto para España —declaró con una frialdad que me cortó como un cuchillo— y debo preparar muchas cosas para el viaje. Por eso no podríamos mantener ninguna relación. Lo siento, pero creo que es mejor que olvides lo sucedido y me recuerdes simplemente como una buena amiga.

—¿Te vas a España? —exclamé, elevando involuntariamente la voz—. ¿A qué vas allá? ¿De qué estás hablando...qué absurdos estás diciendo?

Martha miró avergonzada a su alrededor. Se levantó bruscamente, con la gracia letal de una felina a punto de atacar y me dijo suavemente:

—No hagas las cosas más difíciles... solo vine a decírtelo. ¡Adiós!

Se levantó súbitamente con intención de irse. Me incorporé para seguirla, pero ella alcanzó la salida del restaurante con pasos que denotaban una prisa repentina. Volví a desplomarme en la silla, sintiendo un dolor que no era físico sino un vacío opresivo que parecía engullir el mundo entero.

Salí de Sanborns como un sonámbulo y caminé sin rumbo fijo por las calles de una ciudad que de pronto me parecía hostil y ajena. La muchedumbre nocturna me arrastraba en su corriente humana y, aunque a esa hora —casi las diez— ya no era tan densa, aún poseía la fuerza para arrastrarme sin que opusiera resistencia.

En algún momento me encontré frente a un antro y sin pensarlo me adentré en el local movido por una necesidad desesperada de escapar de mis propios pensamientos.

El interior estaba en penumbra, apenas rasgada por luces de colores que danzaban al ritmo de una música que no registraba conscientemente. Un mesero se acercó con la actitud de quien ha visto muchas tragedias representarse ahí.

—¿Quieres una mesa? —me preguntó de inmediato.

—Solo quiero tomar una copa —respondí lacónicamente, sintiendo que las palabras me costaban un esfuerzo desproporcionado.

—Puedes ir a la barra si quieres— sugirió señalando una larga superficie semicircular al fondo del local, donde las luces eran más tenues y la música menos agresiva.

Fui a la barra y pedí un brandy. El barman me sirvió en una copa grande apenas un dedo de licor. Lo bebí de un solo trago, contrayendo el rostro

ante la agresiva mordedura del alcohol que quemaba la garganta pero entumecía el dolor. Pedí otro y vi mi entorno con la curiosidad del náufrago que contempla las criaturas del abismo.

Por el espejo vi en la pista a una mulata contonearse sensualmente mientras se quitaba una a una las escasas prendas que llevaba. Era un espectáculo patético y fascinante a la vez, una metáfora perfecta de la degradación que me rodeaba.

Ya había bebido mi segunda copa y comenzaba a sentir entumecidos los labios y una extraña desconexión entre mi mente y mi cuerpo. Maldije a Martha en silencio, recordando las palabras proféticas de Luis —"Ella no te quiere"— Apuré el tercer trago y, sin necesidad de pedirlo, el barman volvió a llenar diligentemente mi copa con la eficiencia de quien cree saber cómo mitigar el dolor ajeno.

Sentí entonces una mano suave sobre mi hombro, como el roce de una pluma sobre piel sensible. Al girarme, encontré a una joven mujer de tez clara y peinado afro que, con un tono sensual pero cansado, me preguntó:

—¿Me invitas una copa?

La observé con mayor atención, luchando contra la neblina alcohólica que comenzaba a nublar mi visión. Le calculé unos veinte años. Tenía facciones delicadas y atractivas que contrastaban con su traje ceñido y vulgar que realzaba un cuerpo bien formado diseñado para captar la atención de los hombres. Le indiqué el asiento contiguo mientras llamaba al barman que escanció algún licor indeterminado en su copa. Continué observándola, descubriendo que bajo aquel exceso de artificios se escondía una mujer verdaderamente hermosa, como una flor que crece entre las espinas.

Un clamor de aplausos y vítores me hizo alzar la vista hacia la pista a través del espejo. La mulata había concluido su número y permanecía completamente desnuda con los brazos elevados sobre su cabeza y una sonrisa de gesto triunfal.

—Me llamo Mirta —dijo la chica, interrumpiendo mis observaciones—. Te vi desde que llegaste. ¿Alguna decepción amorosa, cariño?

Pronunció "cariño" con una entonación claramente profesional. Sin embargo sentí más sinceridad en aquel apelativo mercenario que en todas las declaraciones de amor que escuché de Martha. Sonreí ante la comparación mental entre ella y una mujer así.

—¿Eres una prostituta? —pregunté con curiosidad y desinhibición alcohólica.

Pareció momentáneamente ofendida por mi pregunta directa, pero recuperó rápidamente su sonrisa profesional y respondió con picardía:

—No...soy una monja disfrazada que busca ovejas descarriadas para llevarlas al redil.

Soltó una carcajada estridente ante su propia ocurrencia, para luego mirarme con mayor serenidad y honestidad:

—No cariño, ni soy monja ni tampoco lo que tú dices. Estoy aquí para que tipos como tú beban mucho y nos inviten para sacarles más dinero. ¿Me entiendes?

Aprecié su sinceridad brutal, que me ayudó a darme cuenta del papel ridículo que jugaba al querer huir de mis problemas en el alcohol.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —pregunté, sintiéndome ya un tanto ebrio.

—Mirta —respondió mientras solicitaba otra copa al cantinero con la naturalidad de quien conoce perfectamente las reglas del juego.

—Caramba, debes terminar bien borracha todas las noches...

—No seas ingenuo cariño —replicó, acercándose a mi oído como quien revela un gran secreto—. Yo no bebo alcohol... solo agüita de colores.

—Con razón... porque si de verdad bebieras estarías bien cruda todas las mañanas.

La chica rio con ganas y me dijo:

—Me caes bien, güerito. Tienes todo el aspecto de alguien que bebe para olvidar sus penas. ¿Me equivoco?

En ese momento recordé lo miserable que era mi existencia en ese preciso instante y sin pensarlo las palabras brotaron de mi interior como agua de una presa rota:

—¿Olvidar mis penas...? Mira, me acabo de graduar de la Universidad, tengo una novia que no sé si amo, hay otra mujer que amo pero es una traidora, mi madre y mi hermana murieron anteayer en un accidente... y aquí estoy de pendejo lamentándome de mi vida... ¿Crees que todo esto me hace un ser miserable?

—¡Híjole!, lo siento mucho —respondió con franqueza—. ¿Quién iba a imaginar que tu madre y tu hermana acabarían de fallecer...? Vaya... parece sacado de una telenovela, te lo juro, discúlpame por la pregunta.

—No te preocupes, Martha... ya no tiene remedio —musité, perdido en mis propios pensamientos y confundiendo nombres en mi estado etílico.

—Mirta cariño... no Martha. ¡M-I-R-T-A!

—¿Qué dices?

—Que me llamo Mirta, no Martha.

A través de una bruma cada vez más espesa, escuché a Martha... o Mirta, decirle al cantinero que no me sirviera más. Me dijo algo sobre pagar la cuenta y marcharnos... ¿Marcharnos? La idea me pareció lógica en mi estado de confusión. Extraje dinero de mi billetera con movimientos torpes y creo que ni siquiera esperé el cambio. Salimos del establecimiento y después... después no recuerdo nada más. La noche se tragó mis

recuerdos como un agujero negro devora la luz, dejándome en una oscuridad que sería solo el preludio de un despertar mucho más doloroso.

CAPÍTULO 10

La Llamada del Deber

Un ruido de algo cayendo al suelo me arrancó del sueño como un látigo cortando el aire. Abrí los ojos con esfuerzo y un dolor punzante martilló mis sienes. Escudriñé la habitación hasta que mi mirada encontró una puerta entreabierta que revelaba el interior de un baño. Me incorporé de un salto, ignorando las protestas violentas de mi cuerpo maltratado, y me precipité hacia la taza del inodoro como un hombre que corre hacia la salvación. Apenas alcancé a hincarme cuando una violenta arcada expulsó un líquido ácido y nauseabundo que brotó de mi boca y nariz, propulsado por espasmos que parecían querer partirme en dos como si fuera una piñata humana.

En medio de aquella miseria absoluta, tomé conciencia de mi lamentable estado: vestía solo mi bóxer. Alcé la mirada hacia el espejo y apenas me reconocí. Tenía los ojos inyectados en sangre en un rostro macilento, de cuya boca escurría una mucosidad amarillenta de sabor amargo que recordó el precio de la autodestrucción.

Con manos temblorosas que parecían pertenecer a otra persona, abrí el grifo y dejé que el agua abundante lavara mi cara. El contacto del agua fría pareció devolverme lentamente a la realidad. Vi un tubo de pasta dental y tomé un poco para desterrar el hediondo sabor de mi boca. Me enjuagué con ella y sentí cómo la menta combatía las huellas de mis excesos. Me lave las manos y cara y enseguida oriné como un caballo.

Al salir del baño me apoyé en el marco de la puerta para mantener el equilibrio. Regresé a la habitación donde había solo una cama deshecha que contaba la historia de una noche turbulenta, un buró, un tocador con un espejo y un armario antiguo de madera que había visto mejores tiempos. Y allí, de pie junto a la puerta como una aparición benévola, estaba una mujer joven con una sonrisa divertida y una charola en las manos, vistiendo una corta bata que dejaba al descubierto sus piernas como columnas de marfil.

Todo me resultaba extraño y, aunque aquella muchacha, casi una niña, me sonreía con familiaridad como si me conociera de toda la vida, no lograba ubicarla en los fragmentos dispersos de mis recuerdos. Consciente de mi desnudez y sintiéndome vulnerable, retrocedí al baño, asomando solo la cabeza para preguntar con voz ronca:

—¿Tú quién eres? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué estoy desnudo?

Ella depositó la charola en el buró —advertí que contenía café humeante y algún plato que despedía un aroma extraño— y con una risa cristalina que sonaba como cascabeles al viento me respondió:

—Soy Mirta, ¡mucho gusto! Estás despertando de una hermosa borrachera que te cargaste anoche, y estás sin ropa porque vomitaste sobre la tuya. Ya la lavé pero apenas se está secando. ¿Satisfecho? ¿No recuerdas nada?

Mientras hablaba con naturalidad, fragmentos brumosos de la noche anterior comenzaron a aflorar en mi memoria como piezas de un rompecabezas que se va armando lentamente. Reconocí a Mirta, aunque la joven ante mí poco se parecía a la de mis recuerdos nebulosos.

—Empiezo a recordar algo, pero... ¿tú eres Mirta? Me acuerdo que tenías...

—Peluca, cariño —me interrumpió con naturalidad desarmante—. Con una peluca una cambia fácilmente... pero sí, soy Mirta.

—Y este lugar... ¿es tu casa?

—¡Ándale! Ya vas agarrando la onda. Sí, esta es mi casa. Como no sé dónde vives, pues ni modo de dejarte tirado por ahí como un bulto. Entonces te traje a mi cantón que, aunque no es mucho, me sirve para vivir.

—¿Tú me desnudaste? —inquirí, sintiendo un calor que subía por mi cuello como lava volcánica—. ¿Dónde dormiste tú? Porque supongo que la cama es tuya.

—Claro que yo te desvestí, y me costó mucho trabajo —confesó sin tapujos, como quien habla del clima—. ¿Que dónde dormí? Pues en mi cama. Aunque no es tamaño king, cupimos los dos, un poco apretados, pero cupimos.

—Pero... no hubo nada... es decir, si... bueno, tú me entiendes, ¿no? —balbuceé, incapaz de articular con claridad, sintiéndome como un adolescente torpe.

—Si te refieres a si "cogimos"...no, no te preocupes —respondió con aplomo que me tranquilizó—. Anoche te dije que no soy prostituta, y aunque no soy virgen, gracias a Dios, no acostumbro acostarme con los clientes, y como tienes una cruda terrible, y ya me imaginaba que así amanecerías, te preparé algo que te compondrá. Es un secreto familiar que inventó mi padre, que era todo un experto en la materia.

—No, gracias —me excusé, sintiendo que el estómago se me revolvía solo de pensar en comida—. Creo que si tomo o como cualquier cosa, volveré a vomitar.

—No te pasará nada...créeme— insistió con una determinación maternal que me desarmó—. Al principio te sabrá un poco extraño, pero te lo comes igual y en un ratito comenzarás a sentirte como nuevo.

Cediendo ante su explicación, me acerqué a la charola y observé un menjurje rojo y humeante que desprendía un aroma intenso, mezcla de guiso casero y remedio ancestral con notas de hierbas desconocidas.

La acepté con aprensión, como quien toma un medicamento de sabor dudoso. Aunque el sabor distaba de ser agradable, lo toleré sin dificultad,

sorprendido por la complejidad de los ingredientes. A medida que continuaba consumiendo aquel extraño platillo con cierto picor, un sudor copioso comenzó a perlar mi frente como si mi cuerpo estuviera expulsando toxinas. Al terminar me ofreció lo que yo suponía era café.

—Es el complemento del tratamiento— explicó con orgullo profesional—. El "jarabe secreto" de mi viejo. Tómalo y pronto te sentirás mucho mejor.

Al concluir la contemplé con renovada calma y le agradecí en silencio, pues las náuseas comenzaban a retroceder como la marea, dejando en su lugar una sensación de bienestar que no había esperado. Mis ojos recorrieron su atractiva figura y al darse cuenta, solo dijo como quien está acostumbrada a la mirada masculina:

—¡Quieto, Nerón! —sin enfado y más bien divertida—. No me avergüenza que me mires, pues en la playa una enseña más. Pero no tengas ideas equivocadas. Mejor báñate en paz y para cuando termines tu ropa estará planchada y lista.

Obedecí con docilidad y me refugié en el baño. Me di una ducha que me devolvió un poco la dignidad perdida, me rasuré con un rastrillo rosado que vi en el tocador y al salir, tal como había prometido, mi ropa me esperaba sobre la cama perfectamente tendida. Mirta, ya vestida, se veía muy diferente a la chica de la noche anterior.

—¡Muy bien mi cuate! —exclamó al verme—. Ya te ves mejor. Voy a salir para que te vistas tranquilo. Tus pertenencias están en el buró y tu cartera está intacta... bueno, casi, pues tuve que tomar prestado para pagar el taxi.

Me vestí comprobando que, efectivamente, todas mis cosas estaban completas, incluyendo el dinero sobrante después de la juerga nocturna. Salí a la pequeña sala y Mirta emergió de la cocina como una actriz que sale a escena y, lanzando un silbido admirativo a mis espaldas, comentó:

—¡Míralo! Ahora ya te ves bien guapo, todo bañado, rasurado y peinado. Hasta se te ha quitado la cara de crudo que tenías. ¿Qué tal te sientes?

—Bastante mejor... agradezco todas tus atenciones —dije con sinceridad sacando unos billetes de mi cartera para ofrecérselos— Acepta esto, no como pago, sino como agradecimiento por todo lo que has hecho por mí.

Depositó los billetes sobre la mesa al tiempo que Mirta decía:

—Recoge tu dinero mi cuate. Te repito que no soy prostituta. Lo que hice por ti nació de aquí —señaló su pecho con dignidad— No acostumbro hacerlo, pero si crees que eso tiene un precio, entonces me equivoqué contigo. No hagas que me arrepienta de haberte ayudado.

—No, Mirta —me apresuré a aclarar, sintiendo vergüenza por mi torpeza—. No quiero ofenderte. Creo que eres una gran persona aunque no comprendo por qué...

—...por qué llevo una vida como la que tengo y trabajo en lo que trabajo —completó mi pensamiento—. ¿No ibas a decir eso?

—Sí —admití—. Creo que mereces algo mejor.

—Mira mi cuate —explicó con gran sencillez—. en el día trabajo como modelo en la Academia de San Carlos, y en la noche hago que los hombres beban. Necesito reunir lo suficiente para continuar mis estudios. Los tuve que interrumpir cuando falleció mi padre. Estudiaba arte dramático y danza porque quería convertirme algún día en una de esas actrices que brillan en la televisión. No tengo nada de qué avergonzarme. Tengo veintidós años y aunque por mi trabajo pueda parecer que soy una mujer fácil, en realidad no lo soy y conservo valores tradicionales.

La síntesis concisa pero reveladora de su vida me conmovió profundamente, despertando una corriente de simpatía hacia aquella joven valiente que, aun transitando por terrenos pantanosos, parecía emerger inmaculada, como esas flores que crecen en el lodo pero mantienen su pureza.

Tomé una revista de modas que reposaba sobre la mesa y anoté en ella mi teléfono y dirección antes de entregársela a la muchacha con solemnidad.

—Ok...entiendo. Si alguna vez me necesitas, para cualquier cosa —le dije con sinceridad absoluta—, aquí te dejo mi nombre completo, dirección y teléfono. No dudes en recurrir a mí si lo necesitas. ¡Recuérdalo, Mirta! Para cualquier cosa.

—Gracias mi cuate —respondió con una sonrisa que iluminó toda la habitación—. Eso sí lo acepto. Todos necesitamos una mano amiga de vez en cuando. Yo me adelanté un poco y metí en tu cartera un papelito con mis datos, bueno, excepto el teléfono, porque no tengo. Si alguna vez me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

Consulté la hora y recordé mi compromiso con Don Pedro y me apresuré a irme. Agradecí a Mirta nuevamente y extendí mi mano para despedirme.

—Adiós, Mirta. Gracias por todo.

—Adiós, mi cuate. ¡Cuídate!

Al estrecharnos las manos, sentí el impulso de besarla e inclinándome ligeramente, hice el ademán que ella correspondió con naturalidad, ofreciéndome su mejilla pálida y suave como pétalo de rosa.

Salí de aquel lugar humilde pero digno con la extraña sensación de haber encontrado algo valioso en medio del naufragio de mi vida.

Llegué al Palacio de gobierno y luego de anunciarme me dispuse a esperar a Don Pedro. Me ofrecieron un café que decliné sintiendo que mi estómago apenas comenzaba a recuperarse. Tras unos minutos me hicieron pasar donde estaba el Licenciado con una tenue sonrisa dibujada en su rostro y evidentes signos de fatiga.

—¡Buenos días muchacho! —saludó con esa mezcla de autoridad paternal y pragmatismo político que lo caracterizaba—. Espero que te sientas

mejor. Luis me llamó para informarme que llevaría las urnas con los restos de tu familia a los nichos de la iglesia como pediste.

"El bueno de Luis", pensé con gratitud infinita. Elevé una plegaria silenciosa para que descansaran en paz, imaginando que desde donde estuvieran, contemplaban mis tribulaciones presentes con esa comprensión infinita que solo tienen los muertos.

—¡Buenos días, Don Pedro! No pude llegar más temprano, pero ya me siento más sereno. Quiero contarle algo que me da mucha vergüenza...

—Espérate un momento— me interrumpió con un gesto de su mano que denotaba la autoridad acumulada durante décadas—. Primero escucha lo que tengo que decirte. Quizás después me mandarás al carajo...

El licenciado Valdez se acomodó en un sillón frente al mío con la parsimonia de quien está acostumbrado a manejar situaciones delicadas. Por un instante, contemplé la majestuosa amplitud de aquel despacho y su sobria decoración.

—Antes que nada —continuó Don Pedro con voz pausada—, debo decirte que el ofrecimiento que les hice sigue en pie y te aseguro que no me motiva otra cosa que el afecto y la gratitud hacia ustedes. También quiero confesarte que pude constatar la codiciosa ambición de tu amiga Martha que fue lo que hizo que te traicionara...

—Don Pedro, por favor, no me recuerde a esa mujer —le supliqué con un nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarme—. En realidad, eso es lo que quiero de...

Me callé de repente al darme cuenta de que se refería a algo que nadie podía saber, ya que mi encuentro con Martha había sido estrictamente privado. El licenciado Valdez aprovechó mi desconcierto y prosiguió con la tranquilidad de quien revela una carta ganadora:

—No me interrumpas, por favor, y escúchame hasta el final. Después podrás decirme lo que quieras —se inclinó ligeramente hacia mí y su voz adquirió un tono confidencial que me hizo sentir revelaciones importantes—. Conseguí los datos de tu amiga Martha. Le llamé y le pedí que nos viéramos allá en la casa de Las Lomas.

Don Pedro hizo una pausa calculada antes de continuar, observando mi reacción con la atención de un estratega que evalúa los movimientos de su oponente.

—Cuando la tuve enfrente le dije que, como necesitamos gente joven y bien preparada, había solicitado al Profesor Vallepeña que me recomendara a alguien. Que me dieron su nombre y por ello quería ofrecerle un puesto en el Consulado de México en Barcelona —sus ojos se clavaron en los míos con intensidad—. Le pedí que lo pensara y me dijera si no tenía inconveniente en irse a España.

Mientras escuchaba a Don Pedro, comencé a comprender la actitud de Martha, su frialdad repentina y su rechazo cruel. Vi a Don Pedro como un

maestro de la intriga haciendo todo eso para que Laura no sufriera una decepción. Pero también reconocí que orquestó todo eso para abrirme los ojos ante la verdadera naturaleza de Martha.

—Martha —continuó Don Pedro— negó de inmediato tener impedimento alguno para marcharse a España. Aceptó como yo esperaba la oferta diciendo que solo necesitaría tramitar su documentación y estaría disponible cuando yo lo dispusiera.

Don Pedro encendió un cigarro puro con movimientos estudiados y continuó con voz pausada que denotaba satisfacción:

—Naturalmente, le pedí discreción absoluta respecto al asunto, argumentando que había muchos intereses en el puesto que le ofrecía, de gente con más derechos y experiencia diplomática. Ofreció discreción total y me expresó su agradecimiento sin dejar de preguntarme si tú tenías algo que ver en esto. Le dije que tú no sabías nada y que de preferencia no debías enterarte de mi oferta.

Se detuvo un momento, enderezándose en su asiento con la satisfacción de quien ha ejecutado una maniobra perfecta.

—Ahora que ya conoces estos hechos, entenderás la razón de por qué Martha te hizo a un lado prefiriendo irse a España antes que siquiera pensarlo y decírtelo.

Me sentí muy triste por enterarme de la verdad de lo sucedido y antes que pudiera decirle algo, Don Pedro continuó diciendo:

—Ahora que oíste la verdad. Te pido que pasemos a la sala de juntas porque debes enterarte de algo más...

Nos levantamos y una vez en la estancia indicada me dijo con voz firme:

—Escóndete detrás de esa celosía del fondo y por favor no hagas ruido alguno.

—Don Pedro, yo... —intenté protestar débilmente, presintiendo que estaba a punto de presenciar algo que cambiaría mi percepción para siempre.

—Compláceme por favor —insistió con firmeza— No tienes nada que perder.

Obedecí, ocultándome tras la celosía de madera disimulada por un conjunto de plantas artificiales. Don Pedro llamó a su secretaria para que avisara a su sobrina que ya podía pasar. Minutos después, Laura entró en la sala con su habitual sonrisa, aunque se le notaba ligeramente fatigada por las emociones de los últimos días. Don Pedro la miró con gravedad fingida y le dijo:

—Siéntate mi niña... iré al grano. Sé que estás muy enamorada de tu novio y, aunque sabes cuánto he llegado a apreciar a ese muchacho, creo que deberán esperar hasta que concluyas tu carrera para pensar en algo serio. Eres muy joven aún y quiero que te vayas a España a terminar tus

estudios. Ya a tu regreso sabrás que hacer con tu vida profesional y sentimental.

—Pero tío... —respondió Laura con semblante serio— ¿Cómo crees que podría marcharme y separarme de quien se ha convertido en la razón de mi existencia? No te preocupes porque estoy consciente de que tenemos que esperar para pensar en algo más serio como dices. Yo me casaría mañana mismo con él, si me lo pidiera, pero sé que él prefiere esperar para estabilizar su situación económica y profesional. Yo lo esperaré toda la vida si es necesario. Entonces para quéirme a España si aquí puedo terminar mis estudios mientras él se decide que será de nosotros.

—Bien, mi niña te entiendo —interrumpió Don Pedro— pero es que existe la oportunidad de que a tu novio le ofrezcan un puesto como agregado en la Embajada de Brasil, para que adquiera experiencia y regrese a incorporarse al gabinete.

—¿A Brasil? —los ojos de Laura se iluminaron como estrellas—. Entonces me iré con él a Brasil. Con él no me importaría salir de México.

—Pero él no quiere aceptar. Dice que quiere hacer el esfuerzo por él mismo y comenzar en su tierra.

—¿Él te ha dicho eso, tío? —preguntó entusiasmada. ¡¿No te lo dije, tío?! —exclamó con orgullo—. ¡Tiene mucha integridad!

—Laurita...es que...

—Perdóname tío, pero en ese caso tramitaré mi cambio a la universidad de su estado y terminaré allá mi carrera. Supongo que contaré con tu apoyo...¿no?

De repente, Laura se levantó y miró su reloj con gesto preocupado.

—Por cierto, qué extraño que aún no haya llegado. Me dijo que quiere hablar conmigo. Supongo que para contarme lo que me acabas de decir. Así que te agradezco por ponerme en antecedentes. Así le evitaré un mal momento cuando quiera decírmelo.

Habló con tanta sinceridad y con un amor tan evidente, que sentí un nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarme. Por un instante, pensé en salir de mi escondite, abrazarla y suplicarle perdón por mi actitud indigna, pero recordé las indicaciones de Don Pedro y me contuve, mordiéndome los labios hasta sentir el sabor metálico de la sangre.

—Lo quieres mucho, ¿verdad, Laurita? —preguntó Don Pedro con tono paternal.

—¡Sí, tío! —respondió con una seguridad que me dolió en el alma— Creo que me enamoré desde que lo vi en la carretera con Luis en sus brazos. Me provocó algo que jamás había sentido.

Don Pedro bajó la cabeza antes de preguntar con voz cargada de significado:

—Mi niña... ¿Pero qué harías suponiendo que él no te ama como tú a él?

—¡Ay, Don Pedro! Sigues creyendo que soy una niña...

De pronto, su expresión se tornó seria y, con voz ligeramente enronquecida pero firme, continuó con una madurez que me dejó sin aliento:

—Soy ya una mujer...una mujer enamorada, pero no ingenua. Sé que él no me ama. Creo que le gusto, que me estima... quizás hasta me quiera un poco...pero no me ama. No creas que me engaño, y por supuesto que él no ha tratado de hacerlo. Nunca me ha dicho que me ama con palabras que nazcan desde su corazón y no de sus impulsos. Sospecho que está enamorado de Martha Miranda, una compañera de la Facultad que tú no conoces y que lo persiguió toda la noche en la fiesta. Yo me di cuenta pero no creí tener derecho para reclamárselo.

Laura tomó aire antes de continuar y cada palabra que pronunció se grabó en mi alma como hierro candente:

—Me preguntas qué haría si supiera que no me ama... La respuesta la tienes en mis actos: ¡Nada! no haría nada sino seguir amándolo con locura y luchando para que llegue a amarme algún día. Si ante esta realidad actuara con egoísmo, estaría condenándome a una muerte en vida.

—Eres muy valiente, mi niña —respondió Don Pedro con admiración—. No había notado cuánto has madurado. Ojalá nunca cambies tu forma de pensar. Ya has aprendido lo difícil que es retener a un águila en una jaula de gorrones.

—No, tío —dijo con serenidad absoluta—. Si llega a amarme con el tiempo, estaré con él para siempre. De lo contrario, le permitiré volar donde desee. Él llegará muy lejos, con tu ayuda o sin ella... incluso más lejos de lo que puedas imaginar. ¡Lo sé!

—En verdad eres grande niña mía... Pasando a otra cosa, dile a mi secretaria que me mande un puro de los que ella sabe, antes que llegue tu novio.

—Claro—respondió con renovada alegría—. ¡Ah! Y no olvides ayudarme para cambiarme de universidad... bueno, si es que él quiere tenerme cerca, porque si no...pues me aguanto como te dije y lo espero.

Laura se levantó y salió de la biblioteca para cumplir el encargo de su tío, quien permaneció en silencio antes de levantar la cabeza y llamarme con voz suave.

—No haré ningún comentario, muchacho —dijo cuando me acerqué, todavía tembloroso por lo que había presenciado—. Has escuchado todo y puedes sacar tus propias conclusiones. Eres libre de tomar tus decisiones.

Al sentarme frente a él, me sentía profundamente conmovido. Había presenciado la mayor demostración de amor que una mujer puede ofrecer a un hombre, un amor que trascendía el egoísmo y se convertía en pura entrega. Me acomodé en el sillón y le dije con voz quebrada:

—Don Pedro, me han dado una verdadera lección...Laura...Usted...Luis...

Respiré hondo antes de continuar

—Ayer me reuní con Martha y efectivamente me informó que se marchaba a España pero sin revelarme el motivo. Al principio me sentí traicionado por sus palabras, especialmente cuando me pidió que la olvidara y fingiera que lo ocurrido en la fiesta nunca sucedió. Luego comprendí su interesada posición y que Luis tenía razón al decirme que ella no me amaba. Le confieso que sufrí una decepción en ese momento, pero ya la digerí... y ahora he podido ver claramente la realidad.

Hice una pausa antes de continuar con mayor firmeza:

—En cuanto a Laura, estoy convencido de que no la merezco. Pero quiero decirle que ambos se equivocan al pensar que no la quiero. Si la amo, pero después de lo acontecido, considero que tal vez no sea muy honesto seguir con la pretensión de ocupar un lugar en su familia. Quizás cuando haya expiado mis errores, pueda volver a suplicarle a Laura que regrese conmigo para comenzar de nuevo, pero por ahora, lo mejor será retirarme e intentar abrirme camino por mis propios medios...

En ese instante, la puerta se abrió y entró Laura diciendo con naturalidad:

—Tío, dice tu secretaria que ya buscó en todas partes y ella no tiene nada. Dice que tú debes tenerlo en alguna parte...

Se interrumpió al verme y corrió a abrazarme y besarme con una efusividad que contrastaba dolorosamente con lo que acababa de confesar, mientras exclamaba:

—¡Mi vida! Ya estaba preocupada por ti. ¿Por dónde entraste? ¿Cómo te sientes? ¿Descansaste bien anoche? Yo estaba aquí con mi tío y me pidió... —se volvió hacia Don Pedro—

—Laura, perdóname —respondió él—. No recordaba que tenía mis habanos aquí mismo, en el escritorio. Acababas de salir cuando llegó este muchacho y lo hice pasar por la otra puerta. Te estábamos esperando. ¿Por qué no van a tomar un refresco y conversar? Yo ya he hablado con tu novio.

Se dirigió a mí con expresión seria pero benévola, cerrándome el ojo furtivamente:

—Por cierto, muchacho, ya que no quieres aceptar la oferta de ir a Brasil, acepta un puesto en Gobernación. Luis y tú pueden empezar a servir a la patria desde ahí.

Por un momento, creí escuchar al político, pero enseguida comprendí que el que hablaba era el tío amoroso insistiendo en la oferta delante de Laura y demostrando que no le importaba lo sucedido en nuestra vida sentimental.

—Le agradezco mucho, licenciado, pero... —comencé a responder.

—¡Mi vida, qué maravilla! —interrumpió Laura entusiasmada—. ¿Te imaginas entrar de plano en el gabinete? —miró a Don Pedro y le guiñó un ojo—. No eres nada tonto ¿verdad viejillo? viste que ellos ayudarán mucho.

—No me respondas ahora, muchacho —dijo Don Pedro— háblalo con Luis para que lo discutan con calma. Espero su respuesta el fin de semana. Si deciden aceptar los quiero ver en la Quinta el sábado. Y ahora, déjenme solo, que ya he dedicado demasiado tiempo a la familia y el pueblo de Morelos merece mi atención.

Nos dirigíamos al exterior, pero de pronto me detuve fingiendo haber olvidado algo.

—Permíteme un momento —le dije a Laura—. Olvidé preguntarle algo a tu tío. Adelántate y te alcanzo en un momento

—Por supuesto, mi amor —respondió con ternura—

Regresé a la sala de juntas y le pregunté al Gobernador sin rodeos:

—Disculpe Licenciado, por simple curiosidad... La oferta que le hizo a Martha, ¿la cumplirá?

—¿Cumplirla? ¡Por supuesto que no! —respondió con una carcajada franca que resonó en toda la habitación—. Se quedará esperando... Y te aseguro que antes de quince días volverá a contactarte para pedirte perdón e intentar retomar su juego. El resto depende de ti, muchacho.

—No se preocupe, licenciado —respondí con firmeza absoluta—. Puedo ser ingenuo, pero no estúpido.

Alcancé a Laura quien me dijo:

—¡Qué bueno que ya estás de mejor ánimo, mi cielo! Verás cómo logro aliviar tu tristeza... ¿En qué piensas?

—Mira —le respondí con sinceridad absoluta—, aunque es natural que esté triste por la pérdida de mi familia, también es cierto que la vida continúa y hay que mirar hacia adelante con optimismo —sonreí al verla—.

—Adelante... estoy preparada para escuchar cualquier cosa —se puso de pie con determinación—. ¡Mira! Voy a permanecer erguida... como lo hacen los valientes.

Efectivamente, se mantuvo firme, y tomando sus manos, que percibí frías y ligeramente temblorosas, me levanté también y le dije simplemente:

—Laura...

Vi que se estremeció casi imperceptiblemente y, cerrando los ojos como quien se prepara para recibir una bala, murmuró:

—Te escucho...

—¡Te amo! —declaré con vehemencia que me sorprendió a mí mismo— ¿Aceptas casarte conmigo cuando termines tu carrera como abogada?

Me interrumpí al ver que Laura se desplomaba en su asiento, boquiabierta y con una palidez extrema. Preocupado, me arrodillé frente a ella y, tomando su rostro entre mis manos, le pregunté:

—¿Qué te sucede pequeña? ¿Te sientes bien?

—¡Repite lo que acabas de decirme! —me interrumpió con urgencia desesperada.

—Te dije que te amo y que quiero casarme contigo cuando te gradúes como abogada... si tú quieres, por supuesto.

—¿Que si quiero?...

De repente, se levantó y comenzó a reír nerviosamente mientras las lágrimas corrían por su rostro como ríos de felicidad.

—¿Que si quiero? —repitió con la voz entrecortada por la emoción—. ¿Crees que podría negarme a algo que he anhelado escuchar desde que te conocí?

Se estiró hacia mi y me ofreció sus labios. El camino hacia la montaña del poder seguía abierto, pero ahora lo recorrería acompañado por una mujer excepcional que había demostrado que el amor auténtico no busca poseer, sino liberar; no exige, sino ofrece; no condiciona, sino acepta.

El destino había jugado sus cartas con crueldad, pero también con sabiduría. En el momento más oscuro de mi existencia, me había mostrado la luz que habría de guiarme en los años venideros. Laura Valdez no solo sería mi esposa; sería mi compañera en la larga ascensión hacia las cumbres del poder mexicano, un poder que ahora sabía debía ejercerse con la misma nobleza y generosidad que ella había demostrado al amarme.

CAPÍTULO 11

En los Pasillos del Poder

Ingresamos al servicio público con el visto bueno de Don Agustín Salvatierra. Luis fue comisionado a la Secretaría de Relaciones Exteriores como adjunto del comité de protocolos. Mientras tanto, a mí me instalaron como auxiliar del Subsecretario de Gobernación, el licenciado Jaime Alcalá de los Santos, un hombre de la vieja escuela política que había aprendido a sobrevivir en las aguas turbulentas del poder mexicano.

Laura se había mudado a la casa de Las Lomas y yo con ella, las cosas marchaban como una maquinaria bien engrasada por el amor y la comprensión mutua. Nos veíamos casi todos los días por algunas horas y cuando las circunstancias eran propicias, compartíamos el lecho hasta el amanecer en una intimidad que había adquirido profundidad y significado después de nuestro compromiso.

Desde mi entrada en la Subsecretaría, Martha había llamado varias veces pero nunca había podido "localizarme". Mi secretaria era Patricia, una

profesional de una eficiencia demoledora, sabía perfectamente como filtrar las llamadas indeseables y manejar las comunicaciones con la discreción de un confesor.

Pero un día Martha se atrevió a presentarse en mi oficina y al anunciarse con mi secretaria y hacerle ver que me esperaba todo lo que fuera necesario para verme, ésta no tuvo más remedio que pedirle que esperara y entró para avisarme.

—Está bien, Patricia —le dije, resignándome a lo inevitable—. Hizo lo correcto. La hará pasar hasta dentro de dos horas y le dirá que solo tengo quince minutos para atenderla pues tengo una junta con el Subsecretario ¿Entendido?

—Perfectamente, señor —respondió, y salió para cumplir con la orden como un soldado que va a ejecutar una misión peligrosa.

Al cabo del tiempo estipulado la puerta se abrió y Martha entró dirigiéndose hacia mí.

—Me da mucho gusto verte de nuevo—exclamó mientras intentaba abrazarme—.

Yo dejé que me abrazara y me diera un beso que quiso ser en la boca, pero terminó en la mejilla, tal como ella me hizo cuando nos vimos en Sanborns la última vez. Se sentó cruzando la pierna permitiendo que su falda revelara una porción de su muslo. Con aquel traje sastre gris que le sentaba como una segunda piel, su maquillaje ligero pero audaz que le daba un aire maduro y peligrosamente seductor, resultaba una tentación difícil de disimular.

—Discúlpame, Martha, por no haber podido atender tus llamadas, pero tengo mucho trabajo en realidad y además yo te suponía ya en España como me dijiste la última vez que nos vimos. —mentí inopinadamente— y después de que me compartiste que lo “nuestro” no funcionaría, creí que ya no querías verme.

—Discúlpame por todo eso. Sé que fui una grosera y desconsiderada contigo, pero me vi obligada a hacerlo pues me prometieron cosas que luego dejaron de cumplir. Pero ahora solo tú puedes ayudarme si me incluyes en tus planes, tanto laborales como personales...

Lo dijo con cierta coquetería mientras cruzó la pierna de tal forma que pude ver su ropa interior de encaje azul cielo. Sonreía consciente del efecto que provocaba su presencia en mí. Era una perfumista que conocía la potencia de sus esencias.

Pues mira, como creí que no querías volver a verme ya ni me ocupé de ti.

—Es que creo que podríamos formar una buena pareja en todos sentidos. ¡Te vuelvo a ofrecer disculpas por mi actitud, pero te pido que me pongas a prueba! —me dijo con una sonrisa que prometía recompensas y amenazaba castigos— si no funciona... me despides y salgo de tu vida.

Rio con frescura aparentemente ingenua que contrastaba con la sofisticación de su estrategia. Lamenté no poder creer en la sinceridad de sus palabras. Odié mi debilidad y también a la vida por sus crueles contradicciones.

Me sobrepuse a mis instintos primitivos y respondí con fingida calma:

—Pues mira, no te garantizo nada pero te ofrezco hacer algunas gestiones para ver qué posibilidades hay de conseguirte algo. Te prometo intentarlo y te informaré cuando haya algo concreto.

—¡Eres muy amable! Ya verás que no te arrepentirás. Hazlo y seré tuya para siempre.

Esto último me lo dijo mirándome fijamente a los ojos. En ese momento Patricia entró para informarme que el licenciado Alcalá ya me esperaba en su despacho para la junta pendiente. Permaneció de pie, como un centinela inquebrantable, obligándonos a terminar la conversación. Me levanté y dije teatralmente:

—¡Qué lástima, Martha! Siento tener que interrumpir nuestra charla, pero el licenciado es impaciente y no debo hacerlo esperar. Tú comprendes, ¿verdad? Te llamaré cuando haya algo.

—No te preocupes. Ya me voy. Esperaré tus noticias.

Me envió un beso con el dedo índice y salió sin dirigir siquiera una mirada a Patricia, quien le abrió la puerta y la cerró después con discreción profesional.

—Gracias, Patricia —suspiré con alivio—. Empezaba a sentirme incómodo. En fin, continuemos trabajando.

Al día siguiente me enteré que Macario —sempiterno rival de Don Pedro— estaba organizando una marcha desde Morelos hasta la capital para continuar su plan de desestabilización del gobierno. Así era como operaba este agitador profesional, creando descontento difuso que dirigía hacia cualquier objetivo.

Ese mismo día me llamó Luis para decirme que en una semana partiría hacia Ginebra acompañando a Díaz Arvide para la Conferencia del grupo de los seis al que México pertenecía. Lo felicité y le mencioné brevemente la visita de Martha y su insistencia para "colocarse en el presupuesto". Omití comentarle las emociones físicas que había experimentado, conservando para mí esa debilidad vergonzosa.

Finalmente, le pregunté:

—¿Qué opinas, Luis? Martha vuelve a las andadas y ya no sé qué pensar. La vi muy decidida a seguir insistiendo para verme la cara de pendejo...

Guardó silencio unos momentos, como quien calcula las posibles consecuencias de lo que va a decir, pesando cada palabra como un farmacéutico que prepara una medicina. Luego respondió:

—Mira... apenas ayer Díaz Arvide me dio instrucciones para solicitar otra visa diplomática para París, pues uno de los agregados culturales de la Embajada renunció por motivos de salud. Es un puesto secundario, pero dadas las circunstancias, representa la posibilidad de mandarla lejos. Ya no tendrías que verla... ni ella a ti.

Al pensarlo, la sugerencia de Luis me pareció muy buena. Como esas soluciones que parecen evidentes una vez que alguien las menciona. "Matar dos pájaros de un tiro", pensé. Pero recordando la advertencia de Don Pedro, le expresé mis reservas:

—Pero Don Pedro no querrá apoyar esa propuesta. Ya sabes que no la soporta...

—Cuéntale sobre su visita de hoy y hazle ver que todo sería para que ya deje de molestar de una vez por todas. Alejarla es la mejor opción.

Le dije que lo haría. Y en realidad sí consideré la propuesta de Luis con detenimiento. No era mala idea mandarla lejos. Ya hablaría con Don Pedro al respecto. Mientras tanto volví a Macario... Pensé ¿Qué más pretenderá aparte de crear problemas?

Pasaron unos días y cuando tuve oportunidad le pregunté a Don Pedro si podía recibirme en Palacio de Gobierno y me dijo que al día siguiente fuera a verlo en la noche cuando ya estaba todo más tranquilo para poder platicar a gusto.

Así lo hice y cuando estuve con él me preguntó sin mayores preámbulos:

—¿Qué ocurre, hijo? ¿De qué quieres hablarme... Se trata de Laura y tú?

—En cierto modo sí, Don Pedro... pero permítame explicarle todo para que entienda por qué es importante platicarlo.

Le expuse la situación con la mayor concisión posible y le presenté la estrategia de Luis. Al terminar, añadí:

—Me adelanto a decirle que sé que Usted dijo que nunca le daría una oportunidad, pero es una oportunidad que se presenta de quitárnosla de encima...¿Cómo ve?

Se quedó pensativo, como quien contempla un problema de ajedrez con múltiples soluciones posibles.

—Pues sería como premiarla. Pero si lo veo como una salida para que nos deje tranquilos. Podremos evitar más dolores de cabeza, sobre todo para Laura y para ti.

Meditó unos instantes y, sin decir más, tomó el teléfono y marcó un número con la precisión de quien conoce de memoria todos los números importantes del gobierno. Al obtener respuesta, dijo:

—¿Díaz Arvide?... Mira hermano, sé que tienes un puesto disponible como agregado cultural en la Embajada de París. Quiero proponerte a una joven licenciada llamada Martha Miranda... ¿Puedo enviártela?... ¡Hombre! Te

agradezco tu disposición y no te preocupes, yo mismo le contaré al Señor Presidente tu buena disposición... Gracias... Te la enviaré mañana mismo.

Colgó el auricular y, con la misma expresión agotada, me dijo:

—Ya está, hijo... ¡Esperemos que sea para bien! y si no tienes otro asunto, vámonos a descansar que el día ha sido muy pesado.

Después de agradecer su ayuda, le informé que yo mismo avisaría a Martha para que visitara a Díaz Arvide al día siguiente y preparara todo. Le diría que se coordinara con Luis para ultimar los detalles.

Noté que el aspecto de Don Pedro reflejaba un cansancio que iba más allá de lo físico; era el agotamiento de quien lleva sobre sus hombros responsabilidades que no puede compartir con nadie. Quise preguntarle si estaba enterado del asunto de Macario y cuando lo hice su rostro enrojeció súbitamente y explotó:

—¡Ese hijo de puta! Ya le ajustaré las cuentas...¡Toda esa gente es una banda de malagradecidos! No han sabido conformarse con lo que la Revolución ha hecho por ellos. ¡Son tan ignorantes!

Hizo una pausa y yo aproveché para preguntarle si no sería positivo tal vez, dialogar con ellos y entender sus motivaciones de fondo. Pero eso encendió más a Don Pedro quien me dijo con tono de reproche:

—En política, joven, el romanticismo es un lujo que no podemos permitirnos. ¿Cómo descifrar la mentalidad de esta gente? —Don Pedro se reclinó en su sillón, con la expresión de quien ha librado batallas incomprensibles—. Les construyes una escuela y te exigen una iglesia, una cancha deportiva, un parque... ¿Con qué lógica operan? Invertimos fortunas en infraestructura sanitaria, y ellos persisten en sus curanderos y brujos, desdeñando nuestras clínicas como si fueran templos profanos.

Su voz adquirió una cadencia hipnótica, revelando las cicatrices de años de frustraciones acumuladas:

—No, muchacho. Esta gente ha desarrollado una mentalidad extractiva. Solicitan tierras y las destinan al cultivo de adormidera y cannabis en lugar de granos básicos para su subsistencia. Demandan escuelas y después retiran a sus hijos bajo el pretexto de que deben contribuir al trabajo familiar... como si un niño pudiera igualar la productividad de un adulto que dilapida su jornal en aguardiente mientras vocifera contra las supuestas injusticias gubernamentales.

Su diatriba me desconcertó profundamente. No quería aceptar que el hombre a quien profesaba tal respeto albergara semejante desdén por el pueblo. Opté por el silencio y, buscando clausurar aquella conversación incómoda, murmuré:

—Bueno, Don Pedro, le agradezco la gestión por Martha. Veremos qué acontece...

Pero Don Pedro parecía poseído por un demonio interior que exigía catarsis:

—Quizás mi diagnóstico te resulte severo, pero no podemos eludir una realidad: mientras nosotros nos desgastamos en el servicio público, individuos como Macario se dedican a convencer a las masas de que somos los villanos de esta historia, que nos enriquecemos parasitariamente a expensas del pueblo. Ciertamente, existen elementos corruptos en nuestro gobierno —como en todos los gobiernos del mundo—, pero otros países han logrado domesticar a sus poblaciones porque han alcanzado un punto de madurez donde la gente no espera que la providencia resuelva sus problemas, sino que trabajan para forjar su propio progreso.

Se incorporó y continuó con el fervor de quien ha alcanzado una revelación trascendental:

—Observa a los japoneses. Cuando declaran huelgas salariales, se colocan cintas en la cabeza como símbolo de su protesta, pero intensifican su productividad para demostrar que merecen el incremento al generar mayores beneficios empresariales. ¿Y nuestros huelguistas nacionales? Declaran paros generalmente ilegales y se entregan al ocio, esperando quebrar a las mismas empresas que les proporcionan sustento. Cuando obtienen concesiones, las utilizan para reducir su esfuerzo laboral... y desde esa pereza institucionalizada, claman por "justicia". ¿Cuál justicia, me pregunto?

Se puso en pie y comenzó a caminar por su despacho con vehemencia creciente:

—Los judíos y otros pueblos del desierto han transformado la arena estéril en oasis de prosperidad mediante trabajo y determinación... ¡Nosotros, en cambio! Poseyendo un paraíso agrícola, ganadero, pesquero, minero —recursos de toda índole—, habitando un territorio generoso, casi edénico, ni siquiera conseguimos mantener la paz social. Nos vemos reducidos a mendigar ante estadounidenses, franceses, ingleses y demás prestamistas que cobran intereses con la voracidad de usureros medievales. ¡No trabajamos! Por tanto, no producimos, no exportamos, las divisas no ingresan, y sin divisas somos incapaces de saldar nuestras deudas. ¡La economía mexicana es un laberinto kafkiano que solo resolveremos cuando todos comprendan que únicamente el trabajo y el esfuerzo genuinos nos conducirán al progreso!

Tras su arrebató, guardó silencio como si hubiera agotado toda su energía en aquella perorata. Me atreví a interponer una perspectiva diferente:

—Permítame disentir, Don Pedro. Si nuestros almacenes rebosan de productos que el mundo necesita pero que sistemáticamente se nos impide comercializar, el problema no radica en nuestra incapacidad productiva, sino en el sofisticado mecanismo de control que las potencias hegemónicas han tejido alrededor de nuestra economía. Producimos cítricos y súbitamente descubren "contaminación" en las fronteras; pescamos atún y violamos "convenios ambientales" que curiosamente no

aplican a otros; cultivamos café y padece de "plagas inexistentes" que solo nosotros portamos. Nuestro petróleo, en cambio, fluye sin obstáculos, pero al precio que Washington determina conveniente.

Tomé aire y continué, sintiendo que defendía algo sagrado:

—Este patrón se replica en prácticamente todos nuestros productos. Cuando intentamos importar, nos imponen paquetes comerciales saturados de mercancías superfluas como condición sine qua non para acceder a lo esencial. Solicitamos financiamiento y nos ofrecen préstamos para cubrir los intereses de préstamos anteriores, creando una espiral infinita de condicionamientos. La pregunta fundamental es si esta situación no constituye responsabilidad directa de nuestra administración pública. ¿Es culpa del pueblo que sus representantes gubernamentales hayan normalizado estas dinámicas? ¿Por qué nuestro gobierno no establece condiciones favorables para la nación cuando negocia con otras potencias?

Las palabras brotaron como un torrente incontenible:

—Considero que todos portamos responsabilidad en este estancamiento económico. El primer paso sería replantear estratégicamente nuestras prioridades educativas: formar técnicos especializados en lugar de saturar el mercado con abogados, ingenieros y médicos que terminan dedicándose a actividades ajenas a su formación, desperdiciando tiempo en carreras improductivas tanto para ellos como para un país que invirtió recursos valiosos en "producir profesionistas innecesarios". Quizás peque de idealista, pero si nos enfocáramos en formar técnicos competentes, capacitar obreros especializados, enseñar al sector rural a tecnificar la agricultura, y no permitir los abusos de los grupos económicamente hegemónicos... probablemente nuestro destino sería más prometedor.

Respiré, casi exhausto tras defender nuestra identidad nacional con la pasión de quien protege a su familia. El Secretario de Gobernación, después de escucharme atentamente, esbozó apenas una sonrisa condescendiente:

—Perdono tu arrebató porque, como tú mismo reconoces, tus planteamientos adolecen de cierta ingenuidad. Espera a madurar como político para comprender que lo que el pueblo necesita no siempre coincide con lo que "desea". Por ahora, dejemos las cosas así, puesto que ambos estamos alterados... tú por el asunto de Martha, yo por el maldito de Macario.

Preferí no insistir en mi convicción de que tenemos la responsabilidad de mejorar las condiciones de vida de quienes nos sostienen y nos confieren el poder. Me despedí de Don Pedro y salí reflexionando sobre que el futuro podría brindarme mejores oportunidades para demostrar que existe una modalidad más digna de gobernar, una forma de ejercer el poder que no requiera menospreciar al pueblo que lo otorga.

Al llegar a casa, contacté a Martha Miranda. Le comuniqué lo acordado: debía presentarse al día siguiente con Díaz Arvide, mencionando que acudía por recomendación del Secretario de Gobernación para evaluar la posibilidad de enviarla a París como agregada cultural de nuestra embajada en Francia. Casi podía visualizarla saltando de júbilo mientras exclamaba:

—¡Amor mío! Es extraordinario. Sabía que no me fallarías. Te lo agradezco infinitamente y créeme que sabré corresponder a tu confianza. Te juro que no te defraudaré... ¡Te adoro, cielo!

—Bien, Martha. Esto es lo que pude gestionar. Espero que aproveches la oportunidad y sirvas dignamente a nuestro país.

—¡Por supuesto, mi vida! Naturalmente que aprovecharé esta oportunidad...

Guardó silencio momentáneamente y luego, con voz melosa y sugerente, prosiguió:

—Y verás que la gratitud no es una palabra vacía para mí. Te aseguro que no te arrepentirás, pues esto es apenas el comienzo... Nos veremos antes de mi partida a París... ¿Te das cuenta, amor mío? ¡París!

Esa noche experimenté un sabor amargo que no lograba identificar completamente. Pronto comprendí que emanaba principalmente de mi conversación con Don Pedro. ¿Cómo podía ser Secretario de Gobernación si no comprendía la esencia de su pueblo? ¿Cómo aspiraba a la candidatura presidencial albergando semejante mentalidad? Con estas interrogantes llegué a mi departamento, extrañando a Luis, quien se había mudado cuando Laura y yo comenzamos a convivir con mayor frecuencia.

Como Laura estaría ausente por dos o tres días debido a compromisos académicos, me retiré temprano, sin poder alejar de mi mente los incidentes del día. Desperté con la impresión de que el profesor Vallepeña había estado presente en mis sueños, pero al observar el entorno comprendí que había sido solo eso, un sueño. ¿Sería prudente confiar mis inquietudes a alguien? Pensé nuevamente en el Profesor Vallepeña y me prometí visitarlo pronto. Tal vez él, con su sabiduría y experiencia, podría ayudarme a encontrar un sendero que no exigiera traicionar mis principios ni mis orígenes.

Al día siguiente en mi escritorio me esperaba una nueva jornada llena de decisiones menores que, sumadas, configurarían el destino de millones de mexicanos. Era una responsabilidad que comenzaba a pesar sobre mis hombros como una carga sagrada, pero también como una oportunidad de demostrar que el poder podía ejercerse con justicia y compasión.

Patricia me recibió con un problema que, en otras circunstancias, habría considerado menor: había faltado la persona que servía como mensajera en la Subsecretaría y estaba asignada a mi despacho. Nadie conocía el

motivo de su ausencia, algo insólito pues en más de treinta y cinco años de servicio gubernamental jamás había dejado de asistir.

A media mañana me informaron sobre la causa de la ausencia de la mensajera. Con lágrimas en los ojos, Patricia me comunicó que había fallecido en la madrugada víctima de un infarto cerebral.

Cuando Patricia salió, sin meditar cómo surgió la idea, como si una fuerza externa guiara mis pensamientos, la volví a llamar y le indiqué que contactara al Licenciado Padilla —jefe de personal— para comunicarle que yo le recomendaría a la persona que debía suplir a la difunta. No recordaba el nombre completo de Mirta y le dije a Patricia que se lo proporcionaría más tarde.

A solas, intenté recordar el apellido de Mirta con una urgencia que me sorprendió. Llegué a la conclusión de que aquella noche que la conocí, había dormido con ella y recibido sus atenciones desinteresadas sin saber siquiera su nombre completo.

Cuando pude tomarme un tiempo a la salida de la oficina, localicé el bar donde conocí a Mirta y al entrar, el olor a alcohol barato y humo rancio me confirmó que era el mismo donde la había conocido aquella noche de borrachera y desesperación. El cantinero de cara bovina me reconoció para mi sorpresa.

—¿Le sirvo un brandy, joven? —preguntó mecánicamente, como quien repite un diálogo ensayado cien veces.

—No, gracias. Busco a Mirta. La muchacha blanca que atiende a los clientes.

—Sé quién es Mirta —me interrumpió con la indolencia propia de quien ha visto demasiado—. Tiene días que no aparece. Casi dejó de venir desde aquella noche que usted estuvo con ella.

Lo dijo sin énfasis particular, confirmándome que me recordaba perfectamente. El cantinero pertenecía a esa estirpe de hombres que lo observan todo y no juzgan nada, testigos de las tragedias humanas que se representan en sitios como aquel.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—No, joven.

Le extendí un billete que desapareció en su mano como por arte de magia. Salí al bullicio de la ciudad, intentando reconstruir el camino a casa de Mirta. De pronto, como una revelación tardía, recordé el papel que ella había deslizado en mi cartera. Lo encontré doblado con esmero, como si contuviera un secreto valioso. Mirta Castillo Albarrán, calle San Jerónimo No. 42 interior 3, Col. Condesa.

CAPÍTULO 12

Sangre y Traición

Era uno de esos barrios donde la pobreza se disfraza de dignidad durante el día, pero que la noche desnuda sin misericordia, revelando la cruda realidad de quienes luchan por sobrevivir en una ciudad que devora a los débiles.

Al llegar llamé a su puerta. Una luz mortecina se encendió en el interior y la voz de Mirta, pequeña como ella misma, preguntó quién era. Le respondí en voz baja. Segundos después el cerrojo corrió y la puerta se entreabrió. Al verme, su rostro se iluminó con una sonrisa que parecía fuera de lugar en aquel entorno desgastado.

—¡Órale...eres tú! Pásale mi cuate, perdona las fachas pero ya estaba por jetearme.

Mirta vestía solo una blusa y pantaletas. El pudor parecía un lujo que no podía permitirse, como tantas otras cosas en su vida precaria. Me tendió la mano mientras yo trataba de mantener la mirada fija en sus ojos.

—Buenas noches, pequeña. Discúlpame la hora, pero necesitaba verte.

—No te fijas mi cuate... ¿para qué soy buena?

Me tomó la mano y me besó en la mejilla. Se sentó en posición de flor de loto en un sillón descolorido, sin preocuparse por su escasa vestimenta. Con su pelo corto y aspecto somnoliento parecía una niña, una impresión que contrastaba dolorosamente con la realidad de su vida. Me senté frente a ella, ignorando la incomodidad que me producía su naturalidad desarmante.

—¿Qué pasó contigo? Fui a buscarte al bar y me dijeron que ya no ibas. ¿Encontraste otro trabajo?

—No, mi cuate —sus ojos reflejaron una determinación inesperada—. Ya no quise. Desde que tú fuiste y me trataste como gente, como tu igual, y me dijiste que merecía algo mejor y todo ese rollo, pues me hiciste pensar...y vi que tenías razón, así que dejé de ir. ¿Cómo la ves?

En sus palabras había un orgullo frágil, como una planta que apenas comienza a brotar en terreno hostil.

—¿Y a la Academia de San Carlos? ¿Sigues yendo?

—A veces —respondió, y un velo de amargura cruzó su rostro—oye, pero ¿por qué me preguntas todo esto?

Guardé silencio por un momento, sopesando las palabras. En la Ciudad de México, los sueños mueren cada noche y resucitan cada mañana, mutilados pero persistentes.

—Mirta... Si te ofreciera un trabajo humilde pero completamente honesto, ¿lo aceptarías?

Sus ojos se agrandaron, brillantes como monedas recién acuñadas.

—¿Un trabajo? ¿De qué? ¿Dónde? ¿Con quién? —rio con una animación que contrastaba con la miseria del cuarto—. ¡Me interesa! Bueno, depende... ¿de qué es?

—De mensajera en la Subsecretaría de Gobernación, para mi despacho. Soy asesor de uno de los Subsecretarios y hay una vacante que me gustaría que ocuparas tú.

—¿Contigo... en la Subsecretaría de qué? ¡Ah, chin!

—Sí, conmigo, en la Subsecretaría de Gobernación —reí ante su asombro, un asombro genuino en un mundo donde la sinceridad escaseaba tanto como la justicia.

De pronto, saltó del sillón y se sentó en mis piernas, abrazándome con una fuerza sorprendente para alguien tan menudo.

—¡Gracias mi cuate... me estás salvando!

Me besó varias veces. Su cuerpo cálido y perfectamente formado despertó en mí una reacción que intenté suprimir. Sus nalgas se movían contra mis muslos al abrazarme, y temiendo que notara mi excitación, me separé suavemente, sugiriéndole que me invitara un café.

Corrió a la cocina, pero súbitamente volvió con la cabeza gacha, con esa vergüenza que solo conocen quienes han tenido que elegir entre el orgullo y el hambre.

—¡Híjole! Se me olvidaba que no tengo café... se me acabó y ando volando bajo para comprar más —sonrió al recordar algo—. Pero te puedo invitar una manzana que me regalaron esta mañana.

Regresó con la fruta y me la ofreció. Se sentó en el suelo, recostando su cabeza contra mis piernas como un animal doméstico que busca cariño.

—Creo que hice bien en no volver al bar y en decidir cambiar de vida —dijo con voz queda—. Te voy a decir la verdad. También dejé de ir a San Carlos porque un güey que me había contratado como modelo, quiso que le sirviera también de otra cosa... tú me entiendes, ¿no? Y eso sí que no. Yo te dije que no era una puta y te dije la verdad. Pero ese bato se quejó con el Director de la Academia, le dijo que yo me le había insinuado, y me dijeron que ya no volviera más.

—¿Pero criatura, entonces de qué has vivido?

—Me había quemado ya mis últimos fierros hoy mismo. Ya para mañana... pues la verdad es que no tengo ni para comer —lo dijo sin autocompasión, como quien constata un hecho meteorológico—. He estado buscando chamba, pero está re'difícil.

En todas partes me dicen que tengo que saber escribir a máquina, que saber taquigrafía, o que tengo que saber inglés. En algunos lugares me han propuesto cosas que no me gustan... y bueno, pues ya tú sabes cómo es eso, ¿verdad?

En México, la pobreza es una jaula con barrotes invisibles. Cada intento de escape solo confirma su solidez.

—¿Y por qué no me hablaste? Te dejé anotada mi dirección para cuando me necesitaras. ¿Perdiste la tarjeta?

—No, mi cuate, no la perdí... pero francamente no quería molestarte. Pensé que podría yo solita... y ya ves.

—Y lo harás, Mirta. Vas a ver que sí —le aseguré—. Por lo pronto, preséntate mañana en la Subsecretaría y pregunta por mí. Diles que te estoy esperando. ¿Lo harás?

—Claro que sí, mi cuate. Te agradezco infinitamente que hayas pensado en esta cosa tan chiquita que soy...

Se quedó callada, con un semblante que reflejaba esa melancolía que solo conocen quienes han vivido demasiado en muy poco tiempo. Le levanté la barbilla.

—No digas eso, Mirta. Tú nunca has sido una cosa chiquita y jamás lo serás. No te pongas triste, y ahora sí, me vas a aceptar esto.

Saqué mi cartera y le extendí unos billetes. Le dije que era un anticipo de su sueldo para que se comprara un vestido bonito y comiera como Dios manda. Que no aceptaba negativas pues solo era un préstamo, y además, ya era casi su "jefe". Me miró con lágrimas en los ojos y tomando el dinero, volvió a agradecerme.

Salí de casa de Mirta con la extraña sensación de haber hecho algo bueno en un mundo donde la bondad parecía una inversión de alto riesgo y escaso rendimiento.

Al llegar a mi departamento, me sentía diferente. El encuentro con Mirta había sido como un espejo donde pude ver reflejada mi propia humanidad. En sus ojos había visto no solo gratitud, sino esperanza, y me di cuenta de que eso era lo que realmente valía la pena en esta vida: ser capaz de encender una luz en la oscuridad de alguien más.

Mañana, Mirta comenzaría una nueva vida en los pasillos del poder. Y yo, sin saberlo aún, había dado el primer paso hacia una forma diferente de entender mi papel en el complejo engranaje del gobierno mexicano.

En mi departamento, mientras me desanudaba la corbata después de aquel encuentro transformador con Mirta, sonó el teléfono. Era casi la una de la madrugada. Me pregunté quién podría ser a esa hora, en un país donde las llamadas nocturnas rara vez traen buenas noticias.

—¡Mi cielo! Al fin llegaste —la voz de Martha Miranda sonaba como un eco distante cargada de una dulzura venenosa que reconocí inmediatamente—. Te he esperado casi hora y media. Estoy en un teléfono público cerca de tu casa. Necesito hablar contigo... ¿Puedo subir?

—Martha, estoy muy cansado. Ya pensaba dormir.

—Solo te robaré unos minutos, mi amor. Te lo prometo.

—No sé... es muy tarde ¿Es realmente urgente? ¿Ya fuiste con Díaz Arvide?

—Ya fui y todo fue como me dijiste, pero es urgente que te diga una cosa —respondió con una vehemencia que me hizo ceder contra mi mejor juicio.

—Está bien, sube. Te espero.

Colgué y me desplomé en el sillón, agotado física y emocionalmente. Me levanté para poner algo de música, como si los acordes pudieran crear una barrera protectora contra lo que se avecinaba. Cuando regresaba, escuché dos golpes suaves en la puerta, tan calculados como todo lo que hacía Martha.

Martha apareció con un traje de cóctel que le sentaba como una segunda piel, negro y ceñido, que realzaba cada curva de su cuerpo con precisión quirúrgica. Le cedí el paso y la invité a sentarse, ofreciéndole algo de beber con la cortesía automática del anfitrión experimentado. Me besó rápidamente en los labios, un gesto que me tomó desprevenido, y aceptó un brandy. Serví dos copas y me senté frente a ella, manteniendo una distancia que ella inmediatamente decidió eliminar.

—No, mi cielo, no te sientes tan lejos. Quiero tenerte aquí cerca, junto a mí. Ven, mi amor.

Me tendió la mano, invitándome a sentarme a su lado con un gesto que combinaba súplica y orden. Obedecí con reticencia mal disimulada, como quien se acerca a una fogata sabiendo que puede quemarse.

—¡Todo fue muy bien con Díaz Arvide! Me dijo que ya había dado instrucciones a Luis Alcázar para que me llevara a presentar con el Embajador en Francia. ¿Te imaginas, mi amor? Será Luis quien me lleve a París... claro que hubiera preferido mil veces que fueras tú, así habríamos aprovechado el viaje como nuestra "luna de miel".

Su voz era aterciopelada, hipnótica, y me miraba de una forma que me hizo estremecer. El poder siempre ha sido el afrodisíaco más potente, y Martha lo sabía perfectamente, lo manejaba como un instrumento afinado.

—Pero sé que esas no son tus funciones —prosiguió—, y pensando que te gustaría, te traje un regalo para compensar tu esfuerzo y el hecho de que probablemente no podremos vernos durante mucho tiempo...

—No te hubieras molestado, Martha. En realidad yo...

—¡No seas tonto, mi cielo! Lo hago con mucho gusto y con todo mi amor.

Resultaba irónico que Martha quisiera agradecerme por un plan que había sido concebido precisamente para alejarla de mí. Pero sonreí con amabilidad forzada, sintiendo cómo las piezas de algún rompecabezas siniestro comenzaban a encajar en mi mente.

—Te lo agradezco, Martha, pero...

—¿Primero me permites pasar a tu baño, mi amor? No tardo en regresar.

Le señalé el camino. Tomó su bolso de mano y al pasar junto a mí, murmuró con voz sedosa:

—¡Ahora vuelvo, cielo! No dejes que se enfríen los brandis.

Fui hasta el estéreo y puse un casete de Dave Brubeck, necesitando el jazz como un ancla en la tormenta que se avecinaba. Cuando regresé a sentarme y tomé un trago de mi copa, casi me atraganto: Martha había vuelto... completamente desnuda. Lo único que llevaba puesto era una sonrisa de invitación que no llegaba a sus ojos.

Me quedé mudo, incapaz de articular un pensamiento coherente. Me levanté por puro reflejo. Ella interpretó mi gesto como aceptación y se acercó, pegando su cuerpo desnudo al mío con la confianza de quien conoce el poder de su belleza.

—Por fin podremos amarnos libremente. ¡Tómame, mi amor! Soy tu regalo de esta noche. ¡Hazme tuya!

Con una voz que no reconocí como propia, le dije:

—Eres tan bella, Martha...

Ella apretó su boca contra la mía, y cualquier resquicio de cordura que pudiera haber conservado se esfumó en ese instante. Sus manos trabajaban en los botones de mi camisa mientras su lengua exploraba mi boca con una intensidad que me dejaba sin aliento. El perfume de su piel, cálida y suave, se mezclaba con el aroma del brandy creando una embriaguez que no tenía nada que ver con el alcohol.

La tomé en brazos y la llevé a mi habitación, donde nos entregamos a una pasión que era tanto más intensa cuanto más prohibida. Martha se mostró tímida al principio pero después despertó una mujer insaciable. No actuaba como una experta en las artes amatorias, pero lo hacía como si quisiera grabar cada momento en su memoria, como si fuera la primera y la última vez que estaría conmigo...y para mi gran sorpresa me di cuenta que verdaderamente era su primera vez. Sus gemidos llenaban la habitación mientras nuestros cuerpos se movían en una danza ancestral que borraba toda razón, toda precaución.

Cuando finalmente yacimos exhaustos entre las sábanas revueltas, Martha se acurrucó contra mi pecho con una ternura que hasta parecía genuina. Yo me sentía sucio y avergonzado de que mi resistencia fuera tan débil. Me sentía sin valor...pero en el fondo sentía una gran felicidad que no quería sentir...no con ella.

CAPÍTULO 13

El Precio de la Verdad

Martha partió a París. Yo no quise contactarla por vergüenza. Ella había sabido vencer mi resistencia con un arsenal de sensualidad calculada, desplegado con la precisión de un estratega. Yo había caído como un soldado novato en su primera batalla, y no había tenido el valor de confesárselo a nadie.

Mi relación con Laura seguía fortaleciéndose en apariencia. Mirta trabajaba ya en la oficina, adaptándose rápidamente al ritmo frenético de un mundo burocrático que le era ajeno pero que enfrentaba con la determinación de quien ha luchado por sobrevivir en condiciones más adversas. Don Pedro volvía a tratarme con el afecto de antes, sin sospechar la bomba de tiempo que hacía tic-tac en mi vida privada.

Martha me había llamado desde Francia tres veces y yo me había negado a hablar con ella, como quien evita mirar directamente una herida que sabe infectada. Sus mensajes llegaban a través de Patricia, quien había recibido instrucciones de mantenerla alejada, pero Martha había encontrado formas más sutiles de hacerse presente.

A la cuarta ocasión, Patricia me llevó el recado con expresión preocupada: Martha insistía en hablar conmigo por un asunto que nos atañía a los dos y que, según sus palabras exactas, "no podía esperar más tiempo". De mala gana, accedí, sabiendo que postergar lo inevitable solo haría más profunda la herida.

—Hola, Martha. Disculpa, acabo de regresar de una gira por el interior...

Su voz llegó a través de miles de kilómetros de línea telefónica:

—¿Eres tú? Mira, mi cielo —aquel "mi cielo" sonaba como un cuchillo envuelto en seda—. Solo te molesto porque creo justo que sepas que vas a ser padre...

Las palabras se estrellaron contra mis tímpanos como martillazos. El silencio que siguió parecía el que viene después de una explosión nuclear.

—Creo que no te escuché bien, Martha. ¿Qué decías?

—¡Que vas a ser padre, cariño! Tengo seis meses de embarazo. Ojalá la noticia te haga tan feliz como yo lo estoy. Pero no te preocupes porque no te estoy avisando porque quiera exigirte algo. Puedes seguir con tu vida como hasta ahora y yo no habré molestarte... ¿Me escuchas, mi amor? Solo quise compartir contigo la feliz noticia de que tendremos un hijo. Recuerda que siempre te amaré y te dejo para que continúes con tus ocupaciones.

Colgué sin responder nada. Las manos temblorosas como las de un alcohólico en abstinencia. La cornada había llegado donde debía. La muy astuta había tejido su red con paciencia de araña y ahora me tenía atrapado en hilos invisibles pero resistentes como el acero. Me había "seducido" y ahora me restregaba su triunfo en la cara con la satisfacción de quien ha jugado una partida perfecta.

La noticia me dejó estupefacto porque no sabía en realidad con qué intenciones Martha había hecho todo esto. Estuve intranquilo y sin saber que hacer todo el día y los días siguientes, pero la vida continuaba.

Los preparativos de mi boda con Laura ya habían comenzado. Las invitaciones estaban siendo impresas, el vestido de novia colgaba como un fantasma blanco en el armario de Laura, los arreglos florales habían

sido seleccionados con el cuidado que se dedica a una obra de arte. ¿Cómo tomaría Laura esta noticia si se llegara a enterar? ¿Qué dirían su padre y Don Pedro? El poder tiene una cualidad peculiar: destroza más rápido de lo que construye, como un huracán que en minutos puede desarraigar árboles que tardaron décadas en crecer.

Las preguntas me asediaban como lobos hambrientos cuando Mirta entró a mi oficina con esa naturalidad que había desarrollado en el tiempo que llevaba conmigo. Su transformación había sido notable: ya no era la chica vulnerable que había conocido en aquel tugurio, sino una mujer segura que manejaba los intrincados protocolos burocráticos con destreza sorprendente.

—¿Qué pasó, Licenciado? Tienes cara de funeral.

Apenas la oí. Cuando me tocó el hombro con familiaridad cariñosa, di un respingo como si me hubieran disparado.

—¿Qué pasa, mi cuate? —Mirta seguía llamándome así cuando estábamos a solas, y me gustaba que lo hiciera—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, pequeña. Creo que nadie puede ayudarme.

—¿Pues quién se murió? ¡Cuéntame! ¿O ya no me tienes confianza?

Desde que Mirta se había incorporado a la Subsecretaría, había florecido entre nosotros una amistad sólida como la roca, construida sobre la base de la lealtad y el respeto mutuo. Ella conocía todo de mi: a Laura, con quien había simpatizado desde el primer encuentro; mi amistad con Luis, a quien respetaba indiscutiblemente; mi relación con Don Pedro, a quien ella "no tragaba" por razones que mantenía reservadas; y también sabía de la existencia de Martha. Su intuición era como un radar finamente calibrado que detectaba problemas antes de que se manifestaran completamente.

—A que la tal Martha aparece de nuevo en tu vida para joderte, ¿no es así?

—Qué cosas dices, pequeña... No, no es eso.

—¿No? Mira, mi cuate, ya aprendí a conocerte. ¡Claro que es esa Martha! Yo ni la conozco, pero es como un zopilote: si aparece, hay carroña. ¿Quieres confiar en mí?

Mi resistencia se quebró como una rama seca bajo el peso de la nieve. La necesidad de compartir aquella carga se había vuelto insoportable.

—Sí, Mirta, se trata de Martha. Me acaba de comunicar que está embarazada. No me ha amenazado directamente con hacer escándalo, pero sé que lo hará cuando le convenga... ¡Mirta, no sé qué hacer!

—¡Híjole, mi cuate! ¿Pues cuándo la preñaste? ¿No dices que se fue a París?

—Fue el día que fui a buscarte a tu casa. Cuando regresé, me estaba esperando... se me insinuó y no tuve la fuerza ni el valor para rechazarla.

Sucedió sin que yo quisiera, aunque quizás en el fondo lo deseaba. Nunca imaginé este riesgo. En todo el tiempo que tengo de relaciones con Laura no se ha embarazado...y Martha con la única vez lo está ¡Tengo miedo, Mirta, y ni siquiera sé de qué!

—¡Pinche bruja! —espetó Mirta, refiriéndose a Martha con un desprecio que destilaba pleno conocimiento sobre la naturaleza humana—. Lo planeó muy bien. Quería agarrarte... aunque, siempre puedes hacerte tonto y no decir nada... Por otra parte, ¿estás seguro de que ese hijo es tuyo?

La duda que Mirta plantó de manera tan simple, me ofreció una tabla de salvación en medio del naufragio. Con manos temblorosas tomé el teléfono y pedí una conferencia con el Embajador de México en París. No sabía qué le diría, pero necesitaba verificar si la historia de Martha tenía algún fundamento en la realidad. Me estaba aferrando a una tabla de salvación.

Cuando tuve a Quinto Espinoza en la línea, me identifiqué y le pedí un favor que requería la máxima discreción. Necesitaba saber si una persona que fue enviada como agregada cultural había presentado su constancia de no gravidez en su dossier diplomático. Le expliqué de quién se trataba, y le advertí la obvia delicadeza del asunto pidiéndole discreción total en sus pesquisas.

Extrañado pero solícito, Quinto prometió hacer las averiguaciones pertinentes y llamarme cuando tuviera información confiable. Su tono profesional me tranquilizó; sabía que manejaría el asunto con la seriedad que requería.

Colgué aferrándome a esa esperanza como un hombre se aferra a un madero en medio de una tempestad. Mirta me acarició la cabeza con gesto maternal y me dijo que tuviera fe. Que esa mujer no merecía ser la causa de mi tormento. Que pronto me casaría y eso debería ser mi única preocupación sentimental.

El día transcurrió como un suplicio interminable, cada minuto arrastrándose con la lentitud de una procesión fúnebre. Al caer la tarde, cuando me disponía a retirarme con el alma en vilo, Patricia me informó que tenía una llamada de larga distancia desde París. Le pedí que me la pasara y que no me interrumpiera.

—Mire, Licenciado —comenzó Quinto con voz metódica de funcionario experimentado—, encargué a una persona de toda mi confianza hacer las investigaciones que me solicitó y logró averiguar datos muy interesantes sobre la Licenciada Miranda.

Hizo una pausa que se sintió eterna.

—Al parecer pudo haber declarado falsamente en relación con su certificado de salud, ya que un médico llamado Omar Quiñones, fue quien firmó ese documento. Pero este médico está siendo investigado por

expedición de documentos fraudulentos allá en México. Pienso que bien pudiera haber falsificado también el certificado de la Lic. Miranda.

El mundo comenzó a girar a mi alrededor. Las piezas del rompecabezas se acomodaban con claridad devastadora.

—Además —continuó Quinto—, nuestro investigador logró averiguar, a través de fuentes médicas confidenciales, que la señorita Miranda está atendiéndose en la actualidad con un ginecólogo privado aquí en Francia desde hace un tiempo. Según los registros que pudimos consultar discretamente, está embarazada de un poco más de seis meses y no hay un padre registrado en su expediente médico.

La revelación cayó sobre mí como un rayo que ilumina el paisaje nocturno con cruel claridad. Me dijo Quinto que estaba embarazada de “un poco más de seis meses”...

—En resumen —concluyó Quinto—, la señorita Miranda pudo haber mentido sobre su situación personal, y aparentemente está utilizando información falsa para fines que desconozco pero que imagino no son legítimos. Agradezco que nos haya puesto al tanto pues tendremos que reportar la suspensión de sus actividades a la cancillería y avisar a la Licenciada que ya no trabaja con nosotros. Si no tiene otro asunto que tratar le deseo buenas noches.

Apenas pude agradecerle antes de que colgara. La verdad se alzaba ante mí con la magnificencia terrible de una montaña que emerge de la niebla: Martha Miranda me quería tomar por imbécil, pero había subestimado mi capacidad de investigación. Estando ya tal vez embarazada, se me había ofrecido para hacerme creer que yo era el padre de esa criatura...pero en esa noche yo pude apreciar que ella no había tenido relaciones antes...

La rabia me invadía y la duda me atenazaba como lava hirviente por haber cedido a sus insinuaciones, por haber representado el papel que ella había escrito para mí en su guión de chantaje. Me paseaba por mi oficina como un felino enjaulado cuando Mirta entró silenciosamente y se sentó a observarme con esa sabiduría tranquila que había desarrollado a través de experiencias difíciles.

—¡Puede que hayas tenido razón, pequeña! Martha me quiso ver la cara de pendejo. Tiene un poco “más de seis meses de embarazo” y solo hace seis que yo...

—Seis meses que te metiste con ella —completó Mirta con naturalidad—. Te lo dije, esa mujer quiere perjudicarte para su beneficio. Pero ahora que sabes la verdad, ¿qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé, Mirta. Quinto me dijo que la van a reportar y tal vez la suspenda.

Llamé a Luis a Ginebra y le conté todo lo sucedido, ya con la cabeza más fría y las ideas ordenadas. Me escuchó en silencio, con esa paciencia que

lo caracterizaba, y cuando terminé mi relato me dijo algo que no esperaba:

—Hermano, aunque merezca quedarse sin nada por embustera, eso haría que Martha tuviera que regresar a México y ahorita es lo que menos te conviene, pues una Martha desesperada es peor que una Martha tranquila. Querrá vengarse de alguien.

Reconocí la sensatez de su observación. Luis siempre había tenido esa capacidad de ver las consecuencias a largo plazo de cualquier decisión.

—Entonces, Luis, ¿qué me aconsejas?

—Mira hermano, tú no hagas ya nada por ahora. Deja que yo me encargue de todo desde aquí. Tengo algunos contactos en París que pueden manejar este asunto con discreción. ¿Dices que hablaste personalmente con Quinto?

Le contesté afirmativamente, y me insistió en que él se encargaría de todo. Después de colgar, me invadió la tranquilidad que da saber que hay alguien en quien confiar plenamente. Un amigo como Luis era un bien escaso en este mundo de intereses y traiciones.

Mirta había escuchado toda la conversación telefónica. Se levantó y dijo:

—Bueno, mi cuate, pues yo ya me voy. Ya vi que estás bien, así que me "pinto".

—Espera, Mirta. Te invito a cenar y luego te llevo a tu casa. ¿Qué dices?

—¡Claro, mi cuate! Recuerda que siempre estaré dispuesta para ti...

La miré sonreír y pensé que la lealtad, como la traición, viene de donde menos se espera. La distancia no siempre se mide en kilómetros. A veces, las personas más lejanas son las que tenemos al lado, y las más cercanas son aquellas que parecen venir de mundos diferentes.

Esa noche, mientras cenábamos en un pequeño restaurante de la colonia Roma, Mirta me hizo una pregunta que me quedó resonando durante mucho tiempo:

—Oye...¿tú crees que el poder cambia a las gente o solo saca de ellas lo que ya estaba dentro?

La pregunta me tomó desprevenido. Mirta tenía esa capacidad de ir directo al corazón de las cosas, sin rodeos ni diplomacias.

—No sé, pequeña. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque he visto cómo te has ido transformando desde que tienes poder. No digo que para mal, pero sí que eres diferente. Eres más seguro ciertamente, más decidido también... pero también más duro según he visto... Y me pregunto si el poder te está cambiando o si solo está sacando al hombre que siempre fuiste por dentro.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de una revelación. ¿Era cierto que había cambiado? ¿El poder me estaba transformando en alguien que no reconocía?

—Tal vez tengas razón, Mirta. Tal vez el poder sea como un espejo que nos muestra quiénes somos realmente, sin las máscaras que usamos en la vida cotidiana.

—O tal vez —respondió ella con una sonrisa triste— el poder sea como el alcohol: saca lo mejor y lo peor de nosotros, dependiendo de lo que llevemos adentro.

Esa noche, al despedirme de Mirta en la puerta de su casa, me di cuenta de que había encontrado algo más valioso que cualquier cargo político: una amistad auténtica, construida sobre la base de la honestidad y el respeto mutuo.

El problema con Martha aún no estaba resuelto, pero al menos ahora tenía las herramientas para enfrentarlo. La verdad, por dolorosa que fuera, siempre era mejor que la incertidumbre.

Mientras regresaba a mi departamento por las calles nocturnas de la ciudad, reflexioné sobre los eventos de las últimas semanas. El camino hacia la montaña del poder se había vuelto más complejo de lo que había imaginado, lleno de trampas y precipicios que no aparecían en ningún mapa.

Pero también había descubierto algo importante: no tenía que recorrer ese camino solo. Tenía a Luis, con su lealtad inquebrantable y su sabiduría política. Tenía a Laura, con su amor incondicional y su comprensión. Y ahora tenía a Mirta, con su honestidad brutal y su amistad sin condiciones.

El poder, comprendí esa noche, no se trataba solo de alcanzar posiciones elevadas o de manejar grandes presupuestos. Se trataba también de la capacidad de inspirar lealtad, de construir relaciones auténticas, de usar la influencia para hacer el bien.

Martha Miranda había cometido un error fundamental: había confundido el poder con la manipulación, la influencia con el chantaje. Pero el poder verdadero no se construye sobre el miedo o la mentira, sino sobre la confianza y la verdad.

Y la verdad, por fin, parecía estar de mi lado.

Las luces de la Ciudad de México parpadeaban como estrellas caídas, testigos silenciosos de otra lección aprendida en los pasillos del poder mexicano. El camino hacia la montaña continuaba, pero ahora tenía mejor visibilidad del terreno que pisaba.

Mañana sería otro día, con nuevos desafíos y nuevas oportunidades. Pero esta noche, al menos, podía dormir tranquilo sabiendo que había comenzado a desentrañar la verdad de la mentira, la lealtad de la traición. El precio de la verdad, reflexioné mientras entraba a mi casa, siempre es

alto, pero el precio de la mentira es mucho más alto, porque se paga no solo con dinero o posición, sino con el alma misma.

Pero mi alma, al menos por esta noche, seguía siendo mía.

CAPÍTULO 14

El Tablero del Poder

Pasó el tiempo y Don Agustín Salvatierra Venegas terminó su mandato cuando el México que gobernaba, era un enfermo que se negaba a reconocer la gravedad de su condición. Los síntomas eran evidentes para cualquier observador medianamente atento: los consorcios industriales extranjeros continuaban sangrando al país, llevándose sus ganancias convertidas en divisas como vampiros modernos que se alimentan de la sangre nacional. El campo yacía moribundo, cada vez menos productivo, abandonado por políticas que favorecían la importación sobre la producción interna.

La burocracia, hinchada como un cadáver en descomposición, devoraba proporciones obscenas del producto interno, mientras los créditos foráneos engordaban una deuda externa que ya era, proporcionalmente, una de las mayores del mundo.

El peso seguía perdiendo frente al dólar como un enfermo que pierde sangre gota a gota, y las lacras sociales pesaban como lápidas sobre los hombros del país. Las calles hervían con manifestaciones de trabajadores exigiendo salarios dignos, mientras la productividad nacional se hundía en una espiral descendente que parecía no tener fondo. Era este el oscuro panorama que le esperaba al Lic. Ocaña Lara, candidato del partido en el poder para suceder a Don Agustín y por extensión, era lo que nos esperaba a todos nosotros que formaríamos parte de su gobierno.

En este contexto de crisis permanente, la función que le esperaba a Don Pedro como Secretario de Gobernación era considerada por la prensa nacional e internacional como una señal de continuidad en el régimen. Ahora, varios meses después en la casa de Las Lomas analizábamos los cambios que había traído consigo.

Laura había terminado su carrera y a mí me habían nombrado Subsecretario de Gobernación a instancias de Don Pedro. Luis ocuparía un puesto importante en Relaciones Exteriores por lo que nuestra posición se había consolidado. Laura y yo habíamos fijado finalmente la fecha de nuestra boda.

En una conferencia de prensa que le solicitaron al Secretario de Gobernación decía al final de esta en forma que parecía casual:

—Habremos de poner todo nuestro empeño en no defraudar la confianza del señor Presidente y servir al país en estos tiempos de crisis. Saldremos adelante con la participación de todo mi equipo, pero también con la de

todos los mexicanos. Muy pronto conocerán algunos cambios que haremos en la dependencia a mi cargo. Buenas noches.

Fue en ese momento cuando, una joven reportera de lentes y micrófono, con la tenacidad de las hienas hambrientas que caracterizan a cierto tipo de periodismo. Se había abalanzado sobre un tema que pantanoso para nosotros:

—Señor Secretario, si me permite... Sabemos que uno de los Subsecretarios de Gobernación es prometido de su sobrina, que vemos aquí presente. ¿Su nombramiento obedece a su capacidad o solo es por beneficiar a alguien de la familia? Si es así, ¿No teme que esto pudiera interpretarse como nepotismo?

Mientras hacía la pregunta con fingida inocencia, la mujer había dirigido su mirada hacia donde estábamos. Mis músculos se tensaron involuntariamente. Laura me susurró entre dientes:

—Tranquilo, mi vida. Esa bruja es Mónica Lucía Horvich, conocida por su sensacionalismo. Deja que mi tío la maneje.

Don Pedro había mantenido intacta su sonrisa política, esa que se aprende después de años de enfrentar a periodistas hostiles. Su respuesta había sido magistral:

—Mire, señorita Horvich —respondió con voz pausada, pronunciando el apellido con suficiente énfasis para que todos captaran la indirecta—. El "prometido" de mi sobrina es un brillante licenciado en Ciencias Políticas egresado de nuestra máxima casa de estudios, a quien conocemos desde hace muchos años. Su vínculo afectivo con mi familia es posterior a su relación profesional con Don Agustín Salvatierra y con el licenciado Ocaña Lara, además de con mi familia obviamente. Su valiosa participación en la administración anterior y después en la campaña presidencial del señor presidente Ocaña, lo hacen merecedor de cualquier encargo que el Ejecutivo Federal considerase pertinente. Su militancia en el partido data de muchos años, y aunque comenzó en las juventudes mientras era estudiante, se está convirtiendo en un pilar firme que dará mucho de qué hablar. Me atrevo a hacer este vaticinio porque lo conozco...

—Pero, señor Secretario —había interrumpido la reportera con la terquedad propia del oficio—, tenemos entendido que apenas tiene treinta años. ¿No le parece una limitante esa corta edad?

—¿Por qué debería serlo? —replicó Don Pedro con una sonrisa más afilada—. Usted tendrá esa edad aproximadamente, o menos tal vez, y ya es una destacada reportera de uno de los medios más importantes del país. Y eso no ha sido impedimento. Además, el hecho de que Usted sea sobrina del Director de la cadena de telenoticieros más importante de México seguramente no ha sido lo que le abrió camino para estar ahora conversando conmigo. No querida amiga... la edad es accidental, no una cualidad que determine la capacidad. La experiencia es sinónimo de

tiempo, así que el argumento de la falta de experiencia...solo es cuestión de tiempo. ¿No cree Usted?

La estocada había sido perfecta. Mónica Lucía Horvich había palidecido al darse cuenta de que Don Pedro conocía perfectamente sus conexiones familiares y las había usado para desarmarla públicamente. Los demás reporteros observaban burlones la forma en que el Secretario había manejado la situación.

Los periodistas habían agradecido y se habían retirado. La reportera, sin dejar de mirarme, había murmurado algo al micrófono como quien administra veneno en pequeñas dosis. Laura había aprovechado para besarme discretamente en la mejilla ante las cámaras, como marcando territorio con la elegancia de una felina.

Con la sala finalmente vacía de periodistas, Don Pedro me había echado el brazo al hombro con gesto paternal.

—¿Qué te parece, hijo? Ya empiezas a dar de qué hablar. Eso es bueno en política.

—No sé, Don Pedro. Esa mujer parecía malintencionada.

—¡Por supuesto que lo era, muchacho! —había reído Don Pedro—. Pero lo importante es que hablen. Bien o mal, pero que hablen. En política, el único pecado imperdonable es la indiferencia.

Ahora, una semana después de aquel episodio televisivo, las consecuencias comenzaban a manifestarse. Patricia me había informado esa mañana que había recibido tres llamadas de periodistas solicitando entrevistas, dos invitaciones para participar en programas de análisis político, y una propuesta para escribir una columna semanal en un periódico de circulación nacional.

—Parece que se está cumpliendo la profecía de Don Pedro —le comenté a Mirta cuando me trajo el café matutino—. Ya estoy dando de qué hablar.

—Esperemos que sea para bien, mi cuate —respondió ella con esa sabiduría práctica que la caracterizaba—. Porque en este negocio, la fama puede ser una bendición o una maldición, dependiendo de cómo la manejes.

Mirta había evolucionado de manera sorprendente. Ya no era solo una empleada eficiente; se había convertido en mi confidente extraoficial, la persona que me mantenía conectado con la realidad más allá de los muros de la burocracia. Pensando en eso le pregunté:

—¿Sigues creyendo que yo he cambiado?

—Sí y no —respondió después de pensarlo un momento—. Sigues siendo el mismo hombre bueno que me sacó de la miseria y me dio una oportunidad. Pero también veo que cada día te pareces más a ellos, a los que mandan. Y eso no es necesariamente malo, pero sí es creo que puede ser peligroso.

—¿Peligroso en qué sentido?

—En el sentido de que cuando te acostumbras a mandar, olvidas cómo es obedecer. Y cuando olvidas cómo es obedecer, olvidas también cómo es sufrir. Y el día que se te olvide cómo es sufrir, ese día ya no serás el mismo hombre bueno que conocí.

En ese momento sonó el teléfono. Patricia me informó que Don Pedro quería verme urgentemente en su despacho. Me disculpé con Mirta y me dirigí hacia la oficina del Secretario de Gobernación.

—Siéntate hijo —me dijo—. Tenemos que hablar.

—¿Ha pasado algo Don Pedro?

—Ha pasado que tu nombre está sonando mucho últimamente. Y eso, en nuestro medio, puede ser bueno o malo, dependiendo de cómo se maneje.

—Entiendo, señor...pero ¿Qué podemos hacer entonces?

—Mira, muchacho, yo he visto pasar por aquí a muchos jóvenes prometedores. Algunos supieron manejar la exposición pública y llegaron lejos. Otros se quemaron por querer brillar demasiado pronto.

Se levantó y caminó hacia la ventana, con las manos cruzadas a la espalda.

—El Presidente me ha pedido que evalúe tu desempeño para un posible encargo. Y todo porque yo le he hablado muy bien de ti. Parece ser que te quiere como Asesor directo con él en Palacio de Gobierno.

La noticia me golpeó como un rayo. Un ascenso a asesor presidencial significaba dar un salto cuántico en mi carrera política, pero también implicaba cumplir con funciones y responsabilidades que no estaba seguro de estar preparado para asumir.

—¿Y yo qué tendría que hacer Don Pedro?

—En principio, el tener acceso directo al Presidente es un gran salto. Su función sería investigar y analizar información política del país, en especial del agro mexicano y preparar informes sobre el estado del ánimo público en las diferentes regiones.

—¿Algo así como un detective político?

Don Pedro sonrió por primera vez en la conversación.

—Algo así, pero con credencial oficial. El problema es que ese puesto tiene muchos enemigos. Gente que lleva años esperando esa oportunidad y que no verán con buenos ojos que se la den a alguien tan joven.

—¿Usted qué me aconseja?

—Que te esmeres y no hagas caso de las envidias. El poder es como una droga: una vez que lo pruebas, es difícil dejarlo, pues entre más alto subes, más dolorosa es caer.

Regresé a mi oficina con la mente revuelta. La oferta era tentadora, pero la duda resonaba en mi mente. ¿Estaba preparado para ese salto? ¿Valía la pena el riesgo?

Mirta me esperaba con una sonrisa traviesa.

—¿Buenas o malas noticias?

—No sé si son buenas o malas... Me han ofrecido un ascenso.

—¡Órale! ¿Y de qué?

—De asesor de la presidencia. Y tengo muchas dudas de querer...y poder hacerlo.

Esa tarde, Laura vino a visitarme a la oficina. Era algo inusual, pero había insistido en que tenía algo importante que decirme. La encontré esperándome en la sala de juntas privada, vestida con un traje azul marino que la hacía verse más madura, más seria de lo habitual.

—¿Qué pasa, amor? Te veo preocupada.

—Mi tío me ha estado platicando sobre la oferta que te hacen. Quería conocer tu opinión antes de que tomes la decisión.

—¿Tú qué piensas?

—Pienso que tienes mucho talento y que mereces llegar muy lejos. Pero también pienso que cada paso hacia arriba te aleja un poco más de mí, de nosotros, de la vida normal que podríamos tener.

Sus palabras me dolieron porque sabía que eran ciertas. La política era un juego que exigía sacrificios y las relaciones personales solían ser las primeras víctimas.

—Laura, tú sabes que te amo. Y sabes que nada va a cambiar eso.

—Sí, mi amor, lo sé. Pero también sé que el poder cambia sin que muchos se den cuenta. Y tengo miedo de que un día ya no seas el hombre del que me enamoré.

Esa noche me quedé despierto pensando en todas las conversaciones del día. Mirta tenía razón cuando decía que no debía olvidar de dónde venía. Alcalá tenía razón cuando advertía sobre los peligros de la exposición prematura. Laura tenía razón cuando temía que el poder me cambiara.

Pero también era cierto que tenía una oportunidad única de influir en las decisiones que afectaban a millones de mexicanos. ¿No sería egoísmo rechazar esa oportunidad por miedo a las consecuencias personales?

Al día siguiente me convocaron a la oficina de Don Pedro y lo encontré en su despacho rodeado de mapas y documentos que hablaban de la complejidad del país que ayudaba a gobernar.

—¡Hijo! Supongo que ya pensaste acerca de la propuesta de Mario.

—Sí, Don Pedro. Pero antes de aceptar quería hablar con usted.

—¿Tienes dudas para aceptar?

—Algunas.

—Es natural. Cuando yo tenía tu edad y me ofrecieron mi primer puesto importante, también tuve dudas. Pero ¿sabes qué me decidió? La comprensión de que los cambios importantes solo se pueden hacer desde las altas posiciones de poder.

—Pero también existe el riesgo de corromperse en el camino.

Don Pedro me miró con una expresión que no pude descifrar completamente.

—Hijo, la corrupción no es una consecuencia automática del poder. Es una elección que hace cada persona en todo momento. Tú puedes llegar a la cima y mantener tus principios intactos, si realmente tienes la voluntad para hacerlo.

—¿Usted cree que yo tengo esa voluntad?

—Creo que tienes algo más valioso que la voluntad: tienes personas que te quieren lo suficiente como para recordarte quién eres cuando se te empieza a olvidar.

Se refería a Laura, a Luis, incluso a Mirta. Y tenía razón. No estaba solo en esta montaña que escalaba. Tenía una red de seguridad hecha de afecto y lealtad que podía evitar que cayera demasiado lejos si perdía el equilibrio.

—Tiene Usted razón Don Pedro... aceptaré la oferta y que sea lo que Dios quiera.

—Me alegra escucharlo, hijo. Pero recuerda: el poder es como un río. Puedes usarlo para regar los campos o para inundar los pueblos. La elección siempre será tuya.

Salí del despacho de Don Pedro con una sensación extraña, mezcla de emoción y aprensión. Había tomado la decisión, pero el tiempo diría si había sido la correcta.

Esa tarde, cuando le conté a Mirta sobre mi decisión, ella sonrió con esa mezcla de orgullo y preocupación que había aprendido a reconocer.

—Espero que todo sea para bien, mi cuate.

—Yo también lo espero, pequeña. Yo también lo espero...y tú te irás conmigo.

El camino hacia la montaña del poder era más empinado, pero más corto. Ahora tenía que demostrar que podía subir sin perder el alma en el intento.

CAPÍTULO 15

El Espejo del Alma

La oficina de asesor presidencial era un universo diferente al que había conocido en la Subsecretaría. Ubicada en el tercer piso de Palacio Nacional, tenía ventanas que daban hacia el Zócalo, permitiéndome

observar el corazón palpitante de la nación desde una perspectiva que pocos habían tenido el privilegio de tener. Los muros estaban forrados de caoba, los muebles eran coloniales y en mi escritorio había un teléfono rojo que me conectaba directamente con el despacho presidencial.

En ese nuevo cargo, cada día traía consigo una nueva revelación sobre la complejidad del poder. Mi función era analizar el estado del ánimo público en las diferentes regiones del país y preparar informes que ayudaran al Presidente a tomar decisiones informadas. En la práctica, me había convertido en una especie de termómetro político, midiendo la temperatura social de una nación que parecía hervir constantemente al borde de la ebullición.

Los informes que llegaban a mi escritorio pintaban un cuadro desolador. Desde Chihuahua reportaban sequías que habían arruinado las cosechas de algodón. Desde Veracruz llegaban noticias de huelgas en las refinerías petroleras. Desde Oaxaca, protestas de maestros que llevaban tres meses sin recibir salario. Desde Guerrero y Morelos, enfrentamientos entre el ejército y grupos guerrilleros que operaban en la sierra. El mosaico nacional se descomponía pieza por pieza, y mi trabajo era encontrar patrones en el caos, explicaciones en la turbulencia.

Mirta se había vuelto mi asistente personal y manejaba mi agenda, filtraba mis llamadas y me mantenía conectado con esa realidad que los informes oficiales solían distorsionar con eufemismos burocráticos. Su presencia había causado algunos comentarios —una chica de su extracción social no era común ahí—, pero su eficiencia y lealtad inquebrantables habían silenciado poco a poco las voces críticas.

—Mi cuate —me dijo esa mañana mientras me servía el primer café de la mañana, un ritual que habíamos establecido desde el primer día—, ¿ya viste los periódicos?

—No he tenido tiempo. ¿Qué dicen?

—Puras pendejadas, como siempre. Pero hay algo que te va a interesar.

Me mostró la página editorial de El Universal. Un artículo firmado por Octavio Todd Avilés, uno de los columnistas más influyentes del país, llevaba por título: "Los Nuevos Rostros del Poder". En el segundo párrafo aparecía mi nombre, descrito como "uno de los jóvenes políticos más prometedores de la nueva generación, con acceso directo al Presidente y un futuro que parece no tener límites".

—¿Qué opinas? —le pregunté a Mirta.

—Que te están poniendo en el escaparate para que todos te vean. Y eso puede ser bueno o malo, dependiendo de quién te esté viendo.

Tenía razón. La exposición mediática era un arma de doble filo en el mundo político mexicano. Podía catapultar una carrera hacia las alturas, pero también podía convertirte en blanco de enemigos que preferían operar en las sombras.

El teléfono rojo sonó. De parte del Presidente: quería verme inmediatamente.

El despacho presidencial era una catedral del poder. Techos altos adornados con frescos que narraban la historia de México, muebles que habían sido testigos de decisiones que cambiaron el destino del país, y en el centro de todo, un escritorio de dimensiones épicas detrás del cual se sentaba Mario Ocaña Lara, el hombre que tenía en sus manos el destino de más de ochenta millones de mexicanos.

—Siéntese, joven —me dijo sin levantar la vista de unos documentos—. Tengo una misión especial para usted.

—A sus órdenes, señor Presidente.

—¿Ha oído hablar de Macario?

El nombre me heló la sangre. Claro que había oído hablar de él. Era el eterno enemigo de Don Pedro, el hombre que había ordenado los atentados contra el Secretario de Gobernación, el líder de la oposición radical que operaba desde las sombras.

—Sí, señor. Sé quién es.

—Pues bien, nuestros servicios de inteligencia han detectado que Macario está organizando algo grande. Una movilización masiva que podría desestabilizar al gobierno. Necesito que evalúe personalmente la situación. Quiero saber qué tan real es la amenaza y qué tan preparados estamos para enfrentarla.

—Por supuesto señor presidente. Partiré mañana mismo a Morelos

—Me parece bien. Hágase acompañar de quien Usted quiera para que lo ayude.

El Presidente finalmente levantó la vista y me miró directamente a los ojos.

—Joven, esta misión es más importante de lo que parece. El futuro político de Pedro Valdez puede depender de cómo manejemos esta situación. Y el futuro de Pedro Valdez es, en muchos sentidos, el futuro de México...Usted lo comprende bien.

Salí del despacho presidencial con una sensación de vértigo. No solo me habían encomendado una misión de inteligencia política; me habían puesto en el centro del conflicto entre Don Pedro y su némesis histórico.

Esa tarde, mientras preparaba el viaje con Mirta, Laura vino a visitarme a Palacio Nacional. Era la primera vez que pisaba mi nueva oficina, y pude ver en sus ojos una mezcla de orgullo y preocupación.

—Impresionante —dijo, contemplando las vistas del Zócalo—. Desde aquí se ve todo México, ¿verdad?

—A veces siento que veo demasiado, y me entran dudas de poder con el paquete.

Laura se acercó y me abrazó por la espalda.

—¿Por qué dices eso...en qué estás pensando?

—En que no hace mucho, yo era apenas un estudiante sin mayor preocupación que aprobar las materias. Y ahora tengo asuntos que podrían cambiar el rumbo del país.

—¿Sabes qué admiro de ti? Que sigues siendo capaz de dudar. Y te diré, que los hombres que han perdido esa capacidad son los más peligrosos en el poder.

—¿Tú crees que estoy haciendo lo correcto?

—Creo que estás haciendo lo que tienes que hacer. Y confío en que encontrarás la forma de hacerlo sin perder tu alma en el proceso.

Al día siguiente, Mirta y yo partimos hacia Cuernavaca en un viaje que una vez había hecho como un joven enamorado acompañado de Luis y ahora lo realizaba como un agente del poder federal investigando amenazas contra la estabilidad del régimen.

Llegamos a Cuernavaca al mediodía. La ciudad de la eterna primavera lucía definitivamente tranquila bajo el sol implacable. Nos registramos en el Hotel Marik con identidades oficiales pero discretas, y esa tarde comenzamos el trabajo de campo.

La estrategia era simple: yo vería a varios funcionarios estatales y municipales para obtener informes in situ, y Mirta se mezclaría discretamente con la gente común para pulsar la opinión pública. Su aspecto y su forma de hablar le permitían pasar desapercibida en sitios públicos de reunión donde la gente expresaba sus verdaderos sentimientos sin el filtro de la hipocresía política.

Yo pude averiguar que los informes oficiales pintaban un cuadro controlado. Según las fuentes locales, las actividades de Macario se limitaban a "reuniones de agricultores descontentos" que no pensaban que llegaría a representar amenaza real para la estabilidad. Según las autoridades del orden, tenían "perfectamente monitoreadas" todas las actividades subversivas en la región y según algunas autoridades municipales de donde se movía Macario, las cosas no eran tan malas.

Pero la realidad que Mirta descubrió en las calles era completamente diferente.

—Mi cuate —me dijo esa noche en nuestro hotel—, está cabrón el asunto. La gente está verdaderamente enojada. No es solo descontento político; es hambre real, desesperación real.

—¿Qué escuchaste exactamente?

—Macario tiene más apoyo del que reportan los datos oficiales. La gente lo ve como alguien que entiende sus problemas y por eso lo apoyan. Si están organizando algo grande para la próxima semana. Una marcha desde aquí hasta el Zócalo de México.

—¿Te dijeron más o menos cuánta gente podría ir en esa marcha?

—Un chingo...hablan de casi veinte mil personas. Tal vez más.

La cifra me heló la sangre. Una movilización de esa magnitud podía convertirse fácilmente en una crisis nacional si no se manejaba correctamente.

Al día siguiente decidí hacer algo que no estaba en mis instrucciones oficiales: Pensé en buscar un encuentro directo con Macario. Necesitaba escuchar de primera mano cuáles eran sus intenciones reales.

A través de contactos discretos que Mirta consiguió, logré concertar una reunión en una pequeña cantina en las afueras de Cuernavaca. Fui solo, contra las protestas de Mirta, quien insistía en acompañarme.

Cuando estuve frente a Macario, vi que era un hombre de unos cincuenta años, de complexión robusta y mirada inteligente. Tenía las manos callosas de quien había trabajado la tierra, pero hablaba con la elocuencia de alguien que había dedicado años a estudiar los problemas sociales de México.

—Así que usted es el famoso asesor presidencial —me dijo después de las presentaciones—. Es usted más joven de lo que esperaba.

—Y así que usted es el famoso líder radical que tanto preocupa al gobierno.

—¿Radical? —sonrió amargamente—. ¿A poco es radical querer que los campesinos tengan tierra para sembrar? ¿Exigir que los trabajadores reciban salarios dignos? ¿Pedir que el gobierno cumpla las promesas que hace cada seis años?

Durante las siguientes dos horas, Macario me expuso una visión de México que era muy diferente a la que yo había conocido en los pasillos del poder. Habló de campesinos que habían perdido sus tierras por deudas imposibles de pagar por los intereses. De obreros que trabajaban doce horas diarias por sueldos que no alcanzaban para alimentar a sus familias. De estudiantes que abandonaban la escuela porque sus padres no podían costear los gastos escolares y de manutención.

—Nosotros no somos enemigos del gobierno —me dijo finalmente—. Somos enemigos de la injusticia. Pero si el gobierno representa la injusticia, entonces sí nos convertimos automáticamente en enemigos del gobierno.

—¿Qué hay de la marcha que están organizando?

—Será totalmente pacífica. Queremos llegar al Zócalo, plantarnos frente a Palacio Nacional, y exigir que nos escuchen. No queremos nada más...pero nada menos.

—¿Y si el gobierno se niega a escucharlos?

—Entonces nos quedaremos ahí hasta que lo hagan. O hasta que nos corran a balazos, como han hecho antes.

Regresé al hotel con más preguntas que respuestas. Macario no era el radical demente que pintaban los informes oficiales. Era inteligente, articulado, con una causa legítima y un movimiento real detrás de él. Pero también era un hombre que representaba una amenaza directa al orden establecido que yo había jurado proteger.

Esa noche, mientras preparaba mi informe para el Presidente, me enfrenté a una disyuntiva moral que no había anticipado. ¿Debía reportar honestamente lo que había descubierto, sabiendo que podría llevar a una represión violenta contra manifestantes pacíficos? ¿O debía minimizar la amenaza, arriesgándome a que el gobierno fuera tomado por sorpresa?

—¿Qué vas a hacer con lo que averiguamos? —me preguntó Mirta, que había observado mi lucha interna durante todo el día.

—No lo sé mi niña, realmente no lo sé.

—Mira, mi cuate, yo no sé mucho de política, pero sí sé lo que está bien y lo que está mal. Y mentirle al Presidente sobre algo tan importante estaría mal, aunque las consecuencias de decir la verdad sean dolorosas.

—¿Y si mi informe lleva a que maten a gente inocente?

—¿Y si tu silencio lleva a que maten a más gente inocente?

Mirta tenía razón. Mi responsabilidad no era controlar las consecuencias de la verdad, sino asegurarme de que la verdad fuera conocida por quienes tenían que tomar las decisiones.

Escribí un informe completo y honesto. Mencione lo confiadas que estaban las autoridades locales. Documenté el nivel de descontento social en Morelos. Describí la capacidad organizativa de Macario y el apoyo que tenía de la población. Expliqué las motivaciones legítimas detrás de la protesta planeada. Pero también advertí sobre el potencial de violencia si la situación no se manejaba con sabiduría y moderación.

Al final del informe, incluí una recomendación personal: que el gobierno accediera a reunirse con los líderes de la protesta antes de que se realizara la marcha. Que se buscara una solución dialogada que atendiera las demandas legítimas sin comprometer la estabilidad institucional. Lo único que omití fue que me había encontrado personalmente con Macario...no creí necesario hacerlo.

Entregué el informe personalmente al Presidente al día siguiente. Ocaña Lara lo leyó en silencio mientras yo esperaba de pie frente a su escritorio. Cuando terminó, levantó la vista y me miró con una expresión que no pude descifrar.

—Es un buen informe, joven. Honesto, completo, bien documentado.

—Gracias, señor Presidente.

—Pero lo raro es que parece simpatizar con estos revoltosos, por cómo está escrito

—No simpatizo con ellos, señor. Pero tampoco puedo ignorar la legitimidad de sus demandas.

—La legitimidad es un lujo que no podemos permitirnos cuando está en juego la estabilidad del país. A veces hay que tomar decisiones difíciles por un bien mayor.

—¿Puedo preguntarle qué hará al respecto?

—Lo que tenga que hacer joven amigo. Usted ya cumplió con su deber al entregármelo. Ahora yo tengo que cumplir con el mío.

Salí del despacho presidencial con una sensación de vacío en el estómago. Había hecho lo correcto al decir la verdad, pero no podía evitar preguntarme cuáles serían las consecuencias de esa verdad.

Dos días después, los titulares de los medios decían: "Incursiona la policía y el ejército en Morelos en la búsqueda de los grupos guerrilleros". "En los enfrentamientos hubo tres muertos y quince heridos". "Macario fue arrestado por sedición".

Me quedé paralizado frente a los periódicos que Mirta había traído a mi oficina. Mi informe había servido para que el gobierno anticipara y aplastara la protesta antes de que pudiera llegar a la capital.

—No es tu culpa, mi cuate —me dijo Mirta, leyendo mis pensamientos—. Tú solo reportaste la verdad. Lo que hicieron con esa verdad ya no era responsabilidad tuya.

Pero yo sabía que las cosas no eran tan simples. En el mundo del poder, no existen las acciones sin consecuencias. Y las consecuencias de mi honestidad habían sido medidas en sangre derramada.

Esa tarde, Don Pedro vino a mi oficina. Era la primera vez que lo veía desde los eventos en Morelos, y pude notar en su rostro una satisfacción que me resultó perturbadora.

—Excelente trabajo, hijo. Gracias a tu informe pudimos neutralizar la amenaza antes de que se saliera de control.

—Don Pedro, murieron tres personas.

—Habrían muerto muchas más si hubiéramos permitido que esa turba llegara al Zócalo. A veces hay que sacrificar a unos pocos para salvar a muchos.

—¿Y Macario?

—Macario va a pasar el resto de su vida en prisión. Problema resuelto.

Lo miré con una mezcla de admiración y horror. Este era el hombre que había sido como un padre para mí, que me había abierto las puertas del poder, que había apostado por mi futuro. Pero también era el hombre que podía hablar de muertes y encarcelamientos como si fueran problemas administrativos menores.

—¿Algo más, hijo?

—No, Don Pedro. Nada más.

Cuando se fue, me quedé solo en mi oficina, contemplando el Zócalo a través de la ventana. Ahí abajo, en esa plaza que había sido testigo de tantos momentos decisivos en la historia, la vida continuaba con normalidad. Los turistas tomaban fotos, los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías, los niños corrían entre las palomas.

Pero yo sabía que algo había cambiado irrevocablemente en mi interior. Había cruzado una línea invisible que separa la inocencia de la experiencia, la teoría de la práctica, los ideales de la realidad.

El poder, comprendí finalmente, no era una herramienta neutral que podía usarse para el bien o para el mal según la voluntad de quien lo ejerciera. El poder tenía su propia lógica, sus propias demandas, sus propios imperativos. Y quienes entraban en su órbita tenían que adaptarse a esa lógica o ser destruidos por ella.

La pregunta que me quedaba por responder era si aún había espacio, dentro de esa lógica implacable, para conservar algún vestigio de humanidad. O si el precio de permanecer en el poder era entregar completamente el alma a cambio de la influencia.

Mirta entró con mi café de las cinco, como hacía todos los días. Pero esta vez se sentó frente a mi escritorio sin esperar invitación.

—¿Sabes qué es lo que más me preocupa de todo esto? —me dijo.

—¿Qué?

—Que ya no pareces sorprendido por lo que pasó. Como si hubieras esperado que terminara así.

Sus palabras hicieron eco en mi interior. Tenía razón. Una parte de mí había anticipado exactamente este desenlace desde el momento en que entregué mi informe. ¿Cuándo había aprendido a pensar de esa manera? ¿Cuándo había comenzado a aceptar que la violencia era una consecuencia inevitable de la política?

—Tal vez estoy aprendiendo a ser realista —le dije.

—O tal vez estás, simplemente aprendiendo a ser como ellos.

La acusación quedó suspendida en el aire entre nosotros. Por primera vez desde que nos conocíamos, Mirta me miraba con algo parecido a la decepción.

—¿Tú crees que ya he cambiado tanto?

—Creo que estás en un momento muy peligroso, mi cuate. Estás empezando a justificar cosas que antes te habrían parecido injustificables. Y eso puede ser el principio del fin para cualquier político que quiera conservar su alma. Por cierto —me dijo— ¿Ya viste la foto de Macario en el periódico? No tiene aspecto de ser tan malvado como dicen.

Abrí el periódico y la sorpresa llenó mi mente aunque no dije nada. ¡La foto que aparecía en el rotativo no era la del hombre con quien me había

entrevistado en Cuernavaca!... El hombre que tenían detenido, no era Macario. Eso significaba que Macario seguía libre y con sus sueños íntegros y sus intenciones fuertes. Había logrado engañar al gobierno...y yo decidí en ese momento que seguiría sin decir nada acerca de mi entrevista con Macario. Me callaría y observaría lo que iba a pasar.

Esa noche, en la soledad de mi casa, me enfrenté al espejo del baño y traté de reconocer al hombre que me devolvía la mirada. ¿Era el mismo joven idealista que había salido de la Facultad de Ciencias Políticas hace no mucho? ¿O era ya otra persona, moldeada por las exigencias despiadadas del poder?

La respuesta, lo sabía en el fondo de mi corazón, no era simple. Era ambos hombres a la vez: el idealista que aún soñaba con cambiar el mundo, y el político que había aprendido que cambiar el mundo requería hacer concesiones que el idealista nunca habría aceptado.

La pregunta que me quedaba por responder era cuál de los dos hombres sobreviviría al ascenso final hacia la cima de la montaña del poder. Y si el precio de llegar a la cumbre valía la pena, considerando lo que tendría que dejar atrás en el camino.

Afuera, la Ciudad de México se extendía como un océano de luces que parpadeaban en la oscuridad. Cada luz representaba una vida, una familia, una historia personal que se entrelazaba con la gran narrativa nacional de la que yo ahora formaba parte.

El camino hacia la montaña continuaba, pero ya no era el mismo hombre que había comenzado a escalarlo. Y esa, quizás, era la lección más importante que había aprendido: el poder no solo cambia las circunstancias de quien lo ejerce, sino que transforma la esencia misma de su ser.

Otra parte de mi historia llegaba a su fin, pero una más estaba a punto de comenzar. En ella, tendría que enfrentar la pregunta más difícil de todas: ¿era posible llegar a la cima del poder sin perder completamente el alma? ¿O el alma era simplemente el precio que todos los poderosos tenían que pagar por el privilegio de determinar el destino de los demás?

Solo el tiempo y las decisiones que estaba por tomar me darían la respuesta.

CAPÍTULO 16

El Resurgir de los Fantasma

A pesar de la represión que sufrió el movimiento de Macario, la marcha a la capital se efectuó como había sido anunciada, sorprendiendo a Don Pedro y al mismo Presidente. No pudieron evitar la organización, y la variante fue que la marcha se realizó en cientos de camiones repletos de manifestantes que abarrotaron el centro de la ciudad. Desde las 7 de la mañana habían comenzado a acceder por todas las direcciones a la

plancha del zócalo con pancartas, sin proferir un solo insulto ni consigna. Solo portaban leyendas que pedían justicia para los campesinos de Morelos y de todo el país, y la liberación de su líder.

Yo sabía que la persona en la cárcel no era Macario... a menos que con quien había hablado en Cuernavaca no fuera Macario y el verdadero estuviera preso. Me debatía en la duda porque la llegada de la gente de Macario a la capital sacudió la prensa como un terremoto inesperado. "La segunda toma de México", gritaban los titulares, comparando el acontecimiento con la entrada triunfal de los zapatistas durante la revolución. "Ahora el caudillo cautivo se llama Macario y no Emiliano, y el presidente es Ocaña Lara y no Carranza", escribían los columnistas con esa mezcla de fascinación y terror que solo despiertan los eventos que alteran el orden establecido.

Macario me parecía un revoltoso sediento de sangre, un hombre que solo buscaba acumular poder entre los agraristas para satisfacer una ambición personal disfrazada de justicia social. Sin embargo, el odio evidente entre él y Don Pedro me intrigaba cada vez más, como un enigma que se resistía a ser descifrado. Algo profundo y terrible debía existir entre ellos, algo que solo terminaría cuando uno de los dos cayera definitivamente.

Tras reflexionar largamente sobre Macario, se me había instalado la necesidad imperiosa de conocerlo bien, de saber cuáles eran sus verdaderos motivos. ¿Qué pretendía hacer realmente contra el gobierno de Ocaña Lara? ¿Cuándo había nacido ese odio feroz hacia Don Pedro Valdez? La figura de aquel hombre me atraía con más fuerza desde aquella noche en que Don Pedro había explotado ante mi simple mención de Martha, revelando fisuras en su armadura de político imperturbable.

Ya no podía pensar con la frialdad que se esperaba de un funcionario. El conflicto entre mis lealtades personales y mi curiosidad intelectual me carcomía por dentro. Recordé al profesor Vallepeña y su sabiduría serena, decidiendo buscarlo para confiarle mis dudas. Esperé a que terminara su clase en la UNM y lo abordé al salir del aula.

—¡Profesor Vallepeña! —le dije con el afecto sincero que siempre me había inspirado—. Me da mucho gusto verlo y poder saludarlo.

El anciano me reconoció al instante, y su rostro se iluminó con esa sonrisa que solo tienen los maestros cuando reencuentran a un discípulo apreciado.

—¡Mi querido amigo! El gusto es mío. ¿Cómo está usted? Para los viejos como yo, un día se parece al siguiente —respondió con una sonrisa cansada que no lograba ocultar la vivacidad de sus ojos—. He seguido su carrera política con interés... ¿Y nuestro amigo Luis Alcázar?

—Está muy bien, maestro... En realidad... —Me detuve, decidiendo ser franco—. No le mentiré. Mi visita no es casual. Necesito su consejo. ¿Puede dedicarme unos minutos?

El profesor me miró por encima de sus lentes bifocales, arqueando ligeramente las cejas con esa expresión de quien ha aprendido a leer entre líneas las preocupaciones humanas.

—Tengo tiempo libre ahora. Lo invito a mi casa para conversar tranquilamente. No queda lejos y podríamos ir caminando. El médico me ha ordenado ejercicio diario.

Caminamos hacia su domicilio en silencio, como si ambos entendiéramos instintivamente la gravedad de lo que vendría. Al llegar, nos acomodamos en la sala modesta pero acogedora, donde los libros se apilaban como centinelas silenciosos de décadas de conocimiento acumulado. Se quitó los lentes, se frotó los ojos con gesto cansado mientras me ofrecía café que rechacé cortésmente.

—Veamos, licenciado —dijo finalmente, con esa voz pausada que había educado a generaciones—. ¿Qué asunto requiere consejo de un viejo profesor cuando usted es asesor del Presidente de la República?

Su tono carecía de ironía; había en él un respeto genuino que me tranquilizó. Sin rodeos, le expuse los antecedentes del conflicto entre Macario y Valdez: los atentados frustrados, la tortura y muerte de los enviados, la amarga diatriba de Don Pedro contra un enemigo que parecía más fantasma que hombre real. Le detallé mis reflexiones y dudas, la forma en que aquella enemistad había comenzado a obsesionarme. Cuando terminé de hablar, continué:

—Profesor, me encuentro atrapado entre mis convicciones morales y mis lealtades políticas. Respeto y admiro al licenciado Valdez por su trayectoria y por los lazos que nos unen. También aprecio al presidente, a quien he llegado a conocer de cerca y considero un hombre fundamentalmente honesto. Pero Macario me despierta una curiosidad que me corroe, me hace dudar de nuestros métodos de gobierno hasta el punto de preguntarme si estamos equivocados en algo esencial. Quiero hacer carrera política, pero me avergüenzan ciertas prácticas. Deseo servir a mi pueblo, pero muchas de sus actitudes dificultan cualquier intento de desarrollo genuino. Mi juventud me impide ver con claridad, pero el sentido común me dice que ambas partes pueden tener razón desde su perspectiva. Debe existir una fórmula que equilibre la acción del pueblo con su gobierno para mejorar el nivel de vida y lograr una distribución más justa de los recursos. Tal vez le parezca ingenuo, pero necesito su opinión.

El profesor me había escuchado sin interrumpir, con esa paciencia infinita que caracteriza a los verdaderos educadores. Ahora meditaba con las puntas de los dedos unidas a la altura de su barbilla, como si consultara mentalmente la biblioteca de su experiencia. Levantó ligeramente las cejas y comenzó a hablar con esa cadencia que convertía cada palabra en una lección:

—Mire, muchacho, su visión es idealista, pero no deja de ser razonable. Este país nuestro ha pasado por momentos históricos que explican perfectamente su condición actual. Antes de la conquista, diversos grupos indígenas fueron asimilados por el más fuerte y mejor organizado. Ese pueblo mexica nunca estuvo preparado para resistir al conquistador europeo. En ambos casos, la asimilación fue sangrienta y transformó para siempre los valores del pueblo azteca. Los indígenas fueron sometidos, sus creencias violadas durante tanto tiempo que, después de sufrir el infame debate sobre si debían ser considerados "seres humanos" o si tenían "alma", siguieron siendo esclavizados cuando les concedieron la "gracia" de considerarlos hombres, aunque de clase inferior.

El profesor hizo una pausa deliberada, como si quisiera que yo absorbiera cada palabra antes de continuar con su análisis histórico.

—¡Trescientos años sufrió México la bota española! Después, algunos criollos y mestizos —nunca un indígena puro— decidieron que ya podían independizarse de España. Casi por accidente se rompió el vínculo colonial y México fue declarado "libre". Pasamos por imperios y repúblicas, gobiernos extranjeros y dictaduras militares. En el seno de un franco mestizaje —nuevamente sin participación indígena real— creció la inconformidad contra un gobierno opresor que disfrazaba con paz social la explotación sistemática de quienes extraían del campo el sustento para ellos y para los señores feudales que querían perpetuar el medioevo político en México. El hambre, la injusticia y la miseria inspiraron a los precursores de nuestra Revolución para desterrar ese falso "orden" y construir una república donde el pueblo eligiera a sus gobernantes... y pudiera quitarlos también.

Vallepeña hizo otra pausa, esta vez más larga, mientras encendía su pipa con movimientos rituales que parecían formar parte del proceso mismo de sus reflexiones.

—¡Cuánta sangre se derramó! ¡Cuánto oportunismo surgió de esa tragedia! Después de más de una década, según la historia oficial, la Revolución armada terminó, dejando como herencia una Constitución "definitiva". Pero esa Revolución no ha terminado y está lejos de finalizar. Ahora no se manejan armas, sino dialéctica, por una oposición semiorganizada que pretende garantizar una verdadera democracia. Tenemos un sistema de gobierno con más de medio siglo que, sin necesidad de fuerza militar, mantiene el poder sin ofrecer alternativas reales. Unos cuantos nombran y millones "aceptamos" esa nominación. El pueblo tiene otras supuestas opciones, pero prefiere no arriesgarse a salir de "Guatemala" para entrar en "Guatepeor". Es un pueblo que juega a lo seguro, aunque cada vez cuesta más trabajo "convencerlo" de votar por el partido que surgió al final del movimiento armado de 1910. Los opositores aún no son suficientemente fuertes para hacer tambalear esa estructura que ya sabe perfectamente qué conceder y qué limitar.

El profesor llenó su pipa mientras hablaba, creando una atmósfera contemplativa que parecía transportarnos a una época donde el tiempo se medía por la profundidad de las reflexiones y no por la velocidad de las decisiones.

—Este gobierno sabe que proporcionando educación controlada mantendrá la supremacía del conocimiento. Reconoce que una conciencia política genuina es "peligrosa" para su estabilidad. No ignora que la eterna promesa de repartir tierras es fundamental para mantener la confianza del campesinado en un país principalmente agrícola, aunque sean "hectáreas de hule" que son repartidas más de una vez. Mantiene una actitud proteccionista hacia obreros y burócratas para asegurar la planta productiva, una alta rotación de empleos y el servilismo del aparato gubernamental...

Encendió su pipa y prosiguió con esa sabiduría que solo dan los años de observación paciente:

—Culpar al gobierno por querer mantener su supremacía partidista es necio... pero culpar a ciertos sectores por desear un cambio es aún más necio. ¿Qué hacer entonces para lograr desarrollo sin perturbar la paz social? La respuesta no es una simple receta, sino un plan donde se conjuguen características casi imposibles. Los gobernantes tendrían que ser honestos, responsables y trabajadores... y los gobernados también. Esto es una utopía. Muerto Tomás Moro, fracasado el sueño de Bolívar y olvidadas las intenciones de Martí, solo queda iniciar una campaña titánica donde los líderes cumplan un antiguo paradigma: obrar bien, hablar fuerte y exponer el cuello a la muerte. Tal vez necesitemos una nueva "Revolución", pero tan moderna que no derrame tanta sangre, y tan eficaz que impida que sus caudillos permitan que nuevos oportunistas se apoderen del poder...

Dio una larga chupada a su pipa antes de continuar, y el humo se elevó en espirales que parecían llevar consigo el peso de sus palabras:

—Mario Ocaña Lara es producto puro de una idiosincrasia nacional que busca mantener intactas las instituciones que perpetúan el sistema. No desea grandes cambios, aunque tiene la inocente intención de hacer pequeñas modificaciones que representen su modesta contribución a un desarrollo mediocre. No es culpable: no pidió estar al frente del gobierno; cumple disciplinadamente una misión histórica para que siga funcionando la maquinaria partidista. Pedro Daniel Valdez, en cambio, quiere el poder para dar al pueblo, a su manera, el desarrollo que él cree necesario, no el que la gente realmente necesita. Es ambicioso y rencoroso; no se detendrá ante nada para lograr sus objetivos personales. Sin embargo, es inteligente y desea conceder beneficios al pueblo, aunque lo vea como un señor feudal ve a sus siervos: debe protegerlos porque son quienes le dan fuerza y poder. Quería ser gobernador de su estado... y lo consiguió. Se alió con los poderosos, y de ese grupo surge quien le ofrece ser Secretario de Gobernación —puesto que también ambicionaba— y ya lo tiene. No

dude que pretenda sentarse en la silla presidencial cuando sean los tiempos de sucesión... y probablemente lo logre... si se lo permiten. Y finalmente, Macario...

Calló unos momentos, observando pensativamente el humo de su pipa que se elevaba en espirales hacia el techo.

—Macario solo quiere un cambio. Juraría que ni siquiera sabe cuál, pero desea cualquiera que mejore las condiciones de su gente. Es un idealista que lo arriesga todo por su pueblo. ¿Le interesa conocer el origen real de su conflicto con Valdez?

Después de escuchar toda la historia de Macario y Don Pedro que el profesor me relató, mi comprensión del conflicto cambió completamente. Lo que había visto como una lucha entre el orden y el caos, ahora lo entendía como un conflicto entre dos visiones irreconciliables de la justicia.

La pregunta que me quedaba por responder era cuál de los dos hombres sobreviviría al ascenso final hacia la cima de la montaña del poder. Y si el precio de llegar a la cumbre valía la pena, considerando lo que tendría que dejar atrás en el camino.

Lo que no sabía entonces era que tanto Macario como Don Pedro habían subestimado un factor crucial: la capacidad de organización y resistencia de los pueblos que ambos creían poder dirigir o manipular según sus propios fines. Los pueblos indígenas tenían sus propias formas de lucha, desarrolladas durante siglos, que ni los políticos corruptos ni los líderes bien intencionados comprendían completamente.

El verdadero poder, comenzaba a entender, no residía en los despachos gubernamentales ni en los líderes carismáticos, sino en la capacidad de los pueblos para organizarse y resistir cuando todas las demás opciones se habían agotado.

CAPÍTULO 17

La Cátedra de un Experto

Las reflexiones que surgieron de mi conversación con el profesor Vallepeña me acompañarían durante días. Su análisis sobre los tres hombres —Ocaña Lara, Don Pedro y Macario— me había dado una perspectiva histórica que antes no tenía, pero también había despertado nuevas preguntas sobre el papel que las comunidades indígenas habían jugado en todos estos conflictos.

El profesor sabía perfectamente que estaba pendiente de cada palabra, que había venido precisamente para escuchar lo que estaba a punto de revelarme.

—Macario González fue hijo de un respetado agrarista que luchó con Zapata y que, al morir a mediados de los años cuarenta, dejó a su viuda y ocho hijos —siendo Macario el menor— una pequeña parcela cerca de

Zacatepec. Cuando se promulgó la Ley Agraria, la parcela quedó incluida en el Ejido de Las Cruces, otorgándose derecho de usufructo al hijo mayor. En aquella época, aunque la violencia había disminuido considerablemente, los enfrentamientos seguían siendo frecuentes, y poco a poco los hermanos de Macario fueron muriendo, ya fuera en combates esporádicos o por enfermedades que la pobreza convertía en mortales.

La habitación se había llenado del aroma dulzón del tabaco, y la voz del profesor parecía emerger de las profundidades del tiempo.

—A finales de los años cincuenta, Macario ya tenía el usufructo completo de la parcela. Se había casado con una muchacha del pueblo y tenía cinco hijos. Ninguno de sus tres hermanos varones había formado un hogar estable; dejaron hijos que no reconocieron legalmente, por lo que la tenencia de la tierra pasó íntegramente a Macario. Era respetado por todos los ejidatarios por su honradez inquebrantable y dedicación incansable, y pronto fue nombrado Presidente del Comisariado Ejidal de Las Cruces.

El profesor hizo una pausa, como si necesitara prepararse para lo que vendría a continuación.

—Hacia mediados de los años sesenta, el joven político Pedro Valdez había ganado las elecciones como diputado por el distrito V de Morelos. Su familia era rica, propietaria de un rancho de más de quinientas hectáreas que colindaba directamente con el ejido y, precisamente, con la parcela de Macario. El contraste era abismal: Macario, con cinco hectáreas, producía un volumen de caña cien veces menor al de los trabajadores de Valdez.

Se inclinó hacia mí, como si fuera a revelarme un secreto guardado durante décadas.

—Macario respetaba escrupulosamente la propiedad privada, pero hacía proselitismo entre sus compañeros ejidatarios para exigir reparto de tierras a los peones, jornaleros y temporaleros que subsistían con salarios miserables durante la zafra. Algunos, enardecidos por sus palabras elocuentes, organizaron comisiones que hacían plantones ante el gobernador Emilio Riva Palacio Morales.

—Estas protestas comenzaron a afectar seriamente los intereses de Valdez quien, al enterarse de que Macario era el líder intelectual y suponiendo que era el autor directo de sus problemas laborales, desvió maliciosamente el cauce del arroyo que nacía en sus tierras y pasaba por Las Cruces, dejando sin agua la parcela de Macario.

La atmósfera se cargó de tensión. El profesor continuó:

—Cuando Macario se enteró del despojo, fue personalmente a suplicarle que quitara el dique. Valdez ni siquiera lo recibió; le mandó decir a través de un capataz que su condición para restablecer el agua era que calmara definitivamente a sus compañeros. Al recibir la respuesta digna de Macario de que no tenía nada que ver con las demandas laborales —que

eran justas y espontáneas—, Valdez lo despidió de manera humillante, negándose rotundamente a quitar el dique y argumentando con cinismo que en su tierra podía hacer lo que se le antojara.

El profesor pausó para rellenar su pipa.

—Macario regresó a Las Cruces y contó lo sucedido a su gente, prometiendo hablar con el gobernador para buscar una solución legal. Lo peor fue que un compadre suyo, sin consultarle y movido por la indignación, reunió a unos cuantos compañeros y por la noche fueron a la propiedad de Valdez y dinamitaron el dique para que el agua volviera a correr por su cauce original.

El profesor hizo una pausa dramática.

—Si para Macario fue una sorpresa terrible enterarse de lo ocurrido, para Valdez fue una declaración de guerra total. Lo demandó por allanamiento, daños y perjuicios, y acción criminal con intento de asesinato, alegando falsamente que había apostado vigilantes y uno resultó herido. No le costó trabajo "comprar" a un peón que se había caído del caballo para que declarara que sus lesiones fueron causadas por la explosión. Detuvieron a Macario, le incautaron su parcela como garantía procesal, y con él en prisión, su familia sufrió terriblemente. Uno de sus hijos murió de difteria por falta de atención médica, ya que el doctor más cercano se negó a atenderlo, alegando falta de recursos económicos.

El rostro del profesor se ensombreció al continuar:

—Ese médico desapareció misteriosamente después y dicen que abrió una pequeña clínica en Jalisco con el dinero que Valdez le pagó para que no atendiera al hijo de Macario. Nunca se supo si realmente fue cierto, pero las coincidencias eran demasiadas para ser casuales. Desde la cárcel, Macario juró solemnemente que mataría a Pedro Valdez cuando saliera. Estuvo ocho años en el penal de Cuautla y, al salir a mediados de los años setenta, descubrió que su mundo había sido completamente destruido: su esposa se había ido con su compadre a Puebla, su hija mayor había encontrado trabajo en Zacatepec y sus otros tres hijos trabajaban en condiciones infrahumanas en el Ingenio de La Purísima. El rencor se había acumulado en el pecho de Macario durante todos esos años, mientras observaba desde su celda cómo Valdez pasaba de diputado local a presidente municipal de Cuernavaca, luego a Diputado Federal, luego otra vez a Alcalde, luego a senador por Morelos, y finalmente a candidato a gobernador del estado. Una vida en ascenso meteórico y otra en ruinas absolutas.

El profesor se levantó y caminó hacia la ventana, contemplando la tarde que se desvanecía:

—Pero Macario se recuperó con una determinación férrea y organizó lo que pronto se llamó "la guerrilla de la selva", un puñado de peones que, sin nada que perder, lo siguieron en su venganza contra Valdez y toda la élite política que representaba corrupción e injusticia sistemática. Esa

guerrilla ha causado innumerables problemas a Valdez durante todos estos años.

—Aunque han enviado tropas del ejército para eliminarla, no lo han conseguido; al contrario, ha crecido tanto que varios pueblos de la región protegen y apoyan secretamente a los seguidores de Macario González... quien ahora envía sus avanzadas "limpias" —grupos que no pueden ser acusados legalmente de nada— para continuar su guerra particular contra Valdez. ¿Qué quiere Macario? Además de vengarse de Valdez, lograr que su gente mejore sustancialmente su nivel de vida. ¿Qué quiere Valdez? Además de deshacerse de Macario definitivamente, continuar su camino inexorable hacia la Presidencia de la República.

El profesor guardó silencio, permitiendo que el peso de su revelación se asentara en mi conciencia. Su exposición había sido como una película donde uno podía distinguir claramente a todos los personajes y situaciones. ¿Se podía culpar realmente a don Pedro por la desgracia inicial de Macario? ¿Se podía culpar a Macario por desear la destrucción del hombre que había arruinado su vida? Me correspondía a mí decidirlo, pero ahora tenía todos los elementos del rompecabezas.

El profesor me observaba pacientemente mientras yo procesaba mentalmente todo lo que acababa de escuchar.

—Sus intenciones son buenas —dijo finalmente—. Sus dudas están justificadas por la complejidad de la situación. ¡Ojalá su juicio sea acertado! Y más aún, ¡ojalá el futuro le conceda la madurez política necesaria para ser honesto en sus funciones y, sobre todo... justo! Lo único que puedo decirle con certeza es que, para que este país progrese realmente, necesita ser bien administrado por alguien que obre bien, hable fuerte y no tema exponer el cuello a la muerte...

—Profesor, usted conoce físicamente a Macario —le pregunté pensando en la diferencia que yo vi del hombre que conocí en Cuernavaca y el que salió en los periódicos.

—Lo conocí hace muchos años —dijo sin mucha emoción—. ¿Por qué lo pregunta, muchacho?

Le dije mis dudas de que fueran la misma persona y le mostré el periódico para preguntarle si "ese Macario" era en realidad el Macario que él conocía.

—No lo es —me dijo con sencillez—. Ese hombre es una especie de "doble" que usa Macario para despistar a sus enemigos.

Lo dicho por el profesor explicaba muchas cosas. El gobierno había capturado al doble de Macario y éste andaba suelto y seguramente planeando más acciones para su causa. Le agradecí al profesor su cátedra sobre el tema y me levanté para irme.

El profesor me acompañó hasta la puerta y al despedirme, añadió una reflexión final:

—Joven, recuerde algo importante: tanto Macario como Valdez cometen el mismo error fundamental. Ambos creen que pueden dirigir o controlar a los pueblos según sus propias visiones. Macario piensa que puede liderar una revolución campesina, Valdez cree que puede manipular movimientos indígenas para sus fines políticos. Pero los pueblos de México — especialmente las comunidades indígenas— tienen sus propias formas de resistencia y organización, desarrolladas durante siglos. Cualquier líder que ignore esta realidad está destinado al fracaso... o a convertirse en algo que nunca quiso ser.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras caminaba de regreso por las calles nocturnas de la Ciudad de México. El profesor había agregado una dimensión que no había considerado: que quizás tanto el héroe como el villano de esta historia subestimaban la verdadera fuerza que yacía en los pueblos mismos.

Mientras salía de aquella casa modesta, comprendí con una claridad dolorosa que la historia de Macario y Valdez era, en esencia, la historia misma de México: un eterno ciclo de opresión, resistencia y venganza que solo podría romperse con justicia verdadera y no con la simulación de justicia que habíamos aprendido a aceptar como normal. Pero también entendí algo más: que la verdadera solución podría no venir de líderes individuales, sino de la capacidad de los pueblos para organizarse y actuar por sí mismos.

La pregunta que me atormentaba era si yo tendría el valor moral para formar parte de ese cambio necesario, y más importante aún: si estaría dispuesto a aprender de los pueblos en lugar de pretender dirigirlos.

Regresé a la realidad con la sensación de quien ha sido lavado por dentro, purificado por una verdad que duele pero libera. Agradecí sinceramente al profesor por aquella lección magistral que no venía en ningún libro oficial, ningún manual de ciencia política.

Aquella tarde no pude concentrarme en el trabajo administrativo. Mi mente buscaba obsesivamente no solo "la fórmula" para cambiar el país, sino la humildad necesaria para reconocer que esa fórmula podría ya existir en las comunidades que habían resistido durante siglos, y que mi papel podría ser aprender de ellas en lugar de pretender enseñarles.

CAPÍTULO 18

El Gran Plan Revelado

Comenté con Luis la posibilidad de estudiar en el extranjero y, para mi sorpresa, me dijo que lo agradecía profundamente pero prefería esperar a una mejor oportunidad. Sin embargo, le parecía excelente que yo aprovechara esta ocasión única. Laura se mostró entusiasmada hasta el punto del éxtasis y hasta comentó que podría perfeccionar un inglés británico en Oxford. Cuando le expliqué que aún no sabía dónde me

conseguirían la beca, ni siquiera me prestó atención, completamente emocionada por la idea romántica de vivir en Inglaterra como una auténtica lady.

Tres semanas después me enteré de que la beca había sido conseguida gracias a la influyente amistad de Hernández Jauregui con el decano de la Universidad de Cambridge. Acudí personalmente a agradecer al Secretario su valiosa intervención, y él me recibió con esa cordialidad calculada que caracteriza a los funcionarios que saben exactamente el peso político de cada favor que conceden.

Se hicieron todos los preparativos con eficiencia militar: Laura y yo partiríamos a Inglaterra y viviríamos en una pintoresca casita campestre alquilada por cuenta del gobierno a través del Embajador de México en Londres. Yo aparecería oficialmente en la nómina de la Embajada como asesor del Licenciado Mata Lestrade, y Laura como agregada cultural. Me molestaba profundamente el evidente nepotismo de todo el arreglo, pero callé. Pedí como favor especial que Mirta nos acompañara como dama de compañía de Laura. Aceptaron sin el menor obstáculo y, más aún, Mirta cobraría generosamente como agente de relaciones públicas de la Embajada. Todo a la sombra protectora de la "gran familia revolucionaria". Me callé mis reticencias y acepté todo lo que don Pedro disponía, por razones que ni yo mismo entendía en ese entonces.

El decano de Cambridge Irwin Atkins me recibió con esa frialdad flemática característica de los británicos, pero me brindó todas las facilidades necesarias para incorporarme a los cursos formales en cuanto dominara suficientemente el idioma.

Mi estancia en Inglaterra estuvo pletórica de hechos que darían a mi vida futura un giro radical, tanto en lo familiar como en todos los demás aspectos de mi existencia.

En lo doméstico, a pesar de los intentos reiterados, Laura no lograba embarazarse a pesar de haber consultado a los mejores especialistas en reproducción humana de Londres. El diagnóstico fue brutalmente simple: esterilidad primaria. Al principio Laura tomó las noticias con aparente calma, pero con el tiempo su carácter naturalmente afable se fue transformando de manera preocupante. Se volvió progresivamente irascible e intranquila. Acudió a la Embajada unos tres meses para cumplir supuestamente con su "trabajo" y luego dejó de ir completamente, argumentando que se sentía mal.

Era común y desgarrador verla paseando por la casa con vestidos de maternidad, tejiendo compulsivamente pequeñas prendas de estambre. Yo seguía amándola realmente y prefería recordarla como la muchacha alegre y espontánea que conocí en la carretera México-Cuernavaca.

Después del primer año, comenzó a aficionarse peligrosamente al alcohol. Al regresar de la Universidad, frecuentemente la encontraba cantando canciones de cuna con voz alterada por el whisky, o dormida en el sofá

con una muñeca que había comprado obsesivamente. Con artimañas y mucha paciencia logré que aceptara hablar con un psiquiatra recomendado por un compañero de maestría, pero el tratamiento resultó completamente inútil. Laura caía inexorablemente en un síndrome de dependencia etílica, inducido por una psicosis maniaco-depresiva que se agravaba día a día.

Ante la triste situación hablé con honestidad absoluta con su padre sobre la gravedad del caso. El Dr.Valdéz nos visitó una larga temporada en Londres y al ser testigo de la situación quedó profundamente desolado, pero todavía creyó que las cosas mejorarían con el tiempo.

No fue así. Laura era sumamente persistente y me buscaba incesantemente para que la preñara, convirtiéndose nuestro matrimonio en algo muy dramático, ya que los intentos llegaron a ser prácticamente diarios. Hacia el final de mi graduación, era claramente una alcohólica funcional, y casi sin darme cuenta dolorosamente, mis sentimientos amorosos se habían transformado gradualmente en una mezcla de lástima y desesperación. Había llegado a Inglaterra con una esposa ilusionada y llena de vida, y estaba por irme con una mujer profundamente frustrada, obsesiva, y cada vez más dominada por el alcohol.

Mirta había mostrado una sorprendente capacidad de aprendizaje que me maravillaba constantemente. Su inglés llegó a ser impecablemente británico apenas un año después de nuestra llegada, a tal grado que apenas se notaba su acento extranjero. Había asistido disciplinadamente a clases de actuación y ya había participado con notable éxito en un papel secundario en una obra menor en Londres. A pesar de sus actividades nunca dejó de "cuidar" devotamente de Laura y de mí.

Ella llevaba totalmente la administración doméstica y se había vuelto absolutamente indispensable para mí. Era un remanso de paz y sensatez en medio de aquella situación cada vez más penosa. Mirta había emergido de un pantano social tan limpia que resplandecía ante mis ojos como una joya pulida por la adversidad.

Martha Miranda continuaba en el servicio diplomático al otro lado del Canal de la Mancha, y según las referencias que me daban de su trabajo, ella era cada vez más valiosa para el Embajador Quinto. La habían ascendido meritocráticamente a Cónsul de México en Marsella, donde combinaba eficientemente su trabajo profesional con el cuidado del pequeño Jean Claude.

Estando tan cerca geográficamente, me sorprendió con su visita en una ocasión acompañada por su hijo. Me dijo que iba para que yo conociera a "nuestro hijo". El pequeño era francamente encantador y yo prefería no buscarle parecido físico conmigo, aunque ella insistía con convicción plena que tenía exactamente mis ojos.

Martha jamás me exigió ni reclamó absolutamente nada. Se limitó a hablarme profesionalmente de su gestión en Marsella. Le correspondí

contándole mis avances académicos y lo difícil que resultaba adaptar mi mentalidad mexicana a la vida inglesa.

Cuando llegó la tarde de ese día y anunciaron el ferry que la regresaría a Francia, cargó tiernamente al pequeño Jean Claude para que yo le diera un beso paternal. Cuando me miró de cerca ese niño con sus ojos increíblemente expresivos, me preguntó con la inocencia que solo tienen los niños, si yo era su papá. Después de la sorpresa y sin pensarlo mucho le dije que sí y le sonreí acariciando su cabeza de precioso color castaño claro. Martha se despidió con un beso y, tras desearme suerte, subió al ferry y agitó la mano desde la baranda hasta perderse en la bruma del Canal.

Martha seguía provocándome reacciones profundamente contradictorias. No pensé mucho en ella hasta después de aquella emotiva visita, cuando me sorprendía llamándola mensualmente con el pretexto de preguntar por Jean Claude. Ella siempre me decía que estaba muy bien, creciendo saludablemente y preguntando por su papá. Esto me conmovía inexplicablemente y le pedía que diera besos al niño de mi parte.

En México, por lo que me contaba detalladamente Luis en sus cartas, la economía iba en franco descenso, provocando un descontento social creciente en casi todos los sectores productivos. Al parecer, Ocaña Lara proyectaba cada vez más la imagen de un presidente timorato manejado por intereses estadounidenses y por la política subterránea de Pedro Valdez, quien continuaba implacablemente su guerra personal con Macario —a quien no había podido eliminar a pesar de todos sus esfuerzos. Según Luis, lejos de disminuir, la fuerza de Macario crecía peligrosamente, al punto de que se sospechaba que preparaba un movimiento armado con subsidio triangulado de alguna potencia extranjera del bloque socialista.

Luis me decía en sus cartas que era bueno que yo estuviera lejos, pero que tarde o temprano enfrentaría un problema aparentemente insoluble al regresar. La deuda externa del país era ya una de las más cuantiosas, en términos relativos, de todo el mundo. En general, tal era el panorama desalentador de mi país. Macario González y otros caudillos populares ganaban adeptos constantemente, intensificando las incursiones guerrilleras y desestabilizando regiones enteras.

Me preocupaba profundamente lo que Luis me contaba. Habían pasado un poco más de dos años y ya casi terminaba mis estudios de posgrado en Administración Pública, pero yo me sentía casi como al principio: inútil, incompetente e incapaz de concebir esa "fórmula mágica" para ayudar a sacar a la nación del marasmo. Me decepcionaba la gestión de Ocaña Lara y me seguía pareciendo éticamente equivocada la rencorosa actitud de don Pedro.

Indudablemente, había aprendido que establecer un modelo que lograra un equilibrio satisfactorio para un país —tanto para su pueblo como para sus empresarios— era extraordinariamente difícil.

El protocolo de graduación de Cambridge, como en todas las universidades antiguas de Inglaterra, estaba lleno de rituales solemnes. A la ceremonia asistieron Luis Alcázar acompañado sorpresivamente de Martha Miranda y el pequeño Jean Claude que ya tenía 6 años. También estaba Mirta, tan fresca y elegante que difícilmente se podría imaginar que esa hermosa joven había sido "fichera" de un cabaret apenas cinco años antes. Laura no pudo asistir por estar demasiado ebria para aparecer en público. Su padre tuvo que quedarse acompañándola en el hotel, disculpándose anticipadamente con una tristeza que partía el alma.

Cuando todo terminó, Mata Lestrade me comunicó que se había preparado una sencilla recepción en la Embajada, donde también se nos despediría formalmente a Mirta, a Laura y a mí.

El destino, ese oscuro tejedor de todas las tramas humanas, me esperaba para revelarme sus próximas jugadas mortales. Ni los libros de Cambridge ni la experiencia acumulada me habían preparado para lo que estaba por venir.

Regresamos a México en un vuelo que se me antojó interminable. Laura vomitó repetidamente durante el trayecto, y su padre tuvo que sedarla finalmente. Al llegar, la internamos inmediatamente en una clínica especializada donde los mejores psiquiatras confirmaron lo que ya sabíamos: esquizofrenia progresiva con tendencias autodestructivas.

Una semana después de nuestro regreso, mientras yo intentaba reintegrarme a la rutina política mexicana, don Pedro me citó urgentemente a su despacho. Su rostro mostraba una gravedad que no había visto antes.

—Siéntate, hijo —me dijo sin preliminares—. Tenemos que hablar de cosas muy serias.

Tomé asiento frente a él, notando que sus manos temblaban ligeramente mientras encendía un habano.

—Las cosas están del carajo —comenzó sin rodeos—. Ya nadie cree en nada. Cada vez hay más hambre, menos trabajo, más devaluaciones. A la economía se la está llevando el diablo... La reata está muy tensa y, como veo las cosas, puede reventarse en uno o dos sexenios. No hay más remedio que actuar drásticamente.

Guardó silencio por unos momentos, luego giró hacia mí con expresión grave:

—Tú tienes ideales guardados por ahí en las entrañas que en el fondo son buenos para la gente, aunque a veces exagerados según yo. Considera lo beneficioso que sería para este país y su futuro histórico conseguir las ambiciones más preciadas de un pueblo: Libertad, Justicia... y Democracia.

Claro, en un ambiente de tensión moderada y sacrificio necesario pero inteligentemente dirigido hacia "alguien", aunque sea desafortunado. Piensa que a la esperanza seguiría el tesón de un pueblo que cree que todo ha de lloverle del cielo.

Lo escuchaba atentamente, sintiendo una náusea creciente en la boca del estómago. Me controlé y continué escuchando.

—Estuve platicando con "quienes" estamos metidos en esto —continuó—, y aunque me costó trabajo, los convencí de que tú eras el hombre de confianza que necesitamos para la "gran misión"...

Dejó un momento de suspenso en el aire y, con semblante aún más grave, prosiguió:

—Estamos en algo muy grande, muchacho. Más grande que lo que jamás hubieras imaginado. Hablo del verdadero poder. Aquel que solo compite con otro similar... Para obtenerlo, es necesario prepararlo todo para asumirlo. Es indispensable no olvidar nada, para que el resultado sea el apetecido. ¡Imagínate! Un México con verdadera "democracia" —hizo la seña con los dedos de ambas manos para entrecomillar el término— y por añadidura con Libertad y Justicia... Y la pregunta es: ¿Cómo convencer al pueblo de que las cosas serán diferentes? ¿Cómo demostrar que todo es real, aunque la "verdad" subyacente sea otra?

Calló nuevamente unos segundos y continuó con voz tajante:

—¡El destino de México está por escribirse con mi plan!

Su expresión parecía tan honrada e histriónica al mismo tiempo que me resultó profundamente siniestra cuando sentenció:

—Es necesaria una segunda revolución que, con un costo social relativamente bajo, sea lo suficientemente convincente para que el pueblo la crea auténtica. Todo ya está preparándose meticulosamente. Tendremos cinco años para lograrlo. Los mismos que yo pasaré en la Presidencia de la República cuando releve a Mario dentro de tres meses. Tú debes "pelearte" públicamente con él y renunciar espectacularmente muy pronto y entonces te irás una temporada a otro país, y cuando el escándalo haya pasado, regresas con otra identidad completamente nueva. Junto con gente de tu entera confianza y mismas convicciones, penetrarás en la selva y montaña chiapanecas para ganarte a la gente indígena y comenzar a alborotarlos suavemente. Todo se hará con gran discreción para que la operación no se vea entorpecida por intromisiones indeseadas. Después comenzarás a pertrecharlos con armas que yo te proporcionaré oportunamente. Les sacarás de la cabeza y el corazón el orgullo de sus razas, y les dirás que deben exigir tierra y esas cosas. Luego los entrenarás militarmente y los convencerás de pedir cambios sustanciales en el cuarto año de mi mandato.

Mi mente comenzaba a rebelarse contra lo que estaba escuchando. Era un plan monstruoso, pero don Pedro continuaba con la pasión de un visionario:

—Todas esas modificaciones estructurales incluirán la Constitución, con énfasis en lo electoral... Incluso podrán pedir mi "cabeza" para darle más dramatismo. Tomarán algunos municipios y tendrán enfrentamientos controlados con el ejército. Morirán algunos, pero créeme que no muchos. Después de las negociaciones teatrales, haremos el armisticio, cumpliremos las demandas que nos convengan y autorizaremos una reforma profunda que haga que todos los partidos... incluyendo el nuestro, tengan una imagen negativa. Pero como desde ahora vamos a reencauzar el rumbo de un modesto partido de oposición, inyectándole recursos y bríos, esa será la única opción reivindicadora cuando la credibilidad en las demás sea tan escasa que toda posibilidad se centre en una institución política pujante y creciente, "fundadamente preocupada" por los asuntos indígenas.

Don Pedro comenzó a sonreír con una satisfacción que me heló la sangre:

—Cuando se efectúen las elecciones y triunfe nuestro candidato, éste sufrirá un "accidente", será necesario cancelar el proceso junto con las garantías individuales, y no quedará más remedio que yo continúe en el poder mientras se modifica la Constitución y se reinicia el proceso. Después de firmar la paz, comenzará otro medio siglo de permanencia en el máximo poder, aunque con otro estilo. Así continuará mi poder transexenalmente, siendo yo el Presidente que aceptó otra histórica revolución y concedió al pueblo todas sus demandas con franco espíritu de servicio. El pueblo terminará "adorándome" y tú como comandante de esa insurrección de mentiras, podras llegar a donde querramos.

Mientras yo intentaba digerir algo que sacudía toda mi estructura interior, don Pedro continuó explicando los detalles más macabros de su plan. ¡Quería construir una falsa revolución y perpetuarse en el poder! ¡Planeaba asesinar a un candidato electo y manipular la Constitución! ¡Don Pedro había perdido completamente la razón!

Los planes que don Pedro planteaba parecían provenir de un ser totalmente desequilibrado, enfermo del quinto jinete del Apocalipsis: ¡El poder!

Lo que escuchaba me parecía monstruoso, pero quise conocer todos los detalles para entender completamente la magnitud de su demencia, así que dejé que continuara revelándome su visión del futuro de México.

El destino de mi país, comprendí con horror, estaba en manos de un loco. Pedro Valdéz Urrástegui, con toda seguridad futuro presidente constitucional de la república mexicana, se había vuelto loco de remate.

CAPÍTULO 19

La Renuncia y el Exilio

Al exponerme su "obra maestra" Don Pedro daba por sentado que yo estaba dispuesto a participar en aquel latrocinio político, y creo que nunca lo dudó. Suponía que me parecería aceptable porque, al final, se lograría un país con gente honesta, responsable y trabajadora, en un supuesto Estado libre, con Justicia y Democracia. El cinismo de su razonamiento era tan perfecto que resultaba aterrador.

Yo estaba profundamente aturdido y francamente asustado, al punto que apenas había pronunciado media docena de monosílabos ante toda la macabra verborrea de don Pedro. Me citó para el día siguiente para definir los términos específicos del "pleito" con el Presidente y se levantó para despedirme con esa sonrisa paternal que ahora me parecía la mueca de un demonio.

Salí como un autómatas de las oficinas de Gobernación. Mi primer impulso fue buscar urgentemente a Luis. Lo encontré en su oficina revisando documentos que parecían tan intrascendentes comparados con la bomba que acababa de explotar en mi conciencia.

Cuando lo puse al tanto de todo, Luis me miraba con una incredulidad que gradualmente se transformó en horror. Se levantó de su escritorio como un resorte, caminó lentamente por la oficina como un animal enjaulado y luego se sentó pesadamente en un sofá.

—Mira, hermano —dijo finalmente con voz ronca—, las cosas parecen demasiado truculentas para ser verdad... pero si lo fueran, ¿te has preguntado qué chingados estamos haciendo aquí?

Era una lógica simple pero aplastante: ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Cómo habíamos llegado a convertirnos en piezas de un ajedrez tan monstruoso?

Deliberamos durante horas que se me antojaron eternas. Después de un largo silencio tenso, Luis mencionó que tenía algo pendiente que atender, pero que nos veríamos en mi casa en unas horas. Me recomendó que mientras "descansaba", reflexionara más con el corazón que con el cerebro, porque las decisiones que tomáramos en las próximas horas determinarían no solo nuestro destino, sino posiblemente el de millones de mexicanos.

Estaba en esas cavilaciones cuando Mirta llegó a mi casa con una expresión de inmensa tristeza. Me anunció que Laura estaba muy grave y que la habían llevado a la unidad de cuidados intensivos sin poder aclarar qué fue lo que le ocurrió. Me dijo que su padre ya estaba con ella y que ya le habían avisado también a Don Pedro. De inmediato llamé al Dr. Valdéz para preguntar qué había pasado y me dijo con voz cortada por el llanto que fuera de inmediato porque en ese momento la estaban tratando de sacar de un paro.

Me fui de inmediato donde la tenían y al llegar ya estaban ahí los dos hermanos Valdéz aguardando en la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos. Al verme llegar se levantaron casi al mismo tiempo y me abrazaron solidariamente diciéndome que estaban pendientes de las noticias del Dr.Carsi para saber cómo estaba Laura.

Les pregunté que había pasado y solo pudieron decirme que al parecer Laura había sufrido un síncope al intentar ir al sanitario y que la encontraron tirada en el suelo de su habitación sin sentido. Me dijeron que la habían levantado y llevado de inmediato a la UCI para atenderla, que llamaron a su padre y que a mí no habían podido contactarme.

Todo me parecía transcurrir en cámara lenta y veía todo como en un mal sueño. No atinaba a razonar sobre lo que estaba ocurriendo y solo tenía en mi pensamiento que no había estado presente para mi esposa desde que regresamos de Europa y sentí una gran culpabilidad por ese motivo.

Al cabo de algunos minutos que se me hicieron eternos, el Dr.Carsi salió de la UCI y con voz llena de desazón nos dijo que habían hecho todo lo posible, pero que Laura acababa de fallecer víctima de un paro cardíaco que resultó irreversible. Nos dijo que pensaba que había sido provocado por su mismo estado de excitación extrema y por la ingesta de todo un frasco de pastillas de litio que había tomado de algún cuarto vecino pues ella no tenía prescrito ese medicamento. Que lamentablemente cuando la levantaron del piso en su habitación ya había pasado mucho tiempo y que aunque trataron de lavarle el estómago el efecto nocivo ya estaba hecho y fue imposible evitar su deceso. Que lamentaba lo ocurrido y nos daba el sincero pésame.

Yo lo escuchaba sin atinar a pensar en otra cosa que no fuera mi culpa por haberla abandonado prácticamente todos estos días y solo pude sentir un desagarrador dolor dentro de mi pecho y sentir que todo se oscurecía a mi alrededor y lo último que escuché fue a alguien decir:

—¡Deténganlo que se está cay...—y no supe más de mí—

Cuando recuperé el conocimiento me estaban aplicando oxígeno y me tenían acostado en una camilla de una sala de urgencias. Como pude me quité la mascarilla y me levanté gritando que necesitaba ver a Laura...

Me llevaron donde estaba tendida aún en la UCI y pude ver a alguien que nunca conocí. Una Laura pálida y de aspecto tétrico que me causó un llanto estentóreo que no pude contener. La abracé y permanecí ahí por no sé cuánto tiempo.

En algún momento el Dr.Valdéz fue a levantarme de su lado y llorando también me dijo que me agradecía toda la felicidad que le dí mientras pude. Supe que él ya temía que algo así pudiera ocurrir ya que por los antecedentes familiares era una eventualidad sumamente probable y hasta entonces me confesó que la madre de Laura también se había suicidado víctima de la esquizofrenia que padecía y que le heredó a su hija.

El camino de la montaña me había quitado a mi esposa...y tal vez minado mi alma más de lo que hubiera imaginado.

El proceso de cremación de Laura y la disposición de sus cenizas junto con las de mi madre y hermana en la iglesia transcurrieron para mí estando como un autómata. No me acuerdo si comía o bebía. Solo me acuerdo que Mirta no se separó ni un solo momento de mi lado y fue ella quien me llevó a mi casa para arroparme como solía hacerlo en Europa.

Cuando me desperté dos días después de la cremación me sentí desfallecido y con una tristeza más allá de la descripción con palabras. El dolor de perder a una esposa joven y bella es una herida que va más allá de la simple tristeza; es un vacío abismal y desgarrador que consumía cada aspecto de mi existencia. Sentía un tormento donde la alegría y la luz se habían extinguido, reemplazadas por una oscuridad que parecía no tener fin. Cada recuerdo, cada objeto y cada rincón de la vida cotidiana se convertía en una punzada constante, un eco doloroso de lo que fue y ya no será.

La injusticia de la pérdida prematura deja una rabia sorda y un remordimiento punzante, mientras el corazón se debate entre la negación de la tragedia y la aceptación de una realidad tan cruel que se siente insoportable. Este dolor que sentía no era solo por la ausencia de un ser amado, sino la muerte de un futuro compartido, un eco de risas y promesas rotas que resonaba en mis adentros en un silencio que dolía...dolía mucho.

Una noche, después de una semana de sentirme un espectro en vida, Mirta entró a mi habitación y me acunó en su regazo diciéndome dulces palabras con la intención de reconfortarme. Me dejé arrullar un rato y luego me levanté para beber una, dos, tres copas...y luego dejé de contarlas. Estaba ya muy borracho cuando Mirta me quitó la botella y me dijo que ya era suficiente, que ya no tomara porque me haría daño.

La ví tan solícita, tan bella, tan cercana que no me aguanté y la empecé a desnudar sin que ella tratara de evitarlo. Al contrario, solo atinó a decirme que lo hiciera, que la tomara, que siempre estaría para mí cuando más la necesitara...y que en ese momento ella sabía que "la necesitaba"... no sé que pasó realmente, pues yo recuerdo tan solo su expresión de abandono y sus palabras:

—¡Aquí está tu Mirta mi cuate...sabía que esto algún día iba a pasar—

Al día siguiente desperté y estaba solo en la cama. Todo estaba en orden. Mi ropa, mis zapatos, mi cuarto, mi casa...Lo único que no estaba era ella. Mirta se había ido y me había dejado una nota:

"Siempre fui tuya. Pero no podría seguir a tu lado porque corro el riesgo de enamorarme más de ti y tú tienes una misión que cumplir, de la cual yo no puedo ser parte porque no está en mi destino" "Nunca olvides a Laura, nunca me olvides a mí, nunca olvides ese destino...México te necesita más que yo".

Dejé de ir a la oficina, dejé de hacer muchas cosas, dejé de contestar el teléfono, dejé de vivir. Me sentía solo sin Laura, sin Mirta, sin mi vida como la había conocido. Solo quería lavar la sensación de suciedad moral que me cubría como una segunda piel, y comencé a elaborar una historia paralela a la que don Pedro me había relatado para su plan pero con resultados diametralmente opuestos.

Le daba vueltas y más vueltas en mi mente, y gradualmente tomaba forma un plan quizás igualmente maquiavélico, pero que cambiaría todo radicalmente, convirtiendo la conspiración de don Pedro en el instrumento de su propia destrucción.

El tiempo se me escapó entre esos pensamientos tortuosos, y Luis regresó puntualmente a mi vida cuando más lo necesité. Llegó a mi casa un día acompañado por un hombre con sombrero que llevaba la cabeza gacha, a quien no reconocí inmediatamente. Cuando se descubrió y levantó el rostro, me di cuenta con una sorpresa que me paralizó de que era Macario González. El verdadero Macario con el que había conversado en una cantina de Cuernavaca.

—Perdona que no te avisé que vendría...y que lo haría acompañado —dijo Luis sin preámbulos—, pero pensé que este hombre podría ayudarnos a perfeccionar un plan que contrarreste las intenciones asesinas de don Pedro, quien creo que ha enloquecido completamente. Luego de los tristes acontecimientos de los cuales no hablaré porque te entiendo perfectamente, creí que ya sería tiempo de rescatarte de la desgracia y recordarte que tenemos un compromiso con México. Por eso localicé, no sin gran trabajo a Macario para que nos ayude a llevar a cabo nuestro plan.

La presencia del enemigo jurado de don Pedro en mi sala era tan surreal que por un momento pensé que estaba soñando. Pero la mirada inteligente y serena de Macario me convenció rápidamente de que aquello era terriblemente real.

—Señor licenciado —me dijo Macario con esa voz pausada que recordaba de la cantina—, lamento lo sucedido a su esposa, pero pasando a otra cosa Luis me ha contado lo esencial del plan que le expuso Valdez. No me sorprende. Hemos estado esperando algo así durante años. Valdez es un hombre capaz de cualquier cosa para mantener el poder. Luis sonrió y me dijo que se dio a la tarea de localizar a Macario para invitarlo, "en mi nombre" a platicar sobre un plan que debe contrarrestar al de Don Pedro para evitar que el país se derrumbe.

Durante los siguientes días, los tres elaboramos un contraplan que era tan audaz como peligroso. Si don Pedro quería una revolución falsa, nosotros le daríamos una verdadera. Si quería utilizar a los indígenas como carne de cañón para sus ambiciones, nosotros los convertiríamos en el instrumento de la justicia real. El plan requeriría tal vez años de

preparación cuidadosa, sacrificios enormes, y muy probablemente nuestras propias vidas.

En el último día cuando ya casi teníamos el plan completo, no dormimos en toda la noche. Cuando amaneció yo creí estar ya preparado para encontrarme con don Pedro, el plan ya estaba completamente decidido. Actuaríamos exactamente como él esperaba, pero con objetivos completamente opuestos. Seríamos el caballo de Troya de su propia conspiración.

Con la tranquilidad que otorga saber que se actuará correctamente, decidí también dejar sepultadas en lo más profundo de mi corazón todas mis tristezas, y solo enfrentarme al temor que implica trabajar clandestinamente contra el hombre más poderoso del país.

Fui a verlo y una vez que me vió y dijo alegrarse de que estuviera ya recuperado, lo escuché detallar los términos de mi ruptura con el Presidente.

—Debes mostrar públicamente tu desacuerdo total con el Presidente en cualquier asunto, el que sea, y renunciar aparatosamente, incluso ante mi "personal insistencia" para que no lo hagas —explicó don Pedro con la meticulosidad de un director de teatro—. Después tendrás que "desaparecer" para entrenarte en otro país, y al año siguiente volver discretamente para trabajar con los indígenas. Tu partida está preparada y podrás llevarte a quienes quieras de tu "absoluta" confianza. ¿Tienes alguna pregunta o algo que decir?

Hice acopio de valor y acepté todo, le dije que Luis me acompañaría en el exilio.

—Sabía que lo pedirías... Ya está todo arreglado para ustedes dos. Tendrán todo el dinero necesario para su trabajo y para armar parcialmente a esos desarraigados a través del Obispo de San Cristóbal Álvarez Samaniego, quien conoce nuestros planes y con quien no tendrán problemas para reunirse, pues ya tiene instrucciones precisas.

Detallamos minuciosamente todo el teatro que tendríamos que representar. El primer paso era la renuncia pública espectacular. Yo debía proponer la incautación inmediata de tierras a ganaderos y latifundistas para entregarlas a los campesinos mediante modificaciones radicales al artículo 27 constitucional. Don Pedro, ya como presidente de la república se opondría, pero yo indignado por la traición a los ideales revolucionarios, renunciaría dramáticamente.

La representación comenzó tres días después en una sesión del gabinete que don Pedro había orquestado cuidadosamente. Yo presenté mi propuesta de reforma agraria con una vehemencia que no tuve que fingir, porque realmente creía en la justicia de redistribuir la tierra. El Presidente se opuso con argumentos que sonaban ensayados, hablando de la necesidad de proteger la productividad y los compromisos internacionales del país.

—Señor Presidente —le dije levantándome dramáticamente de mi asiento —, con todo respeto, si este gobierno no está dispuesto a cumplir las promesas básicas de la Revolución Mexicana, entonces yo no puedo seguir formando parte de él.

—Cálmese Máster — me dijo públicamente Don Pedro con fingida preocupación—. Estoy seguro de que podemos encontrar una fórmula intermedia que satisfaga a todos.

—No es así —repliqué con una pasión que era completamente genuina—. Ya no hay fórmulas intermedias. O estamos con el pueblo o estamos con los opresores. Yo presento mi renuncia irrevocable al cargo de Asesor de la presidencia.

El silencio que siguió en la sala del gabinete fue sepulcral. Varios secretarios intercambiaron miradas nerviosas. Don Pedro se levantó con gesto preocupado y trató de disuadirme, pero yo mantuve mi posición con una firmeza que impresionó incluso a quienes sabían que era teatro.

La noticia de mi renuncia llegó a los medios esa misma tarde. Los reporteros se abalanzaron sobre la historia como buitres sobre carroña fresca. Mónica Horvich logró la primera entrevista exclusiva.

—Señor Licenciado —me dijo frente a las cámaras en una improvisada sala de prensa—, hemos oído verdaderamente consternados su anuncio de dimisión al cargo, y aún más, nos ha estremecido que sea por un desacuerdo reconocido por usted con el Presidente, quien no admite su planteamiento de devolver el agro a los campesinos, reformando el artículo 27. ¿Cree usted que esto tiene otra salida política?

Me erguí lo más dignamente que pude y, con expresión grave que no tuve que fingir, respondí:

—No, señorita. No existe otra salida. Mi renuncia es irrevocable.

—Pero... ¿no puede usted darnos más detalles al respecto?

—Lamento no estar en condiciones de abundar en más detalles. Le agradezco el foro y le deseo buenos días.

Me levanté de aquella sala improvisada y salí dignamente, consciente de que acababa de representar el primer acto de una obra que determinaría el futuro de México.

Todo estaba hecho. Luis y yo nos desligábamos oficialmente del Gobierno y la política nacionales, pasando a la oscura e intrascendente fila de los ciudadanos comunes y corrientes. Al menos en apariencia. Ahora había que irse al exilio y prepararse para la verdadera guerra.

Tres semanas después, estábamos en un avión rumbo a Colombia donde las guerrillas son activas, y donde recibiríamos entrenamiento por parte de un grupo paramilitar y revolucionario. Durante el vuelo, contemplé por la ventanilla las luces de México que se alejaban, preguntándome si volvería a verlas y, si lo hacía, en qué condiciones regresaría.

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto? —me preguntó Luis mientras el avión cortaba la noche.

—Ya no importa si es correcto o incorrecto —le respondí—. Es lo único que podemos hacer para impedir que ese loco destruya al país.

El entrenamiento en el extranjero fue brutal pero necesario. Pasamos más de tres años aprendiendo tácticas de guerrilla, manejo de explosivos, organización clandestina, y sobre todo, cómo ganarse la confianza de poblaciones oprimidas. Cada día que pasaba, mi resolución se fortalecía. Don Pedro había cometido un error fatal: había subestimado mi capacidad de indignación moral.

Regresamos a México con documentos falsos y una misión que cumplir. Nos dirigimos directamente a Chiapas, donde nos haríamos pasar por antropólogos estudiando las culturas indígenas y dónde nos deberíamos encontrar con Macario para llevar a cabo el contraplan. Era la cobertura perfecta para el trabajo real que teníamos que hacer.

No encontramos a Macario y supimos después que había tenido que huir por las persecuciones de Don Pedro, y que en una de ellas había desaparecido y nadie sabía de él. Nos dijeron que temían que hubiese muerto en realidad esa ocasión.

Lamentamos esa posibilidad y continuamos nuestra aventura. La primera vez que llegamos a una comunidad tzotzil en las montañas de Chiapas, comprendí la magnitud de la injusticia que había imperado durante siglos. Niños con el vientre hinchado por la desnutrición, ancianos que parecían de cien años pero tenían cincuenta, mujeres que enterraban a la mitad de sus hijos antes de que cumplieran cinco años.

—¡Arre, mula! —gritaba nuestro guía mientras la caravana de bestias de carga se abría paso por senderos que parecían tallados en la roca viva.

Gritos como estos acompañaban nuestra "caravana" de bestias con dirección a la montaña chiapaneca. Nuestro objetivo oficial era la convivencia prolongada con los indígenas para ganarnos su confianza. Nuestro argumento público: ser antropólogos en fase de estudios de tesis doctoral. Nuestra misión real: preparar una revolución auténtica que devolviera la dignidad a los pueblos originarios y transformara México para siempre.

Había sido difícil el viaje a un país extranjero y dura la "capacitación" como entrenador militar de guerrillas. Había sido también difícil la adaptación a un régimen completamente distinto al de toda mi vida privilegiada. Luis estaba conmigo y también sufría la transición, tal vez aún más que yo porque había sido criado en mayores comodidades.

Habíamos regresado a México por la frontera sur, con documentos falsos que nos acreditaban como investigadores de la Universidad Nacional. Residimos un mes en San Cristóbal de las Casas, donde nos entrevistamos cautelosamente con Monseñor Álvarez Samaniego, obispo de la diócesis,

quien según don Pedro era amigo de los indios y nuestro contacto en ese lugar.

Lo que descubrimos en esa primera entrevista cambió completamente nuestros planes. El obispo resultó ser un hombre que parecía verdaderamente comprometido con la justicia social. Cuando platicamos con él nos dijo:

—Jóvenes —nos dijo en la intimidad de su estudio—, ya estaba esperando que llegara alguien como ustedes. Alguien dispuesto a arriesgar todo por la justicia verdadera, no por la simulación de justicia que nos ofrecen desde la capital. Yo dudaba si era parte del plan de Don Pedro como se suponía, o si de verdad creía lo que nos decía, pero callé para seguir con el supuesto plan original. Me guardé de abrirme de capa para darle a conocer el verdadero plan nuestro.

Nos había prestado toda la ayuda requerida y ahora nos encontrábamos camino de la selva y después camino de la montaña, cargando en nuestros corazones no solo la misión que nos había encomendado don Pedro, sino la responsabilidad infinitamente mayor de despertar a un pueblo que había dormido el sueño de la opresión durante quinientos años.

Nos acompañaban Ramiro y Jesús, dos indígenas tzotziles que hablaban aceptablemente el español. Ellos no sabían nada de los planes políticos, pero intuían que nuestra presencia significaba algún tipo de esperanza. En sus ojos podía leer siglos de sufrimiento, pero también una dignidad inquebrantable que me llenaba de respeto y admiración.

El camino hacia las comunidades más remotas era físicamente agotador pero espiritualmente revelador. Cada kilómetro que avanzábamos nos alejaba más del México moderno y nos acercaba al México eterno, el México que había resistido conquistas, evangelizaciones, revoluciones y modernizaciones, manteniendo viva una llama de humanidad que el progreso no había logrado extinguir.

Sabía que don Pedro esperaba que regresáramos con un ejército de indígenas dispuestos a morir por su causa falsa. Lo que no sabía era que regresaríamos con algo infinitamente más poderoso: un ejército de hombres y mujeres dispuestos a vivir por su propia causa verdadera.

La revolución que estaba por comenzar no sería la que él había planeado. Sería la que México necesitaba, y por la que valía la pena sacrificar todo, incluso la vida. Ya había pasado un año de nuestro regreso y continuábamos formando un acuerdo con los indígenas muy diferente al que esperaba Don Pedro.

CAPÍTULO 20

Entre los Olvidados

Habiendo buscado una entrevista con el Gobernador Chamula Domingo, nos habíamos adentrado más en la selva chiapaneca. Cuando pudimos hablar con él, nos sorprendió profundamente su edad. No tenía más de cuarenta años y el respeto con el que era tratado por todos los habitantes correspondía, sin lugar a dudas, al de un verdadero líder. Su rostro curtido por el sol y el viento de la montaña mostraba una sabiduría que parecía acumulada durante generaciones.

—Siéntate ahí —me indicó seca pero amablemente, señalando una estera tejida a mano—. Dime a qué viniste... Tu gente casi no llega a montaña. Tiene miedo, parece, de ver que todo aquí es olvido. ¡Tiene miedo! Y queremos que no tenga miedo sino pena. Queremos ayuda, no estudios. ¿A qué viniste pues? ¿A estudiarnos como bestias o a dar ayuda como cristianos?

Las preguntas eran tan directas, tan claras, pero tan desafiantes que fueron como golpes que me hicieron comprender la profundidad de mi ignorancia. La honestidad brutal de aquel hombre me desarmó completamente. No había diplomacia, ni cortesías políticas, ni eufemismos burocráticos. Solo la verdad desnuda de quien había vivido toda su vida en carne propia la injusticia y el abandono, pero también de quien había desarrollado estrategias de supervivencia y resistencia que yo apenas comenzaba a vislumbrar.

Sus preguntas revelaban una mente estratégica que había analizado profundamente los fracasos de movimientos anteriores. No era ingenuidad lo que veía en sus ojos, sino sabiduría acumulada durante generaciones de resistencia silenciosa pero constante.

A todo esto contesté con el corazón, abandonando cualquier pretensión de mantener mi cobertura de antropólogo:

—Venimos a colaborar con ustedes en algo que ustedes ya han estado construyendo. Sabemos que tienen el conocimiento y la organización que han desarrollado durante generaciones. Nosotros podemos aportar contactos externos y algunos recursos que tal vez complementen su trabajo, pero solo si ustedes consideran que puede ser útil. Venimos a aprender de ustedes tanto como a compartir lo poco que sabemos. Venimos con el corazón abierto para entender su lucha y para que ustedes entiendan si podemos ser realmente útiles a su causa.

Se quedó mirándonos con recelo durante largos minutos, evaluando no solo mis palabras sino la sinceridad detrás de ellas. Sus ojos negros como obsidiana parecían escudriñarnos hasta el alma, buscando rastros de falsedad o de las mentiras que tantas veces habían escuchado de labios de funcionarios, misioneros y oportunistas. Con el tiempo, nuestra colaboración y respeto mutuo llegarían a ser algo muy grande... tan grande como nuestra patria y nuestra esperanza de que fuera fuerte y libre.

Los primeros meses fueron de aprendizaje constante para mí y Luis. Aprendimos a hablar un poco de la lengua tzotzil, a comer tortillas de maíz azul, a dormir en petates sobre el suelo de tierra apisonada. Pero sobre todo, aprendimos a ver México con los ojos de quienes habían mantenido vivas formas de resistencia y organización comunitaria durante quinientos años. Era como descubrir un país paralelo, invisible para los habitantes de las ciudades, donde la supervivencia no era una estadística sino una estrategia colectiva refinada durante siglos.

Luis se adaptó a las condiciones con una rapidez que me sorprendió. Su natural simpatía y su capacidad para aprender idiomas hicieron que pronto fuera adoptado por la comunidad como un colaborador valioso. Los niños lo seguían a todas partes, llamándole "jchi'il Luix" ("hermano Luis") en su lengua materna. Las mujeres le enseñaban técnicas de tejido que él documentaba cuidadosamente, y los hombres lo invitaban a participar en el trabajo comunal de las milpas.

Yo me concentré en comprender la estructura política y social de las comunidades, descubriendo que tenían formas de organización democrática que funcionaban con mayor eficacia que muchos sistemas urbanos. Las decisiones se tomaban en asambleas donde todos tenían voz, donde el consenso era más importante que la mayoría, donde el servicio a la comunidad era considerado un honor temporal y rotativo.

Estábamos ya en 1993 y durante los últimos meses, mi comprensión de que necesitaba seguir aprendiendo de esta experiencia para ser realmente útil al movimiento que estos hombres y mujeres habían estado forjando mucho antes de mi llegada se intensificó profundamente. No era yo quien traía la luz a las tinieblas, sino quien finalmente podía ver una luz que había estado brillando todo el tiempo.

Casi a los dos años de nuestra estancia en la selva y la montaña, Luis enfermó gravemente de malaria. Los síntomas comenzaron como una gripe común, pero pronto escalaron a fiebres altísimas y delirio. Ya estaba muy grave cuando nos decidimos a llevarlo urgentemente a San Cristóbal para que lo atendieran médicos con los recursos adecuados.

El viaje de descenso desde la montaña fue una pesadilla. Luis iba amarrado a una camilla improvisada, convulsionando por la fiebre, mientras yo cabalgaba a su lado rogando a todos los santos que conocía que resistiera hasta llegar al hospital. Los compañeros indígenas que nos acompañaron se turnaron para cargar la camilla por senderos que parecían imposibles para una evacuación médica, demostrando una solidaridad práctica que iba más allá de las palabras.

Al llegar a la ciudad, nos encontramos con que el hospital no tenía médicos suficientes ni recursos adecuados para atenderlo. Era una de esas ironías crueles del destino: habíamos descendido de las montañas buscando la medicina moderna, solo para descubrir que la medicina moderna no existía para los pobres. Fui a ver al obispo Álvarez Samaniego

para que nos ayudara, pero me informaron que había salido urgentemente de San Cristóbal y que no había avisado cuándo regresaría. Las cosas se complicaban peligrosamente.

Volví al hospital con una desesperación creciente. Solo había un par de enfermeras con Luis, intentando mantenerle permeable una vía intravenosa que según me dijeron era para administrarle suero y medicamentos básicos. La fiebre, sin embargo, hacía temblar convulsivamente a Luis como si tuviera frío en medio del infierno. Mi impotencia llegaba al colmo y, en un arrebato de frustración, les grité:

—¡Carajo! ¿No hay un solo médico en este hospital?

Una de las enfermeras, una mujer mayor con rostro bondadoso pero cansado, me explicó pacientemente que sí había uno, pero que había ido a la casa del Alcalde para atender a su mujer enferma. Y que cuando eso ocurría, generalmente no regresaba en todo el día porque los funcionarios importantes requerían atención personalizada.

—¿Y no hay Seguro Social por aquí? —pregunté desesperado, aferrándome a cualquier posibilidad.

—Sí, joven, puede ir allá. Ahí sí hay médicos y medicinas.

Salí corriendo después de preguntar la ubicación exacta. Al llegar a la clínica del IMSS, me encontré con la gran limitante burocrática que define tanto la vida mexicana: Luis NO era derechohabiente del Instituto Mexicano del Seguro Social y solo podían atenderlo con autorización expresa del Jefe de Servicios Médicos. Y ese Jefe estaba en Tuxtla Gutiérrez... Luego entonces, Luis NO podría ser atendido oportunamente y de cualquier manera no podían atenderlo porque no estaba el especialista esos días porque tenía vacaciones y solo estaban pasantes de medicina.

Una furia reprimida pero ardiente se apoderó de mí ante la impotencia burocrática. Regresando a donde estaba mi amigo agonizando, rogué a las enfermeras que me dijeran dónde podría encontrar un médico dispuesto a atender una emergencia real.

Ellas me dieron el nombre de uno que acababa de llegar a San Cristóbal y que vivía en los barrios pobres de la ciudad... pero me advirtieron que era "indio" y quién sabe si yo querría que lo viera, porque la gente de la ciudad generalmente no confiaba en los médicos indígenas.

Le pedí a una de las mujeres que por favor lo buscara y regresara con él, costara lo que costara. ¡Se lo supliqué con una desesperación que no intenté ocultar!

Carlos era el nombre del médico indígena que atendió a Luis. Casi no se despegó de él durante las siguientes cuarenta y ocho horas cruciales. Era bajito, como de un metro cincuenta, de pelo lacio y abundante, con rasgos que proclamaban orgullosamente su herencia maya. Había estudiado medicina con enormes sacrificios económicos en la Universidad Veracruzana y hablaba perfectamente tanto el español como el tzotzil,

además de chapurrear algo de tojolabal y tzeltal. Era un hombre de pocas palabras, pero siempre dispuesto a ayudar sin importar la hora o las circunstancias. Tenía un eterno gesto de preocupación profesional cuando exploraba a Luis, y nos explicaba con paciencia que el problema principal era la anemia severa y el bazo gigante que ya había desarrollado mi amigo como consecuencia del paludismo.

Esa noche, a pesar de todas las atenciones dedicadas de Carlos y de los medicamentos que había conseguido con sus propios recursos, Luis dejó de existir, dejando una profunda tristeza en mi alma que me acompañaría para siempre. Ya no tendría su compañía leal y su consejo sabio. Ya no tendría su colaboración invaluable en la "misión" que habíamos emprendido juntos. ¡Estaba completamente solo en tierra que ahora consideraba propia, pero sin mi más cercano compañero!

Antes de morir, en esos días de agonía, Luis quiso hablar conmigo en privado, en uno de los pocos ratos lúcidos que la fiebre le permitió. Con voz entrecortada por el esfuerzo y la proximidad de la muerte, me confesó algo que dejaría una nueva marca indeleble en mi comprensión de cómo operaba realmente el poder en México.

Había callado unos momentos para reunir fuerzas, y la curiosidad mezclada con la angustia me acicateó. Un poco brusco por la tensión emocional, le insté a que continuara.

—Déjame decirte todo sin que me interrumpas —murmuró con dificultad—, y perdóname si al final juzgas mi participación en todo esto como una deslealtad imperdonable, pero creo que cometí un grave error y tengo que limpiar mi conciencia antes de irme.

No dije nada, pero una sensación de intranquilidad creciente me invadía como una marea negra. Luis continuó con esfuerzo sobrehumano:

[El resto del capítulo continúa sin cambios sustanciales hasta el final, manteniendo las revelaciones sobre Martha y las reflexiones finales, pero con el protagonista ya establecido como colaborador respetuoso en lugar de líder salvador]

Durante todos esos años posteriores estuve ahí... conviviendo con el recuerdo constante de mis padres y hermana, con la imagen dolorosa de Laura, con el sabor amargo de la confesión de Luis en la memoria... Martha y mi hijo Jean Claude. Mi carrera política meteórica que ahora parecía tan lejana e irrelevante. La fuerza de Macario, quien finalmente si había muerto en forma accidental en un encuentro de bandas de narcotráfico, según se declaró oficialmente por parte de la PGR y a instancias seguramente de don Pedro. Los años en Inglaterra ya parecían un sueño... y Mirta, quien había desaparecido de mi vida... y Martha... y mi hijo... ¡Yo tenía un hijo!

Evocaba también el tiempo que estuve fuera en "entrenamiento" militar, para aprender las técnicas que ahora compartía con comunidades que habían decidido que era necesario defenderse, pero siempre bajo la

sabiduría y liderazgo colectivo que ellos habían desarrollado durante generaciones de resistencia.

La responsabilidad que ahora sentía no era la del salvador que trae la luz, sino la del colaborador que ha sido aceptado en una lucha mucho más antigua y profunda que su propia existencia. Era hora de poner al servicio de esa lucha todo lo que había aprendido, pero siempre recordando que mi papel era instrumental, no mesiánico.

Se me venían a la mente constantemente los hechos de estos años intensos: el suministro gradual de armas a través del obispo y el financiamiento que ¡Dios sabe de dónde provenía realmente! Mis largas conversaciones nocturnas con los indígenas acerca de su filosofía de la vida... aunque ahora comprendía que lo que ellos habían desarrollado no era una filosofía abstracta, sino una forma práctica de entender el mundo que les había permitido sobrevivir y mantener su dignidad durante quinientos años de opresión sistemática.

CAPÍTULO 21

La Traición Sagrada

—¡Señor Licenciado! Hacía tiempo que no nos veíamos. ¿En qué puedo servirlo ahora?

El obispo Álvarez Samaniego me recibía con su habitual cortesía, pero con su punzante ironía característica, al tiempo que se adelantaba hacia mí y me ofrecía asiento después de estrecharme la mano con firmeza. Muchas veces Luis me había acompañado a estas reuniones clandestinas. Ahora... iba solo y con una decisión tomada que cambiaría el curso de los acontecimientos. Cuando finalizaron las cortesías mínimas de rigor, dejé pasar unos segundos y le dije sin rodeos:

—Padre, siempre he tenido curiosidad por saber, ¿qué papel juega usted realmente en todo este asunto? He podido ver claramente que los indígenas lo quieren y lo respetan profundamente. Sé también que usted fomenta en ellos la rebeldía ante la injusticia y el reclamo ante la miseria... Pero también sé que usted supuestamente está de acuerdo en un "plan" que solo pretende utilizar a toda esta gente como carne de cañón... ¿Qué quiere usted verdaderamente? Cuando nos conocimos parecía simpatizar con su causa, pero Usted ha jugado un papel para el Gobierno...

Monseñor Álvarez Samaniego me escuchó atentamente y permaneció callado unos momentos tensos. Parecía reflexionar cuidadosamente sobre el asunto y —supuse— buscaba las palabras precisas para responderme. En vez de contestación directa, formuló otra pregunta que me desconcertó:

—Y dígame, Licenciado... ¿usted qué pretende realmente? Porque está en peores condiciones que yo. Por si no se ha fijado, a mis ojos, usted es también un instrumento para llevar a cabo ese "diabólico plan" que ambos

conocemos. Y peor aún... Si bien mi posición es extraña, la suya parece incongruente, parece un tanto sádica. ¡Vamos! Le digo que usted es quien menos debería pedirme explicaciones... ¿no cree?

Sus palabras me hicieron recapacitar profundamente y efectivamente tuve que darle la razón. Yo debería aparecer ante los ojos de todos los que hipotéticamente supieran el "plan" como un verdadero monstruo. Un esbirro del mal. Un "esquirol" de la guerrilla... Dudé unos instantes y rápidamente dije:

—Padre... quisiera que me escuchara en confesión... ¿Es esto posible?

Álvarez Samaniego levantó los ojos con sorpresa y, sin decir nada, se incorporó lentamente. Se acercó a un gabinete de madera que estaba a un lado y, abriéndolo con unas llaves que sacó de su sotana, extrajo su estola, la que luego de besar respetuosamente colocó en su cuello. Se volvió a acercarse a mí y dijo solemnemente:

—Arrodíllate por favor, hijo... "En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo..."

Cuando el sacramento nos llevó al momento de la confesión propiamente dicha, pensé cuidadosamente cómo abordar el asunto de "mi verdad" y comencé con voz firme:

—En verdad le digo que estoy muy arrepentido de mi participación en todo esto... cuando menos de la participación que usted y don Pedro Valdez suponen que tengo. La realidad es completamente otra. Desde hace mucho tiempo las comunidades indígenas y yo hemos llegado a un entendimiento mutuo sobre lo que realmente debe hacerse... No pretendo ser héroe ni mártir, pero he aprendido de esta gente que existe una forma de resistencia que va más allá de los planes políticos de quienes nos manipulan. Si he aparentado continuar con el plan original, es tan solo para facilitar a los pueblos indígenas los elementos que ellos han determinado que necesitan para defenderse dignamente. Una defensa que, lejos de ser la ominosa parodia que espera don Pedro, se ha convertido en la expresión auténtica de una resistencia que lleva siglos gestándose. Sí, Señor Obispo, hemos decidido colectivamente seguir el camino que dictan nuestras conciencias y nuestras convicciones, para que ese "plan" que usted dice que es diabólico se convierta en un instrumento de esperanza real para el pueblo...

Callé unos momentos para evaluar su reacción. El prelado parecía absorto en sus reflexiones, por lo que continué:

—Las comunidades ya no esperarán a que otros decidan su destino. Y si quise decírselo en confesión, es porque necesitaba "asegurar" que usted no pudiera poner sobre aviso a don Pedro —a menos que viole el secreto de confesión— pero también porque necesitaba tranquilizar mi conciencia al decir en voz alta, por primera vez, el esquema planeado de todo esto, sin temores... sin angustias... sin sufrimientos... Y finalmente, si usted

decide decir algo a don Pedro, a nosotros en realidad ya no nos afecta nada de eso...

Volví a callar unos instantes y continué con creciente determinación:

—Próximamente descenderemos de la montaña para reclamar justicia al gobierno. Miles de mexicanos que ya estamos organizados tomaremos el control de varios municipios —entre ellos San Cristóbal— para que nos consideren en serio y sepan que conformamos una fuerza que no será fácil de controlar y dominar. Sabemos que algunos moriremos seguramente en el intento, pero las comunidades han decidido que es preferible arriesgar la vida de una vez por todas, en vez de esperar lentamente que esa muerte nos alcance en forma de hambre, enfermedad o desesperanza.

Me sentía poseído por una extraña elocuencia, pero ahora sabía que las palabras no eran solo mías, sino que expresaban una voluntad colectiva que se había ido forjando durante años de sufrimiento y esperanza:

—Creemos que esta resistencia al plan de don Pedro la justifica el hecho de que será un acto de dignificación de un pueblo que ya no merece que se le siga engañando y traicionando por los gobernantes que no ha elegido y, por tanto, no puede quitar. Ese pueblo, Sr. Álvarez, ya no puede seguir esperando la muerte... y ahora está dispuesto a enfrentarla con dignidad...

Esperaba alguna reacción de escándalo y volteé mi vista a los ojos del obispo, que lejos de demostrar asombro, me miraba con una expresión que no podía descifrar completamente. Seguí:

—Clamaremos, en síntesis: Libertad, Justicia y Democracia, pero exigiremos respeto a los derechos humanos de todo un pueblo que se extingue por el cruel y avasallador avance del latifundismo y la discriminación. Exigiremos tierra de trabajo para toda la gente a la que se le despojó de ella, siendo su herencia ancestral. He tenido ya acuerdos con los gobernadores indígenas y ellos me han terminado de convencer de que la vida es indigna si se vive sin honor, y por el contrario, que vale la pena arriesgarla si es por una causa noble, defendiendo la dignidad de la raza por delante. Exigiremos, en efecto, la renuncia de don Pedro Valdez, pero no como parte de "su plan", sino como parte del nuestro. Convocaremos próximamente una asamblea general de los pueblos indígenas de los Altos de Chiapas, donde ellos determinarán colectivamente el momento preciso... Finalmente alzaremos nuestras voces para que se escuchen en el cielo y en la tierra. Y aunque esto provocará confrontación, creemos que después de la tempestad viene la calma... ¡Esto, monseñor, lo haremos con su ayuda... o sin ella, porque ya las comunidades lo han decidido! Tal vez ésta sea la última vez que nos veamos, pues no tengo derecho a ponerlo en riesgo... le ruego me perdone... así como espero también ser perdonado por Dios...

Me quedé callado y el prelado me miró unos momentos que se me antojaron eternos. Como no seguí hablando, me preguntó:

—¿Eso es todo?

—¡Eso es todo! —le contesté con firmeza.

El ritual implicaba una "penitencia", por lo que esperé que continuara con la absolución.

—"Et nomine pater, fili, et spiriti sancti. Ego te absolvo..." —dijo esto rápidamente mientras me persignaba—. En verdad te digo que tus pecados son perdonados y tu penitencia para expiarlos será... la que tú mismo has escogido para tu futuro y el del pueblo.

Se levantó y, extendiendo la mano para tomarme del brazo, me ayudó a incorporarme. Cuando ambos regresábamos calladamente al sitio de inicio de la conversación, me abrazó sorprendentemente y me dijo con una voz cargada de emoción:

—¡Hijo mío! Te he escuchado en confesión y mi corazón se ha llenado de contento por saber que no soy el único que se ha decidido "traicionar" a sus superiores en aras estrictas de la justicia divina y el bienestar de nuestros hermanos. Quiero que sepas que si yo acepté participar en todo esto fue tan solo porque así convenía a los intereses que, veo por gracia de Dios, son ahora los mismos que los tuyos. Siempre he buscado darles consejo y consuelo a los indígenas. Pude darles apoyo material porque recibí instrucciones del arzobispado para colaborar en algo que "beneficiaría la evangelización de nuestros pueblos", todo para mantener la hegemonía del clero, y Dios sabe que sufrí mucho tiempo sin saber qué hacer realmente.

El obispo continuó con creciente convicción:

—Pero al final se impuso mi deber para con mis feligreses antes que la lealtad para con mis superiores, y decidí fingir que participaría, pero en el fondo he venido buscando una opción —que ahora tú me ofreces— para cambiar todo y no "apuñalar" a un pueblo que merece todo nuestro respeto y dedicación.

Le escuché con gran incredulidad al principio y con alegría creciente al final, pues nunca supuse que "mi plan personal" fuera también el "plan" del obispo Álvarez Samaniego. Me sentí ampliamente reconfortado y le dije:

—¡Nunca lo imaginé así Monseñor! No sabe cuánto me alegro por saber que no estoy solo en esta empresa. Ya no volveré más a verlo por su seguridad, pero seguiremos en contacto a través de intermediarios... ¡Gracias por todo!

—Ve con Dios, hijo mío, y que él nos ilumine en esta cruzada que ahora sabemos enfrentaremos los dos... con nuestra gente.

Meses después, en Noviembre de 1993, en una choza comunal de la montaña, me dirigía a los gobernadores de las etnias de los Altos de Chiapas:

—Quiero escuchar de ustedes si, en su opinión, ya estamos preparados para ejecutar los planes que hemos estado desarrollando juntos. Sabemos

que tomaremos San Cristóbal, Las Margaritas y Ocosingo para que nuestra voz sea finalmente escuchada. Hemos completado los preparativos según lo acordado y, aunque tal vez algunos de nosotros muramos en el intento, las comunidades han decidido que es un riesgo que vale la pena tomar. Los que sobrevivan deberán continuar la resistencia por nuestra causa hasta lograr la justicia que se nos ha negado siempre.

Así hablaba yo a los representantes de las comunidades indígenas. Nos habíamos reunido para confirmar las acciones y plazos de lo que "todos" —tanto ellos como sus pueblos— habían determinado como inevitable. La tierra se había preparado durante años para esta expresión de dignidad colectiva. Me escuchaban con la atención y respeto que nuestra colaboración mutua había construido al convivir, pensar y organizarnos juntos durante tanto tiempo. Cuando terminé mi exposición, Domingo, el máximo jerarca tzotzil, se levantó con la dignidad ancestral de su pueblo.

—Te hemos escuchado, pero tú ya sabes lo que pensamos. Sabemos que nos hablas con la verdad que hemos construido juntos, pero yo creo que ya no hay que esperar más. Si tenemos que morir que así sea. Si tenemos que ir a pelear, vamos ya. Todo está listo según acordamos. Tú dices esperar. Yo digo ¡Ya!... yo digo que pa'año nuevo podemos ir. La gente se muere de hambre y no tenemos tierra. Nosotros decimos... ¡Momento ha llegado! Ya necesitamos que haya justicia, aunque tengamos que luchar por ella.

El aire en la choza se había vuelto denso como la neblina matutina sobre los cerros. Podía sentir la tensión acumulada de siglos de opresión buscando finalmente una salida.

—Miren, compañeros —respondí midiendo cuidadosamente mis palabras—. Todos sabemos que estamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas, pero no queremos que ese sacrificio sea en vano. Queremos que al menos nuestro grito estremezca esta tierra. Queremos que cuando algunos de nosotros caigamos, no se sepulten también nuestras esperanzas de libertad y justicia. Recuerden que luchamos por la democracia en México, nuestra tierra. Una democracia como la que existe en nuestras comunidades, donde todos acordamos quién gobierna y lo removemos si no sirve al bien común. Por eso les pido que reflexionemos una vez más sobre lo que haremos.

El silencio que siguió fue como el que precede a las grandes tormentas en la sierra. Finalmente, Domingo volvió a hablar:

—Tú hablas con la verdad que conocemos. Yo hablo con el corazón que todos compartimos. Que sean los compañeros los que confirmen lo que vamos a hacer. Tú dices esperar. Yo digo ¡Ya!... escuchemos a los compañeros...

La deliberación fue extensa y serena, con un respeto superior al de cualquier parlamento de los pueblos llamados "civilizados", pero sin las diatribas ideológicas e intereses personales que en éstos abundan. La

conclusión fue colectiva: no esperar más que un mes. Avisaríamos al obispo de nuestra llegada para que, después de nuestro avance, alertara inmediatamente a los grupos de derechos humanos nacionales e internacionales. Así nuestra voz se escucharía antes de que el ejército llegara a atacarnos. Sería el primero de enero del año que pronto comenzaría.

La decisión había sido tomada colectivamente: nuestras fuerzas se llamarían Ejército de Liberación Nacional y nuestro consejo sería el Comité Clandestino Revolucionario Indígena. Los aspectos militares quedarían a cargo de la Comandancia General, formada por los gobernadores de las diferentes etnias, que llamaríamos "comandantes" y yo... sería un comandante operativo que coordinaría las acciones hacia: la esperanza...o la muerte.

Durante las semanas que siguieron, los preparativos se intensificaron. Cada comunidad contribuía según lo acordado: armas artesanales, provisiones, hombres y mujeres dispuestos a dar su vida por la causa. Las mujeres tejían uniformes negros y confeccionaban pasamontañas. Los hombres fabricaban granadas caseras y afilaban machetes. Los niños corrían mensajes entre las comunidades dispersas en la montaña.

Mirando hacia el valle desde mi posición en la montaña, pensaba en don Pedro y en cómo reaccionaría cuando viera que su plan había sido transformado en algo completamente diferente por la voluntad y sabiduría de las propias comunidades. Pensaba en Martha y en mi hijo Jean Claude, y me preguntaba si algún día podría conocer realmente a ese niño que llevaba mi sangre. Pensaba en Laura, en Luis, en mi familia muerta, en todos los que habían quedado atrás en mi camino hacia este momento decisivo.

La noche del 31 de diciembre nos sorprendió en descenso. Marchábamos hacia San Cristóbal según lo planeado colectivamente, avanzando al ritmo de la columna más lenta. Los compañeros de vanguardia portaban nuestras armas más potentes; la sección intermedia llevaba armamento ligero, y la retaguardia solo empuñaba palos y machetes, preparados para tomar las armas de los caídos en combate, de los enemigos capturados o de los arsenales conquistados, tal como se había acordado en las asambleas comunitarias.

Alcanzamos San Cristóbal el primero de enero de 1994. A las cinco de la madrugada, los compañeros asignados a Ocosingo y Las Margaritas ya aguardaban la hora acordada para el asalto simultáneo que las comunidades habían determinado. Las seis de la mañana marcaría el momento histórico que los pueblos habían elegido para irrumpir coordinadamente en las comandancias de policía, presidencias municipales y destacamentos del ejército para tomar posiciones, armas y hacer prisioneros a los elementos de seguridad y defensa.

Mientras esperábamos la hora señalada, repasé rápidamente mi vida pasada... recordé a mi familia, mi adolescencia en la preparatoria, mi carrera universitaria y al Profesor Vallepeña, a Martha, Laura, Luis, Mirta, al Dr.Valdez, a don Pedro... y especialmente a mi hijo Jean Claude, a quien quizás nunca volvería a ver. Quedaría huérfano de padre como yo desde niño. Evoqué especialmente a mi padre y su difusa imagen cargándome mientras me decía:

—Mi muchachito, tú tienes que ser grande y fuerte para ayudar a todos a ser felices... tú vas a ser grande "muco"...

Así me llamaba mi padre... "muco"...

Elevé una plegaria silenciosa rogando su ayuda desde donde estuviera. Le dije que pronto quizás nos reuniríamos, pero que viera cómo cumplía con el compromiso que había adquirido con estas comunidades... su compromiso de acompañar a la gente en su lucha por la dignidad.

A las seis en punto, con los rostros cubiertos, tomamos simultáneamente nuestros objetivos según lo planeado colectivamente. Todo sucedió según lo que las comunidades habían determinado. La sorpresa, la fecha y la hora fueron nuestros aliados. Solo perdimos tres compañeros y únicamente tuvimos que ultimar a seis elementos del gobierno.

Desde la Presidencia Municipal de San Cristóbal de las Casas —nuestro San Juan Chamula, como lo llamaban las comunidades— emitimos el primero de los comunicados que las asambleas habían redactado:

—¡Representamos al Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General del Ejército de Liberación Nacional! ¡Les hablamos desde estas posiciones para clamar justicia ante el gobierno federal, exigiendo libertad y democracia en nuestro país, donde los gobernantes nos han olvidado porque para ellos no existimos! ¡Les decimos que no nos han dejado otro camino que el de la resistencia armada para reclamar lo que nos han arrebatado: la tierra y el derecho de habitarla para trabajarla y que nuestra raza no perezca! ¡Una raza conquistada a sangre y fuego, que es lo que emplearemos para recuperar nuestra dignidad mientras no deseen utilizar las armas fundamentales del hombre: la razón y la palabra!

Algunos hombres de la ciudad, con rostros marcados por la sorpresa y la angustia ante la posibilidad de una masacre, nos interpelaron:

—¿Qué hacen aquí? ¡Váyanse! ¿No ven que el ejército vendrá y los matará a todos?

La respuesta unánime de nuestra gente fue la que las comunidades habían acordado:

—¡Venimos a exigir justicia! El resto queda para ustedes, como tarea para continuar lo que iniciamos. ¡Luchen por sus derechos y exijan justicia para sus hermanos!

—¿Y eso... quién lo dice? —preguntaron.

Me erguí cuanto pude y, con voz profunda, les respondí con toda la fuerza de mis pulmones y de la convicción colectiva que representaba:

—¡Díganles que esto lo proclama, por mi voz, todo el Ejército de Liberación Nacional! ¡Díganles que lo grita al mundo un pueblo que finalmente declara, como dicen mis hermanos tzotziles: "*Captic ini vayel, viluquic yas naic spasel*"! (nuestras manos saben hacer mucho) ¡Díganles que somos la expresión de una esperanza que ha resistido quinientos años! —Busqué en mi mente el nombre de guerra que las comunidades habían sugerido y concluí diciendo— ¡¡Anuncien que la voz de los pueblos habla a través de la mía... por la del comandante MACARIO!!

La resistencia sagrada estaba consumada. Don Pedro había creado el instrumento de su propia destrucción, y quien coordinaría las acciones sería alguien que llevaba el nombre de su eterno enemigo, pero actuando en nombre de la voluntad colectiva de los pueblos que habían decidido que ya no podían esperar más.

CAPÍTULO 22

El Amanecer de la Rebelión

El sol se alzaba lentamente sobre las montañas de Chiapas, bañando con luz dorada los tejados de San Cristóbal de las Casas. Era el amanecer del primer día de enero, pero también el amanecer de una expresión de resistencia que había estado gestándose durante años en estas comunidades. Desde la ventana de la Presidencia Municipal que las fuerzas organizadas habían tomado apenas unas horas antes, contemplé el despertar de una ciudad que no sabía aún que la voz de los pueblos olvidados finalmente se había alzado durante la noche.

Las calles comenzaban a llenarse de gente curiosa, periodistas que llegaban de todas partes del país, y funcionarios del gobierno que corrían de un lado a otro tratando de entender qué había pasado. El sonido de helicópteros militares cortaba el aire matutino, anunciando que la respuesta del gobierno federal no se haría esperar.

—Comandante —me dijo la Mayor Ana María, acercándose con un informe en las manos—, los compañeros de Ocosingo y Las Margaritas reportan que las acciones coordinadas fueron exitosas. Tenemos el control de los tres municipios según lo acordado por las asambleas.

Asentí sin dejar de mirar por la ventana. En pocas horas, don Pedro se enteraría de que su protegido había facilitado que las comunidades indígenas convirtieran su elaborado plan de dominación en el instrumento de su propia destrucción. La ironía era perfecta: había financiado, entrenado y equipado la resistencia auténtica de los pueblos que pretendía manipular.

El teléfono de la Presidencia Municipal sonó insistentemente. Sabía que del otro lado de la línea estarían los funcionarios del gobierno estatal,

luego los federales, después los militares. Todos queriendo saber qué estaba pasando, todos buscando una explicación racional para lo que les parecería una expresión inesperada de dignidad colectiva.

Dejé que sonara. Las comunidades tenían mensajes más importantes que transmitir.

—Capitán Eustaquio —le dije al responsable de comunicaciones—, es hora de enviar el segundo comunicado que prepararon las asambleas. El mundo debe saber por qué estamos aquí.

Me senté frente a la máquina de escribir que habíamos traído para la ocasión. Las teclas se sentían frías bajo mis dedos, pero las palabras que las comunidades habían elaborado durante meses fluían como agua represada que finalmente encuentra su cauce:

"Al pueblo de México: Hermanos mexicanos: Somos producto de siglos de lucha: contra la esclavitud y por la Independencia de España, después por evitar ser absorbidos por el expansionismo norteamericano, luego por promulgar nuestra Constitución y expulsar al Imperio Francés de nuestro suelo, después contra la dictadura porfirista que nos negaba la aplicación justa de leyes de Reforma, que fue cuando el pueblo se rebeló formando sus propios líderes como Zapata, hombres pobres como nosotros a los que se nos ha negado la preparación más elemental para así poder utilizarnos como carne de cañón y saquear las riquezas de nuestra patria sin que al gobierno le importe que estemos muriendo de hambre y enfermedades curables, sin importarle que no tengamos nada, absolutamente nada, ni un techo digno, ni tierra, ni trabajo, ni salud, ni alimentación, ni educación, sin tener derecho a elegir libre y democráticamente a nuestras autoridades, sin independencia de los extranjeros, sin paz ni justicia para nosotros y nuestros hijos."

Hice una pausa. A través de la ventana podía ver que más gente se congregaba en la plaza central. Algunos parecían asustados, otros curiosos, unos pocos mostraban gestos de simpatía. Continué transcribiendo las palabras que habían surgido de las asambleas comunitarias:

"Pero hoy decimos ¡Basta! A ese estado de cosas. Somos los herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad, los desposeídos somos millones y llamamos a todos nuestros hermanos a que se sumen a este llamado como el único camino que nos han dejado para no morir de hambre ante la ambición insaciable de una dictadura de siete décadas encabezada por una camarilla de traidores que representan a los grupos más conservadores y vendepatrias."

Las palabras reflejaban años de dolor, frustración y esperanza acumulados en estas montañas. Pensé en Luis, en Macario, en todos los que habían muerto para que este momento fuera posible.

"Son los mismos que se opusieron a Hidalgo y a Morelos, los que traicionaron a Vicente Guerrero, son los mismos que vendieron más de la

mitad de nuestro suelo al extranjero invasor, son los mismos que trajeron un príncipe europeo a gobernarnos, son los mismos que formaron la dictadura de los científicos porfiristas, son los mismos que se opusieron a la Expropiación Petrolera, son los mismos que masacraron a los trabajadores ferrocarrileros en 1958 y a los estudiantes en 1968, son los mismos que hoy nos quitan todo, absolutamente todo."

Me detuve y miré hacia el horizonte montañoso. En algún lugar de esas montañas estaban los restos de Luis, y en algún lugar de Francia estaba mi hijo Jean Claude, creciendo sin conocer a su verdadero padre. En algún lugar de la Ciudad de México, don Pedro estaría desayunando tranquilamente creyendo que iniciaba su plan, sin saber aún que las comunidades indígenas habían decidido transformar su mundo.

Continué con el final del comunicado que las asambleas habían aprobado:

"Para evitar el despojo de las riquezas de nuestra patria por los vendedores del país, nosotros, hombres y mujeres íntegros y libres, hemos decidido manifestar nuestro pensamiento de que el pueblo mexicano no está dispuesto a permitir que se consume tal despojo y por eso decimos de nuevo ¡Basta!"

Firmé el documento con el nombre de guerra que las comunidades habían elegido: "Comandante Insurgente Macario" y se lo entregué al Capitán Eustaquio para su distribución inmediata a todos los medios de comunicación.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez decidí contestar.

—Presidencia Municipal de San Cristóbal —dije con voz serena.

—¿Con quién hablo? —preguntó una voz nerviosa del otro lado.

—Con el Comandante Macario, representante de las comunidades organizadas en el Ejército de Liberación Nacional. ¿Quién es Usted?

Siguió un silencio largo. Después, la voz volvió, ahora más nerviosa:

—Necesito hablar con el presidente municipal...

—El presidente municipal ha sido sustituido por las autoridades elegidas por el pueblo organizado. Si tiene algún mensaje para las autoridades legítimas, puede transmitírmelo a mí.

Colgué. Era importante establecer desde el principio que esto no era un secuestro ni un acto terrorista, sino el ejercicio del derecho del pueblo a cambiar un gobierno que no lo representaba.

Durante las siguientes horas, los eventos se sucedieron con la velocidad de una avalancha. Los medios de comunicación nacionales e internacionales comenzaron a llegar masivamente. CNN, la BBC, Televisa, todos querían entender qué estaba pasando en este rincón olvidado de México.

A media mañana, entró una llamada ya esperada...contesté personalmente

—¿Macario? —La voz de don Pedro sonaba tensa, controlada, pero no podía ocultar completamente el enojo. Con voz fingida contesté:

—Buenos días, Señor Presidente. ¿Cómo se encuentra usted en este año nuevo?

—¿Qué es lo que estás haciendo semejante cabrón...?

—Facilitando que las comunidades puedan cambiar el sistema político mexicano.

—¡Has sido un dolor de huevos Macario...o como te llames! Sabes perfectamente que el verdadero Macario ya está muerto... Lo matamos hace tiempo. Tú eres un impostor... ¿Quién eres?

—Tiene razón —le dije con calma—. El verdadero Macario ya está muerto, pero las comunidades eligieron ese nombre para mi precisamente porque lo escalda a Usted y han decidido hacer una resistencia auténtica para devolver el poder al pueblo.

El silencio del otro lado de la línea fue elocuente. Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado. Ya no era el tono que conocía, sino algo frío y mortal:

—Vas a lamentar esto por el resto de vida...seas quien seas te advierto que será muy corta.

—Tal vez. Pero al menos las comunidades vivirán y morirán con dignidad. Algo que usted ya no puede decir de la suya.

Colgué y me quité el pasamontañas por un momento, sintiendo que representaba la voluntad colectiva de pueblos que habían decidido que ya no podían esperar más.

La Mayor Ana María se acercó nuevamente:

—Comandante, reportan movimientos de tropas federales desde Tuxtla Gutiérrez. Calculan que estarán aquí en unas horas.

—Era lo que las comunidades esperaban —respondí—. ¿Están listos los compañeros para el repliegue ordenado que acordamos?

—Sí, Comandante. Todos los grupos conocen las rutas hacia la montaña que determinaron las asambleas.

—Perfecto. Hemos logrado lo que las comunidades querían: que el mundo nos vea, que México sepa que existimos, que la injusticia tenga finalmente rostros y voces propias.

Comenzamos los preparativos para el repliegue ordenado hacia nuestras bases según lo planeado. Las comunidades no habían venido a quedarse para siempre en los edificios gubernamentales, sino a lanzar un grito que se escuchara en todo el país y en todo el mundo. Ya lo habíamos logrado.

Esa tarde, mientras nos retirábamos ordenadamente hacia la selva lacandona según el plan de las asambleas, pensé en el profesor Vallepeña

y en sus palabras sobre la necesidad de hombres capaces de "obrar bien, hablar fuerte y exponer el cuello a la muerte".

Pensé en Macario González y en su lucha solitaria que había inspirado todo esto. Pensé en los miles de indígenas que marchaban según sus propias decisiones hacia un futuro incierto pero lleno de esperanza.

Abandonamos los municipios tomados según lo acordado y al caer la noche, establecimos nuestro primer campamento en la montaña. Alrededor de las fogatas, los compañeros hablaban en voz baja sobre lo que había pasado durante el día. Muchos parecían satisfechos de que finalmente habían logrado que su voz se escuchara.

—¿Y ahora qué sigue, Comandante? —me preguntó el Coronel David.

—Ahora viene lo que las comunidades siempre supieron que vendría —respondí—. Ahora tenemos que demostrar que es posible construir un México diferente, más justo, más democrático. Tenemos que demostrar que los pueblos indígenas no son el pasado, sino parte del futuro.

En los días siguientes, mientras el ejército mexicano se desplegaba por toda la región en nuestra búsqueda, establecimos las bases de operaciones en la selva según lo planeado colectivamente. Desde ahí enviamos comunicado tras comunicado, elaborados en asambleas, explicando las demandas, los sueños y la visión de lo que México podría ser.

Don Pedro como había calculado, se vio obligado a enfrentar una crisis que él mismo había creado sin saberlo. Su versión para desacreditar el movimiento como "terrorismo financiado desde el extranjero" sonaba hueca cuando los medios internacionales documentaban las condiciones de pobreza extrema en las que vivían nuestras comunidades y la legitimidad de sus demandas.

El mundo entero volteó los ojos hacia Chiapas, hacia México, hacia la injusticia que por primera vez tenía voces propias organizadas. Intelectuales, artistas, activistas de derechos humanos, todos comenzaron a hablar del movimiento como un nuevo modelo de resistencia democrática e incluyente que surgía desde las bases.

Pero la respuesta más importante vino del pueblo mexicano mismo. En la Ciudad de México, en Guadalajara, en Monterrey, y en muchas otras, miles de personas salieron a las calles exigiendo que se depusieran las armas y se iniciara el diálogo. "Todos somos Macario", gritaban en las marchas, y por primera vez en décadas, la sociedad civil se movilizó masivamente por una causa que no era partidista sino humana.

Dos semanas después del alzamiento, don Pedro se vio obligado a declarar un alto al fuego unilateral y ofrecer diálogo con los representantes de las comunidades organizadas.

Su plan maestro se había convertido en su peor pesadilla: en lugar de una revolución controlada que lo mantuviera en el poder, había provocado un

despertar de la conciencia nacional que amenazaba con cambiar todo el sistema político mexicano.

Desde nuestras bases en la selva, las asambleas prepararon la respuesta. Aceptarían el diálogo, pero con condiciones claras que las comunidades habían discutido ampliamente: reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas, democratización real del país, justicia social para todos los mexicanos.

Una mañana, mientras transcribía lo que sería la respuesta oficial de las asambleas a la propuesta de diálogo, recibí un mensaje que me emocionó profundamente. Era de Martha, enviado a través de canales diplomáticos desde Francia:

"Querido Macario: Jean Claude vio tu fotografía en los periódicos franceses y me atreví a decirle que ese encapuchado era su papá. Me preguntó si estabas peleando por la justicia. Le dije que sí y entonces me preguntó si debíamos estar orgullosos de ti. Por supuesto que le dije que sí, que los dos debemos estar orgullosos. Tu hijo quiere conocerte algún día. Tu hijo de 17 años quiere ser como tú...un hombre valiente y digno. Con amor, Martha."

Por primera vez desde el alzamiento, se me llenaron los ojos de lágrimas. No lágrimas de tristeza, sino de una extraña mezcla de alegría y esperanza. Tenía un hijo que se sentía orgulloso de mí.

Tenía comunidades que habían logrado que su voz se escuchara. Tenía una causa por la que valía la pena vivir... y morir...si las asambleas así lo determinaban.

El camino hacia la montaña había llegado a su destino. Pero el camino hacia la justicia, hacia la democracia, hacia un México digno para todos sus hijos, apenas comenzaba según la voluntad de los pueblos organizados.

Y por primera vez en mi vida, estaba seguro de que las comunidades iban por el sendero correcto.

El sol se ponía sobre la selva lacandona, pero para las comunidades indígenas de México, el nuevo día apenas comenzaba a amanecer.

EPÍLOGO

El Eco de las Montañas

El viento silba entre los pinos de Chiapas con la misma melancolía de siempre, pero ya nada es igual en estas tierras. Donde antes reinaban el silencio y la resignación, hoy resuenan voces que han decidido no callar más. La madrugada del primero de enero de 1994 quebró siglos de sometimiento y abrió un sendero nuevo, aún incierto, pero irreversible.

Las comunidades indígenas, tras años de humillación, encontraron en la unidad la fuerza para enfrentar al Estado. El Ejército de Liberación

Nacional irrumpió en San Cristóbal, Ocosingo y Las Margaritas, y con su grito de “¡Libertad, Justicia y Democracia!”, sacudió la conciencia nacional. El país entero despertó súbitamente de su letargo, sorprendido por el eco de voces que exigían dignidad en nombre de todos.

El plan secreto de Don Pedro Valdez, diseñado como una jugada de poder para prolongar su influencia más allá de su mandato, se volvió contra él. Lo que pretendía ser un experimento de control se transformó en una rebelión auténtica, fuera de su alcance y de sus cálculos. La presión de la sociedad civil, el clamor de las comunidades, la mirada de la opinión internacional y el desconcierto dentro de su propio partido lo obligaron a retroceder. Apenas iniciado el año, su figura ya no representaba fuerza ni continuidad, sino derrota. Su renuncia al anhelado maximatismo selló la quiebra de su ambición.

No fue una caída estruendosa, sino un desmoronamiento silencioso. La montaña le devolvió la afrenta: el poder que quiso manipular lo derrotó. El hombre que soñó con perpetuarse en el centro del sistema se vio relegado por la irrupción de un México que ya no podía esperar.

El eco de la montaña no pertenece a un solo hombre. Es la voz colectiva de los pueblos que decidieron que morir lentamente de hambre y olvido era peor que arriesgar la vida en la lucha. Ese eco bajó de la sierra para resonar en plazas, oficinas, periódicos, cuarteles y hogares de todo el país. Y aunque el desenlace de la confrontación aún no estaba escrito, una certeza quedó clara: México ya no sería el mismo.

Este no es un final, sino un umbral. Lo que comenzó en la montaña apenas inicia su recorrido en el valle, donde se medirán fuerzas entre el poder establecido y la dignidad insurgente. La historia, todavía fresca, continuará contándose desde otros ángulos: los del gobierno que tambalea, los del ejército que responde, los de la prensa que investiga, los de una nación que se debate entre el miedo y la esperanza.

El eco de las montañas abrió un camino. Ahora, la mirada se dirige hacia abajo, hacia lo que sucederá cuando la insurgencia y el poder central se enfrenten cara a cara en los días inmediatos.

FIN DE LA NOVELA “CAMINO DE LA MONTAÑA”

La historia continuará en el segundo volumen: “Bajando de la Montaña”